

NUEVAS COSECHAS
Extraídas de
ANTIGUAS VERDADES
Ricardo Hussey

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.

Capítulo 1.- La fragua divina.

Capítulo 2.- Salmo 16 (a)

Capítulo 3.- Salmo 16 (b)

Capítulo 4.- Salmo 119 – una joya de hermosos y variados matices. (a)

Capítulo 5.- Salmo 119 – una joya de hermosos y variados matices.(b)

Capítulo 6 .- Confirmación, unción, sello y arras. (a) (2ª. Corintios 1: 21-22)

Capítulo 7 .- Confirmación, unción, sello y arras. (b)

Capítulo 8 .-Dios nuestro, otros señores fuera de ti se han enseñoreado de nosotros.

(Isaías 26: 13)

Capítulo 9 .- El partimiento del Pan (La Santa Cena) (a)

Capítulo 10.- El partimiento del Pan (La Santa Cena) (b)

Capítulo 11.- Cómo preparare para enfrentar el día.

Capítulo 12.- Preguntas bíblicas.´

Capítulo 13.- Respuestas a las preguntas bíblicas.

Capítulo 14.- Lo más importante de todo. (El evangelio de la gracia)

Capítulo 15.- La iglesia en Éfeso. (a)

Capítulo 16.- La Iglesia en Éfeso. (b)

Capítulo 17.- La Iglesia en Éfeso. ©

Capítulo 18.- El profeta Amós

Capítulo 19- Análisis del estupendo primer capítulo de Efesios (a)

Capítulo 20.- Análisis del estupendo primer capítulo de Efesios (b)

Capítulo 21.- La profecía de Joel.

CAPÍTULO 1

La Fragua Divina.

Las reflexiones de la primera parte de este capítulo estarán extraídas del libro de Job, viendo, como conclusión principal que todo verdadero siervo del Señor, sin tener que pasar por las mismas calamidades que le tocaron a él, desde luego, pero, de una forma u otra tendrá que pasar por lo que el Señor llamó el camino de la cruz. Entre muchas otras cosas apuntando en esa línea Él dijo “si alguno viene en pos de mí, tome su cruz y sígame.”

En el Antiguo Testamento no encontramos la palabra cruz, pero el principio es el mismo – perder para a la postre ganar, tristeza y congoja a convertirse en gozo inefable, y sobre todo morir para vivir.

Antes de entrar concretamente en materia, consideramos necesario señalar algo importante. Sin entrar en polémica o controversia, nos referimos brevemente a una afirmación que se hace en algunos sectores, aunque muy reducidos, en el sentido de que Job no tendría por qué haber atravesado por todo ese sufrimiento que nos narra el texto. Basan dicha afirmación, entre otros, en el versículo 15 del capítulo 3 donde dice que el temor que le espantaba le había venido, y lo que él temía le había acontecido.

Este punto de vista sostiene que ese temor y falta de fe le habían costado todo el dolor que le tocó padecer.

Sin entrar en detalles, creemos que la tónica general del libro y sobre todo el feliz desenlace final, le dan un rotundo mentís a esa postura.

Comenzamos ahora con una cita muy importante del libro. “El cual hace cosas grandes e inescrutables y maravillas sin número.” (Job 5: 9) Esta sentencia, muy sabia por cierto, partió de los labios de Elifaz temanita, uno de los supuestos consoladores de Job. Al igual que los otros dos, puede generalizarse que sostenía que semejante infortunio no podía nunca recaer sobre una persona correcta, justa y bondadosa, lo que implicaba, de hecho, que lo suyo sólo podía ser atribuible a que su vida y conducta no respondían a esos calificativos.

La verdad es que delante de sus propias narices – las de Elifaz y sus dos compañeros Bildad y Zophar, y también las del joven Eliú, que más tarde tomó cartas en el gran debate del libro – Dios estaba haciendo algo grande e inescrutable, pero que iba en una línea abiertamente contraria a lo que ellos creían y sostenían.

En efecto, el Señor veía a Job como un hombre sinceramente temeroso de Dios y apartado del mal, y sin embargo se propuso someterlo a mucho dolor y desdicha.

Lo mismo hizo en cuanto a Su Hijo Amado, tal y cual leemos en Isaías 53: 9b-10ª – “...aunque nunca hizo maldad ni hubo engaño en su boca, con todo eso Jehová quiso quebrantarlo, sujetándolo a padecimiento.”

Apenas se hace necesario señalar que en ambos casos, y en los de muchos otros que figuran en los anales bíblicos, y también en las biografías de muy ilustres siervos y siervas de épocas post bíblicas, ese propósito de someterlos a padecimientos respondía al fin de enriquecerlos sobremanera, y convertirlos en canales de suma bendición a muchas otras vidas.

Para mayor abundamiento, citamos otra sabia sentencia, paradójicamente del mismo Elifaz temanita: “Porque él es quien hace la llaga y él la vendará; él hiere y sus manos curan.” (Job 5: 18) la cual muy bien puede relacionarse con las palabras de Ana en 1ª. Samuel 2: 6 – “Jehová mata y él da vida; él hace descender al Seol y hace subir.”

A continuación pasamos a citar expresiones de Job, en medio de su gran dolor, que merecen destacarse y comentarse, aunque no lo haremos de forma extensa.

“! Quién diese ahora que mis palabras fuesen escritas! ¡ Quién diese que se escribiesen en un libro; que con cincel de hierro y con plomo fuesen esculpidas en piedra para siempre”

“Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha ésta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí.” (Job 19: 23-27)

La primera parte señala un deseo plenamente cumplido, pues sus palabras fueron escritas en un libro, y no cualquiera, sino en el libro de los libros; y por cierto también esculpidas en las piedras vivas de muchos santos que han tenido que transitar de una forma u otra la misma senda de la cruz y el dolor.

De paso digamos que el camino de la cruz no es sólo algo del Nuevo Testamento, sino que en el Antiguo también lo vemos en no pocas ocasiones, en las cuales siervos y siervas dignísimos han atravesado por

quebrantos y dolores de la mayor diversidad, para luego entrar en la dicha y la realización de altísimos propósitos que el Señor tenía asignados para ellos.

En cuanto a la segunda parte del pasaje citado, se trata de una afirmación de fe inquebrantable. Una cosa es poder hacerse eco de ella en una situación digamos más o menos normal. Otra muy distinta es hacerlo estando en las condiciones en que el amado Job se encontraba – con un sufrimiento, un quebranto y una angustia resumidos en sus palabras finales en el versículo 27: aun cuando su corazón desfallecía dentro de él.

La siguiente cita que escogemos está en el capítulo 23 versículos 8 a 10: “He aquí, yo iré al oriente y no lo hallare; y al occidente y no lo percibiré; si muestra su poder al norte, yo no lo veré; al sur se esconderá y no lo veré. Mas él conoce mi camino; me probará y saldré como oro.”

Muchos son los santos varones y mujeres que en una etapa determinada de su trayectoria se han encontrado en una situación parecida. Los supuestos consoladores de Job nada real y concreto le aportaban, si bien algunas de sus sentencias eran acertadas y sabias. Él necesitaba por encima de todo encontrarse con Dios, el Ser Supremo, quien al fin de cuentas era el único que podría interpretar o descifrar el gran enigma que estaba viviendo.

Lo buscaba primero en el oriente, el punto donde el sol aparece anunciando un alba nueva, pero en vano; luego al occidente del ocaso y también sin resultado; pasaba entonces al cenit del norte, con esperanza de que allí sí lo hallaría, pero otra vez sin lograrlo.

Por último, con las poquísimas fuerzas que aún le quedaban, se vuelve al nadir del sur, pero su esperanza se disipa con lo que parece la ausencia total de ese Dios a quien tanto necesita. Por así decirlo, el Señor estaba totalmente borrado del mapa de la vida de Job.

No obstante todo ello, prorrumpen en una estupenda y bendita expresión de fe suprema – ese Dios invisible, aunque al parecer borrado totalmente del mapa de su vida, conocía muy bien su camino, y lo estaba probando en

grado superlativo, y al fin saldría como oro puro, brillante y exento de toda escoria.

¡Un varón singular de verdad, que lo hace sentirse a uno como diminutamente pequeño!

La siguiente cita tiene un cariz distinto. Veamos:- “Nunca tal acontezca que yo os justifique; hasta que muera no quitaré de mí mi integridad. Mi justicia tengo asida y no la cederé; no me reprochará mi corazón en todos mi días.” (27: 5-6)

Por así decirlo, a Job esos tres consoladores lo habían sacado de quicio. Una y otra vez, en medio de diversas reflexiones y consideraciones, sostenían que él de una forma u otra había cometido maldad, dando a entender que a eso se debía su triste infortunio.

Exasperado por la insistencia de los tres en ese sentido, irrumpe en una declaración de justicia propia, sabiendo que ése no era su caso – no era un hombre malo y perverso, ni nada por el estilo.

Eso era verdad en cuanto a lo que ellos decían. Pero antes el gran Dios tres veces santo, no hay mortal que pueda formular semejante afirmación de justicia. Y el mismo Dios se encarga, hacia el final del libro de demolerla totalmente.

Pero el relato sigue con varios largos capítulos en los cuales Job se despacha extensamente. Eventualmente, al callar los tres citados consoladores, toma la palabra el joven Eliú y habla del capítulo 32 al 37 inclusive, en los cuales dice algunas cosas sabias y muy acertadas.

Sin embargo, también dice cosas totalmente inciertas, como:- ¿Qué hombre hay como Job que bebe el escarnio como agua, y va en compañía de los que hacen iniquidad, y anda con los hombres malos? (34: 7-8)

Asimismo en el versículo 17 del capítulo 36 dice: - “Mas tú has llenado el juicio del impío, en vez de sustentar el juicio y la justicia.”

Igualmente, en una línea distinta afirma:- “Que Job no habla con sabiduría, y que sus palabras no son con entendimiento.” (34: 35)

A todo esto, el Señor, con su paciencia tan grande, y siendo Él sólo quien tiene la razón y la verdad sobre el gran dilema, tras guardar silencio ante las largas disertaciones anteriores, cuando se acaban las palabras de Eliú, toma por fin la palabra.

En el capítulo 38, después de afirmar en cuanto a Eliú: ¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría? A renglón seguido pasa a dirigirse a Job con una serie de preguntas totalmente demoledoras.

Muchas de ellas encierran una riqueza y sabiduría que para desgranarlas debidamente habría que escribir un libro entero y muy extenso por cierto.

Nos ceñimos a una sola: -“¿Has entrado tú en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo, que tengo reservados para el tiempo de angustia, para el día de la guerra y de la batalla? (38: 22-23) Baste decir que de la primera – los tesoros de la nieve – se ha escrito con profundidad y extensamente, sobre todo con la aplicación espiritual, que es tan rica y edificante.

Al terminar el Señor en el capítulo 42, Job se desploma y en total bancarrota sólo puede afirmar: “De oídas te había oído, mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza.” (42: 5-6)

Es el punto al que tarde o temprano, y de una forma u otra, todo verdadero siervo o sierva del Señor tiene que llegar. Eso es lo que da al Espíritu Santo una base firme para edificar con solidez, y producir un fruto sano, abundante e imperecedero.

Pero siguiendo con la narración, en primer lugar el Señor se encarga de justificar a Su siervo, y lo hace de manera categórica: - “...Jehová dijo a Elifaz temanita: Mi ira se encendió contra ti y tus dos compañeros; porque no habéis hablado de mí lo recto como mi siervo Job. Ahora, pues, tomaos siete becerros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros, y mi siervo Job orará por vosotros; porque de cierto a él

atenderé para no trataros afrentosamente, por cuanto no habéis hablado de mí con rectitud como mi siervo Job.” (42: 7-8)

Llaman la atención, entre otras cosas, la forma en que el Señor se refiere a Job como Su siervo, y que a él sí atendería cuando orase por ellos. Tal como consta en el versículo siguiente, fueron los tres supuestos consoladores, e hicieron lo que el Señor les dijo, y Jehová aceptó la oración de Job.

Seguidamente nos encontramos con una importante verdad contenida en el versículo siguiente: - “Y quitó Jehová la aflicción de Job cuando él hubo orado por sus amigos...” (42: 10ª)

Antes de orar por ellos, todas las expresiones de Job eran en cuanto a su dilema, su dolor, su sufrimiento, el drama que estaba viviendo, etc. Pero ahora Dios le manda tres personas necesitadas para que él ore por ellas. Al hacerlo, ya no se queja ni habla de su problema, sino que se ocupa en interceder por sus tres amigos. Y es en ese punto que la aflicción que padecía es quitada para su gran alivio.

Se trata de un principio importante que muchas veces hemos podido experimentar los siervos del Señor – en medio de nuestras propias pruebas, sacando fuerzas de flaqueza, olvidar lo nuestro y ocuparnos de los demás y sus necesidades.

Y por supuesto, no se nos debe pasar por alto que Job pasa así a integrar el grupo selecto de los cinco intercesores más destacados del Antiguo Testamento, siendo los otros cuatro Moisés, Samuel, Noé y Daniel. (Ver Jeremías 15: 1 y Ezequiel 14: 14)

El relato continúa haciéndonos saber cómo sus hermanos y hermanas y los que antes lo habían conocido vinieron a consolarlo, y cada uno le dio una pieza de dinero y un anillo de oro, y además de ello el Señor mismo lo bendijo de tal manera que terminó con el doble de la riqueza que había tenido antes de su gran aflicción.

Y nos permitimos un pequeño tributo a su mujer, cuya actitud ante su dolor no fue paciente ni correcta como la de Job. Más tarde dio a luz nada

menos que otros siete hijos y tres hijas, ¡y éstas hermosas como ninguna otra en la tierra!

Finalmente se nos dice que después de todo esto vivió la friolera de otros ciento cuarenta años, y vio a sus hijos, y los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación. (42: 16)

Debemos detenernos a pensar un poco en esos ciento cuarenta años. ¡Qué caudal de sabiduría había acumulado a través de tan grande aflicción! ¡Cómo debe haber reflexionado y atesorado los caminos insondables del Señor! ¡De qué manera debe haber agradecido al Señor, que, aun a costa de tanto sufrimiento, le haya hecho atravesar por ese túnel tan oscuro y doloroso, para enseñarle tanto que él no sabía y terminar bendiciéndolo sobremanera!

Y desde luego, de ese riquísimo acopio de sabiduría divina, maravillosa como ninguna, el querido Job habrá compartido largo y tendido con sus hijos, nietos y bisnietos, para su instrucción y enriquecimiento.

En suma, un desenlace final feliz y maravilloso, digno de un Dios inigualable como el nuestro.

Pero ahora una pregunta importante: ¿Quién escribió el libro de Job?

Creemos que la respuesta más razonable es que debe haber sido un escriba que vivió más de ciento cuarenta años desde el tiempo de sus calamidades. Además, debemos agregar que debe haber sido un escriba muy fiel, y al mismo tiempo una persona espiritual

Fiel por la forma meticulosa en que consignó el texto de cada uno de los numerosos discursos que figuran. De dónde los obtuvo es un tema que tiene que quedar sujeto a conjeturas, sin que haya indicio alguno de la fuente de que se valió.

Y finalmente decimos que debe haber sido una persona espiritual por cuanto debe haber recibido por revelación divina lo sucedido en las esferas celestes que aparece en los dos primeros capítulos. Ni Job, ni sus tres supuestos consoladores, ni el joven Eliú lo sabían, y sin embargo, los

mismos nos dan la clave del libro, que sin ellos sería un enigma indescifrable.

Pero ahora debemos pasar a darle una aplicación práctica y a la vez personal a todo esto. Para ello nos trasladamos a Isaías 9: 6 donde nos encontramos con cinco nombres dados al Mesías y Redentor prometido.

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre sus hombros; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz.”

Desde luego que el primero de los cinco – Admirable – nos encanta y es maravilloso sobremanera. Nos agrada y con mucha razón pensar en Él como el Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad, (Juan 1: 14) y que de Su plenitud tomamos todos, gracia sobre gracia. (Juan 1: 16)

No obstante, del segundo – Consejero – pocas veces hemos oído hablar. Lo encontramos en Apocalipsis 3: 15-18.

En primera instancia se está dirigiendo a miembros de una iglesia – concretamente la de Laodicea – a los cuales ve como tibios, lo que le da náuseas, al punto de que habla de vomitarlos de su boca.

No nos corresponde juzgar ni señalar a nadie. Cada uno debe saber si es un cristiano ferviente, plenamente consagrado y comprometido, o si es uno que cumple con lo estrictamente necesario o poco más.

Los de Laodicea se pensaban ricos, muy enriquecidos y que de ninguna cosa tenían necesidad. En seguida pasa a sacarles una radiografía desgarrante, mostrando cuán engañados estaban: - “...y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.”

¡Cuánto necesitamos ver las cosas como el Señor en verdad las ve!

Y después de decirles eso, pasa en seguida a actuar como Consejero.

“Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.”
(Apocalipsis 3: 18)

Otra vez algo sorprendente. Aquí podemos imaginar a más de cuatro diciendo: - “Esto me confunde. He conocido siempre a ese Cristo Admirable, lleno de gracia y de amor, que nos ha salvado y nos da todo de pura gracia, y aquí nos habla de comprar cosas de Él, como si fuera un vendedor.”

Pues así son las cosas en verdad – no puede aducirse que haya ningún error en la traducción del texto original. Eso sí, su deseo en todo esto se enfoca para nuestro bien.

Examinemos los tres artículos que ofrece en venta.

1) Oro refinado en fuego. La prueba, pasando de una forma u otra por el horno de la aflicción, no muy probablemente en la medida en que le cupo a Job, pues debemos considerarnos muy pequeños para semejante cosa, pero sí en una escala que demande esfuerzo, sacrificio, y que también en alguna dimensión nos traiga sufrimiento, pena o dolor. ¿Estás dispuesto a ello, caro lector?

2) Vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez. Esto echa de ver algo que a menudo pasa inadvertido. Somos probablemente propensos a pensar de un creyente tibio, como uno no muy consagrado. Sin embargo, de estas palabras se desprende algo más que también resulta imprevisto y sorprendente – el tibio está en la desnudez del pecado. ¿Cómo se entiende esto? La respuesta es que el corazón humano siempre necesita algo en que satisfacerse y aun deleitarse, y si ese lugar no lo ocupa el Señor, necesariamente lo ocuparán amorcitos extraños e intereses ajenos, que inevitablemente serán ídolos, aunque no de imágenes, lo que lleva a quien se encuentra en ese estado a una condición pecaminosa. De ahí pues la necesidad que expresa el fiel Consejero de comprar de Él vestiduras blancas. ¿Y cuál será el precio a pagar por ellas? Redondamente y sin vuelta de hoja: - el abandono completo de todo eso, para desalojarlos total y categóricamente del lugar que han usurpado, y que sólo debe ocupar Él, el único digno de estar entronizado en nuestro corazón y nuestra vida.

3) Y unge tus ojos con colirio para que veas. Éste es el tercer artículo, y por supuesto que no es un líquido a adquirirse en una farmacia para que se

echen unas gotas dos o tres veces al día en los ojos de uno. En cambio es ese llorar profundo, en sincero arrepentimiento y contrición por la vida tibia y mediocre que tanto ha contristado al Señor. Los que lo hemos tenido que experimentar por una razón u otra, podemos dar fe de que su resultado es que se empieza a ver la vida y los valores eternos con la nitidez y la claridad meridiana con que el Omnisciente Dios nuestro las ve.

Todo esto nos presenta un desafío – el de ser ricos, vivir en la blancura de la santidad, y tener una visión certera y correcta, y no andar a tientas, sin ver las cosas desde la perspectiva divina.

Seguramente en más de un lector – esperamos, por los menos – brotará el deseo grande de responder afirmativamente y proponerse alcanzar ese objetivo tan digno, incluso pagando el precio. Pero en esto debemos señalar nuestra propia incapacidad, en el sentido de que no podemos infligirnos sufrimiento o dolor nosotros mismos. Eso sería caer en el error del ascetismo, que Pablo puntualiza con toda claridad en Colosenses 2: 20-23 que resulta totalmente ineficaz e inoperante.

Lo que entendemos ser el camino correcto se desprende de una preciosa canción, dedicada al herrero, que aprendimos en nuestra niñez. La misma nos conecta por fin con el título que hemos dado al capítulo – La Fragua Divina.

¡Pan Pin! Mueven los fuelles un sano trajín;

¡Pin Pan! Rojas de fuego las fraguas están;

Y el hierro suena, y el hierro siente,

Y si a la fragua se entrega luego,

El hierro sale todo de fuego,

Como una fuerza pura y ardiente.

La clave está en entregarse a la fragua – es decir, poner la vida incondicionalmente en las manos del Eterno Herrero, el Sapiientísimo de la destreza sin igual – para que con su trato personal con cada uno, pueda forjar ese fin tan elevado y noble de ser toda una fuerza pura y ardiente.

Sin pretensiones de ser más que un pequeño siervo del Señor, pero por aquello de que no se debe exhortar a lo que uno no ha vivido y experimentado, me permito remitir al lector a la sección que abarca desde el último párrafo de la página 51 hasta el segundo párrafo de la número 54.

Para finalizar el capítulo, la gran pregunta a la cual cada uno de nosotros debe responder: ¿Estarás tú, querido lector, quizá en bancarrota total como le tocó hacerlo a quien esto escribe, dispuesto a entregarte de veras y de lleno a la fragua divina?

- ----- () -----

Capítulo 2.- Salmo 16 (a)

Desdoblamos el comentario de este salmo en dos partes en atención a que su contenido es tan denso, que así lo requiere; además queremos ocuparnos en detalle del versículo 7 en que David se refiere a la conciencia, por medio de la cual el Señor le aconsejaba.

Comienza con las palabras “Guárdame, oh Dios, porque en ti he confiado.”

Es la plegaria y súplica de uno que ha confiado en el Señor, pero que sabe muy bien de cuántos peligros de la más grande variedad debe ser

guardado. En su gran oración sumo – sacerdotal el Señor Jesús oró en primera instancia por los Suyos que fueran guardados.

“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.” (Juan 17: 15)

Podríamos pensar en que hubiera orado por sanidades, milagros portentosos y liberaciones, pero Él, que sabe mejor que nadie qué es lo que es más importante para el bien de Sus amados, oró en primer lugar por esto – que seamos guardados.

Sobre todo en estos postreros días en que vendrán tiempos peligrosos, según Pablo se lo advirtió al joven Timoteo (Ver 2ª. Timoteo 3: 1) ¡cuánto necesitamos ser guardados!

Los peligros que nos acechan son tantos y tan variados, que es como si se abrieran en un abanico muy grande de toda suerte de eventualidades.

El peligro de que se enfríe nuestro amor, el de caer en un conformismo que nos conduzca a una mediocridad deplorable, el de convertirnos en unos escépticos tras vez tantos fracasos aun en las filas de creyentes que anteriormente andaban con paso firme, el de descuidar la oración y no darle a las Sagradas Escrituras el lugar que deben ocupar en nuestras vidas, y en fin un largo etcétera, y esto sólo en el nivel espiritual.

Está también, por ejemplo, el riesgo de accidentes en la carretera – en una fracción de segundo, por descuido nuestro o de otro conductor, puede sobrevenir una colisión con resultado fatal. Cada vez que regreso sano y salvo de un viaje llevando el volante en carretera o por cualquier otro medio – avión, tren, autobús – trato de acordarme de darle las gracias al Señor por haber terminado el viaje ileso y llegar a mi destino sano y salvo.

También me edifica mucho meditar en las palabras de Deuteronomio 33: 27:- “El Eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos.” Muchas veces lo alabo y le agradezco por haber sido mi refugio, seguro y maravilloso, a través de mis noventa años de edad.

Al continuar reflexionando sobre este salmo, uno no puede dejar de expresar su admiración por la sabiduría, profundidad y gracia que se

desprende del mismo, y desde luego de tantos otros salmos de David. Cuando pensamos que era un humilde pastorcito, cuidando a menudo en la soledad las ovejitas de su padre, nos preguntamos de dónde o cómo adquirió semejante capacidad para escribir de la forma en que él lo hizo.

Por cierto que no fue cursando estudios especializados, ni siguiendo una carrera universitaria, ni nada de esa índole. La única razón que nos queda es esa unción del Espíritu Santo que reposó sobre su vida desde aquel momento memorable en que Samuel, habiendo llenado su cuerno de aceite por mandato del Señor, lo derramó sobre su cabeza.

¡Qué diferencia abismal entre algo producido por el intelecto humano, por agudo o elevado que fuere, y lo que en verdad viene de lo alto, destilando frescura, fragancia, sabiduría y tantas otras preciosas virtudes!

Sigamos ahora con el texto: - “Oh alma mía, dijiste a Jehová; Tú eres mi Señor, No hay para mí bien fuera de ti.” Un ¡oh! Como interjección que denota un profundo sentir por algo que era primordial y prioritario en su vida. Ése Señor que había venido a su vida con tanta bondad y claridad, y de forma totalmente inesperada para los que lo conocían - ¿quién iba a pensar en ese jovencito al cuidado de unas ovejas y lejos del mundo de los grandes e importantes? - ése Señor, decimos, era el más alto bien de su vida, y estar sin Él, aunque tuviese todo lo que la vida le puede dar a uno, ya sea en riquezas terrenales, placeres o fama, sería quedarse sin nada, en un vacío total y tristísimo a la vez.

Que el Señor ocupe ese lugar en nuestras vidas y no haya ningún interés terrenal ajeno, ni amorcito extraño, de esos que a veces se suelen infiltrar sutilmente, para usurparle a Él el lugar que por todas las razones le debe corresponder – a Él y solamente a Él.

Continuamos con el versículo 3:- “Para los santos que están en la tierra, y para los íntegros, es toda mi complacencia.”

Esto da lugar a un punto muy importante, y sobre el cual es necesario tener las cosas bien claras. Por una parte, no hemos de ser insociables, evitando todo trato con personas incrédulas. Por el contrario, será bueno

tratar de trabar amistad con ellas si las circunstancias lo permiten, e incluso tratar de ganarnos su estima y confianza, pero siempre con el fin de poder hablarles del Señor y de alguna manera, lograr el ideal, si resultase posible, de llevarlos al Señor.

Pero necesitamos un sano equilibrio, cuidando que esa amistad con ellos no sea haga demasiado estrecha, para llevarnos a ir adquiriendo paulatinamente sus costumbres, que casi siempre han de ser distintas de las de un verdadero hijo de Dios.

Tenemos presente el caso de un hermano creyente que por unos buenos años anduvo certeramente en los caminos del Señor. No obstante, a una etapa más avanzada, en parte por las obligaciones que le acarreaban los trabajos que tenía, empezó a acercarse mucho a personas del mundo de los negocios, asistiendo a copetines, procurando también exhibir ser una persona muy pudiente, y en fin, enredándose en una manera mundana de vivir.

Tristemente esto le trajo resultados ruinosos para su vida. Estaba casado con una hermana muy fiel en todo sentido, que le había alumbrado ocho o nueve hijos, y en un punto dado le dijo con muchas lágrimas que lo sentía mucho, pero tenía que dejarla y vivir con una jovencita de la edad de una de sus propias hijas.

Ese tener que dejarla y unirse con otra, tenía una explicación muy evidente:- su forma de vivir con personas del mundo y buscar complacerlas, fue forjando inevitablemente unas cadenas que lo amarraron y llevaron a lo que es tan corriente en el mundo: la infidelidad matrimonial. Oramos que el Señor tenga misericordia de él y de alguna forma pueda arrepentirse y recobrar el norte que ha perdido.

Incuestionablemente, la afinidad más cercana y estrecha debe ser con nuestros hermanos en la fe, los santos que le aman de verdad, lo cual está tan bien puntualizado por David en este versículo.

Desde luego que dentro de ese círculo habrá aquéllos con quienes tengamos una relación más estrecha, ya sea por tener una identidad

espiritual muy semejante, por un fuerte vínculo de compañerismo en el ministerio, u otras causas similares.

Pero todo esto sobre la base de que nuestros lazos fraternales con verdaderos hermanos en la fe deben estar por encima de cualquiera relación con personas inconversas.

La primera parte del versículo 4 – “Se multiplicarán los dolores de aquellos que sirven diligentes a otro dios.” corrobora lo dicho anteriormente en el triste caso a que nos hemos requerido. No se trataba de dioses falsos como Baal, Milcom, Moloc, Quemos y otros del Antiguo Testamento, sino los dioses de la fama, el dinero, el ambiente mundano y de los negocios, que tantas veces exigen que se renuncie a los principios que rigen la vida de un verdadero hijo de Dios.

Los dolores de la aberración y el inmenso error de abandonar a la compañera amada de su juventud, con repercusiones dolorosas en la vida de sus hijos e hijas, son algunos de los dolores que lamentablemente se le han multiplicado.

David con mucha claridad y contundencia termina el versículo con un voto y un compromiso que demuestra su clarísima comprensión de estas verdades: “No ofreceré yo sus libaciones de sangre, ni en mis labios tomaré sus nombres.”

Pero ahora, en los versículos 5 y 6 pasamos a una parte hermosa y muy deleitosa de este precioso salmo.

“Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; tú sustentas mi suerte.”

“Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado.”

¡De qué forma espontánea y que nos brota de lo más hondo de las entrañas, damos un rotundo amén a estas palabras de David!

Visto o dicho de otra forma, ¡qué habría sido de nuestras pobres vidas, de no haber mediado Su amor tan grande, que sin merecerlo nos escogió para que fuésemos Suyos por toda la eternidad!

El mismo Señor es la bendita porción de nuestra herencia, y ¡qué porción! El Eterno y Todopoderoso, Omnipotente, Omnipresente y Omnisciente, en Su triple personalidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo, como el don máspreciado y maravilloso, y que abarca y engloba todo lo bueno, noble y puro a que uno pueda aspirar – una herencia tan vasta, que en realidad, si bien se sabe dónde empieza, no se sabe dónde termina.

Empieza desde luego en el nuevo nacimiento, en que se nos otorga un perdón absoluto y eterno por nuestras muchas faltas y pecados, a la par que una vida nueva, teniendo ahora un Padre Celestial sumamente amante, que cuida de sus hijos como ningún padre terrenal sabe ni puede hacerlo; un hermano mayor que nos ha amado con un amor que excede a todo conocimiento, al punto de sufrir lo indecible y que jamás comprenderemos sino en el más allá en toda su colosal magnitud, para poder librarnos de la condenación que pesaba sobre nuestras almas por nuestro pasado pecaminoso; y un Espíritu Consolador que nos guía a toda verdad y no capacita para vivir una vida nueva, en un nivel totalmente distinto de la anterior, al punto que con toda razón se la ha llamado una vida de alta definición.

Desde luego, también están las bendiciones muy prácticas que se derivan de esa nueva vida, y que a veces no apreciamos en su debido valor. El ser liberados de vicios tales como el tabaco, el alcohol, y en algunos las drogas, todos ellos tan perjudiciales tanto para la salud como para la economía.

Se cuenta que en Inglaterra, en tiempos de los hermanos Wesley y George Whitefield, había un descontento muy grande por la gran diferencia en el nivel financiero de la gente de la clase obrera y personas adineradas. La situación amenazaba con desencadenar una revolución que habría sido muy sangrienta.

No obstante abortó, y por una razón maravillosa que habla con elocuencia de una faceta más – bendita por cierto – del evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo a que el apóstol Pablo se refiere en Efesios 3: 7.

En efecto: a raíz de la conversión de millares y decenas y centenas de millares de gente de la clase trabajadora, esa pobreza en que se encontraban se redujo considerablemente, y ahora veían que el dinero que ganaban les alcanzaba, y por una sencilla razón – ¡ya no consumían alcohol ni tabaco!

Otra bendición de la misma índole práctica es la de pertenecer a la gran familia de la fe, diseminada por el mundo entero. Estando de viaje por cualquier parte que fuere, casi seguro que uno se podrá encontrar con hermanos y hermanas en el Señor.

Y por supuesto que en muchas oportunidades, eso mismo le podrá brindar no sólo el beneficio de amor y comunión, de los cuales uno no puede disfrutar con personas inconversas, sino el de recibir ayuda práctica necesaria y provechosa.

Tengo presente el tiempo en que hice el servicio militar en la lejana Argentina, hace ya unos setenta años. Al quedar de franco o licenciamiento los fines de semana, yo no tenía dónde ir, y el sueldo reducidísimo que se percibía no daba para un hostel ni mucho menos.

Además, un buen número de soldados, de la misma compañía y compañeros de milicia, se precipitaban a ir a prostíbulos para saciar su apetito sexual. Por la gracia del Señor, un matrimonio cristiano amablemente me abrió las puertas de su hogar, situado en la ciudad adyacente al cuartel, y así me alojaba con ellos, a salvo de toda esa corrupción y pudiendo disfrutar de comunión y bienestar con ellos.

También leemos que el mismo apóstol Pablo, al acercarse a Roma, después de su accidentado viaje, cobró aliento y nuevas fuerzas por la presencia de hermanos que fueron a recibirlo.

“De allí, costeando alrededor, llegamos a Regio; y otro día después, soplando el viento sur, llegamos al segundo día a Puteoli, donde habiendo hallado hermanos, nos rogaron que nos quedásemos con ellos siete días; y luego fuimos a Roma, de donde, oyendo los hermanos, salieron a recibirnos hasta el Foro de Apio y Las Tres Tabernas; y al verlos Pablo dio gracias a Dios y cobró aliento.” (Los Hechos 28: 13-15)

Las palabras del versículo 6 del Salmo 16 en que estamos – “...tú sustentas mi suerte” – merecen un breve pero importante comentario.

Esa suerte y gloriosa porción que nos ha tocado, no solamente la ha elegido Él para cada uno de nosotros, sino que también la sustenta, o mantiene, según la versión en inglés del Rey Santiago.

De haber elegido nosotros, ¡quién sabe por qué locura habríamos optado! ¡Y qué consecuencias ruinosas nos habría acarreado! Pero con Su sabiduría amorosa ha escogido lo mejor para cada uno, respondiendo a nuestra idiosincrasia, y a Su propósito personal para con cada uno de nosotros, Sus hijos de verdad.

Ninguna otra elección, propia o de parte de algún otro a favor nuestro, por más bien intencionada que pudiese ser, sería comparable a la que Él ha hecho, a lo cual agregamos con todo énfasis las palabras del mismo David en otro salmo – el 139 – aunque en un contexto distinto – “Y mi alma lo sabe muy bien”

Mi querido padre, que ya está en la presencia del Señor, y que me amaba y deseaba lo mejor para mi vida, pensaba que sería seguir en un colegio comercial para graduarme de perito mercantil y de allí pasar a ser contador público. De haber seguido ese camino me habría consumido la vista, el tiempo y las energías en confeccionar balances de sumas y de saldos, efectuar arqueos de caja, de los bienes activos y las deudas u obligaciones de cada empresa, y demás aspectos afines, propios de la contaduría.

¡Cuánto mejor lo que el bendito Señor tenía elegido para mí! Y ¡con cuánta gracia y paciencia ha mantenido mi suerte, cuando con torpezas,

fallos y errores, muy bien me podría haber desviado de Su camino, con resultados nefastos!

Las palabras “Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos y es hermosa la heredad que me ha tocado” nos abren un abanico muy grande de dichas, tanto de esta vida como del más allá, que nada de este pobre mundo podría jamás igualar.

Por nuestra parte, dejando librado al lector que dé rienda suelta a su mente para visualizar y reflexionar sobre ellas, nos damos por satisfechos con lo expuesto – aunque conscientes de que nos hemos quedado cortos – y pasamos al capítulo siguiente,

- ----- () -----

Capítulo 3 – Salmo 16 (b)

“Bendeciré a Jehová que me aconseja; aun en las noches me enseña mi conciencia. A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra no seré conmovido.” (Versículos 7 y 8)

Ahora pasamos a reflexionar sobre lo que acabamos de citar, y que nos lleva por una tónica o línea muy distinta, pero que resulta indicado tratar bien en detalle.

Empezamos, pues, por hablar de la conciencia. La definimos como un juez moral interno con que hemos sido creados. En esto vemos otro rasgo más de los innumerables que nos hablan de la sabiduría de Dios y de lo muy justificada que fue la apreciación que Él mismo hizo de Su creación tras

acabarla el sexto día: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.” (Génesis 1: 31)

¿Se imagina el lector qué habría sido del género humano de no haber sido dotado de la conciencia? Casi resulta impensable.

Ahora bien, ese juez moral interno, para que funcione debidamente necesita un trato correcto. El mismo, para un hijo de Dios significa, además de ser tierno y sensible cada vez que nos indique que algo está mal, o no es verdad, o no es bueno, cultivar a diario la lectura de la palabra de Dios, que es una lámpara que nos ilumina para bien.

Cuando no se le da ese trato y se consiente en hacer algo que no está bien, o no del todo bien, siguiendo razonamientos tales como “total, muchos lo hacen y no pasa nada,” uno se pone en el camino que desemboca en lo que Pablo llama una conciencia corrompida al decir en Tito 1: 15 “...mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro, pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas.

Y de ese punto de tener una conciencia corrompida, a menos que haya un giro de ciento ochenta grados en sentido inverso, casi inevitablemente se pasa a algo peor, que es la conciencia cauterizada.

El mismo Pablo, del cual no nos cansamos de decir que su pluma tan fecunda nos ha dejado un legado tan maravilloso de verdades y principios de toda índole relacionados con el Reino de Dios, nos da una clara advertencia en 1ª. Timoteo 4: 1-2 :-

“Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia...”

El pasaje abarca muchos aspectos más, que, por razones de espacio y para no extendernos en demasía, omitimos. Pero sí creemos oportuno y muy importante puntualizar que la conciencia cauterizada – que aquí aparece en estrecha relación con los mentirosos.

Cuando se invierten los valores, y a la verdad se la llama mentira y a la mentira verdad, entonces la conciencia pasa a estar endurecida como la piel de un elefante – valga la expresión del argot o la jerga popular – y a quien ha llegado a ese estado tan lamentable sólo le aguarda un horrendo fin, junto al malvado padre de mentira, tal como el Señor Jesús nombró y definió a Satanás.

Avanzando ahora, notemos que el número 3 entra repetidas veces en el patrón creativo y en el orden del Señor, brotando todo de Su triple persona – Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Tomemos algunos casos: vivimos en un mundo de tierra, mar y aire; el Padre nuestro consiste de tres tríos, a saber, Santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad como en el cielo aquí en la tierra; - danos hoy el pan de cada día, perdona nuestras faltas como así también nosotros perdonamos a otros, no nos metas en tentación y líbranos del mal; - porque tuyo es el reino, el poder y la gloria.

El cuerpo humano, si bien consiste de numerosas células, músculos, tendones y, demás, podemos decir que básicamente consiste de carne, sangre y huesos. El ser entero, de espíritu, alma y cuerpo – y cada uno de estos, de otros tres tríos.

Así en el espíritu discernimos la conciencia, la intuición y la adoración. De la primera de estas tres ya hemos dicho que es ese juez moral interno con que cuenta cada ser humano.

Recordamos un caso muy interesante que nos narró hace unos buenos años un siervo del Señor ya fallecido. Se encontraba en una zona poblada por indígenas en el Paraguay, y en un momento dado divisó a cierta distancia a un que estaba castigando cruelmente a un caballo.

El siervo del Señor no le dijo nada, solamente se quedó mirándolo. Advertido de esto, el indígena, inclinándose en señal de vergüenza dejó de inmediato de castigarlo.

Creemos que esto es un indicio muy claro de que ese indígena, sin educación intelectual alguna, contaba sin embargo con una conciencia, la cual, iluminada por la mirada de un siervo de Dios, le hizo entender muy bien que estaba haciendo el mal.

También debemos citar Romanos 2: 15b:- “...dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos.” Por esto entendemos que la conciencia está en el fuero interno, es decir el corazón, pero tiene una forma de funcionar que en un sentido se asemeja al piano o al órgano.

Nos explicamos: al tocar una nota cualquiera, de forma simultánea repercute en la equivalente que se encuentra en el interior del instrumento. Así, cuando la conciencia nos da un sí aprobatorio o un no desaprobatorio, el mismo se transmite de forma inmediata a la mente – el razonamiento – y esto, por supuesto que resulta totalmente necesario.

La única diferencia es que la ubicación es inversa, dado que en el piano u órgano la nota que primero se toca está en la parte exterior y la equivalente en el interior, mientras que la nota de la conciencia que se da primero está en el interior – el fuero interno – y la equivalente en el razonamiento, que es a nivel mental, o del alma, como vamos a ver con más detalle dentro de poco.

Según dicho más arriba, como parte del nuestro espíritu también reconocemos la intuición, es decir un sentir en el interior que no brota del razonamiento. Marcos 2: 7-8 nos da una clara muestra de esto.

¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios? Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones?

Los escribas que estaban presentes al pronunciar Jesús las palabras “Hijo, tus pecados te son perdonados” no dijeron nada, sino que lo pensaron, cavilando en sus corazones. No obstante, la intuición de Jesús en su espíritu, sin razonamiento o indicio externo que se lo indicara, pero

digamos con el radar de su espíritu bien diáfano y despejado, lo captó con toda claridad y nitidez.

Y por último el tercer elemento de nuestra espíritu es la adoración, según brota de Juan 4: 23-24.

“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.”

“Dios es Espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.”

Hemos subrayado por una parte Espíritu, con mayúscula, al referirse al Padre, tal cual está – con toda precisión entendemos – en la versión de 1960, y con minúscula al referirse al espíritu del ser humano que le adora.

Antes de la conversión estábamos muertos en delitos y pecados según Efesios 2: 1. Al renacer fuimos engendrados de Dios según Juan 1: 13, de manera que del Dios Padre – Espíritu, con mayúscula – brotó un engendro en nuestro interior de espíritu – con minúscula. Así como la criatura se nutre de la madre que la dio a luz y se cobija en ella, nuestro espíritu lo hace en el Espíritu del cual procedió.

Estamos tratando de temas espirituales, y las analogías terrenales que presentamos nos ayudan a comprenderlas mejor, aunque la analogía en sí no siempre concuerde de manera precisa y exacta con lo que estamos tratando, dado que esto último se encuentra en otro reino – el espiritual.

Ahora debemos pasar al alma y resulta muy importante que comprendamos bien la diferencia – muchos piensan, sin ahondar debidamente, que las dos cosas son lo mismo, pero no es así.

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo, y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.” (1ª. Tesalonicenses 5: 24)

Aquí se establece claramente que somos tripartitos, y debemos notar que Pablo coloca las tres partes en su debido orden – primero el espíritu, luego el alma y por último el cuerpo.

Recordamos el caso, bastante triste, de un siervo que en un tiempo tuvo su auge, pero notábamos que siempre decía cuerpo, alma y espíritu, en ese orden, y sin precisar detalles innecesariamente, lamentablemente tuvo un fin muy poco glorioso.

Citamos ahora Hebreos 4: 12: “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.”

Seguimos con un ejemplo ilustrativo que conceptuamos provechoso. No hace mucho, preparándome para una reunión en Madrid, sentí hablar sobre el libro de Job, y su aplicación práctica para todo verdadero hijo de Dios, en cierto modo según el primer capítulo titulado La Fragua Divina.

No obstante, al llegar el tiempo de la alabanza y escuchar las canciones gozosas y vibrantes que se entonaban, con un grupo de jóvenes que evidentemente denotaban mucho entusiasmo y optimismo, razoné en el sentido de que debía cambiar el mensaje y presentar algo más apropiado para esa ocasión.

Sin embargo, al sopesarlo ante el Señor, sentí claramente que debía seguir adelante con lo que tenía pensado al llegar, y a pesar de que parecía inapropiado, resultó de bendición y desafío para ellos y todo el resto de la congregación.

Lo que sucedió fue en realidad que en mi espíritu estaba correctamente establecido el tema que debía tratar, pero mi razonamiento – como parte de mi alma – al ver las apariencias externas, se inclinaba por otro rumbo. Allí, al sopesar las cosas ante el Señor, se produjo la separación entre lo que era del alma, basado en las apariencias, y lo que era del espíritu.

Dos aclaraciones:- la primera es que para que se produzca esa separación no necesariamente se debe estar leyendo la Biblia, dado que la palabra debe morar en nuestra mente y corazón; lo importante es que sopesemos las cosas con toda transparencia ante el Señor.

En Romanos 9: 1 leemos: “Verdad digo en Cristo, y no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo.” Efectivamente, al reflexionar ante el Señor de esa forma sincera, despojándonos de toda segunda intención, nos encontramos con que el Espíritu Santo testifica en nuestra conciencia, que es parte de nuestro espíritu como ya señalamos, la voluntad de Dios y la verdad divina para cada situación.

Por otra parte, el razonamiento muy bien puede ser acertado y correcto, pero en tales casos no habrá una desaprobación por parte de la conciencia, sino una clara concordancia.

La segunda aclaración va por una línea distinta. Al manifestar previa hecho en base a la verdad bíblica de Efesios 2: 1 ya citada de que antes de la conversión estábamos muertos en delitos y pecados. Esa muerte espiritual no alcanzó, misericordiosamente, a nuestra conciencia, si bien muchos por su maldad y perversión muy bien pueden haber llegado al estado de tenerla corrompida, y peor aún, cauterizada. No obstante, una persona normal digamos, aunque inconversa, cuenta con una conciencia, (parte del espíritu) con la medida de sensibilidad que le acuerde ella misma según el trato que le dé.

Recuerdo que hace unos buenos años un buen hermano, tras oírme presentar las cosas de esa forma, un tiempo más tarde me obsequió un tratado en que se sostenía que el ser humano, aun inconverso, también es tripartito.

No quise entrar en polémica de modo que no le dije más nada sobre el asunto. No obstante, al sustentar el punto de vista ya expresado, me baso exclusivamente en lo que Efesios 2: 1 nos dice en el sentido de que antes estábamos muertos en delitos y pecados, avalado también para mayor abundamiento por Ezequiel 36: 26-27 donde dice, refiriéndose

proféticamente a la conversión o renacimiento del Nuevo Pacto: “Os daré nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros...y pondré dentro de vosotros mi Espíritu...”

Y resulta harto evidente que lo manifestado por Pablo en Efesios 2: 1 – el estar muertos en delitos y pecados – no se aplica ni al cuerpo ni al alma, y ¿a qué entonces se puede referir, sino al espíritu?

Tratando ahora concretamente sobre el alma, mencionamos que también constituye un trío, a saber, mente o razonamientos, emociones y la voluntad.

No hace falta entrar en muchas explicaciones. Lo correcto es que funcione debidamente, vale decir que acompañe a la voz interior de la conciencia en nuestro espíritu y no se sobreponga a ella. Por otra parte, hay cosas o situaciones tan claras que basta el sentido común de nuestra mente o razonamiento, y no habrá que indagar si son o no la voluntad del Señor, y si en el fuero interno hay o no aprobación, pues la misma estará claramente presente.

En cuanto al cuerpo, lo sencillo es saber cuidarlo tanto en el comer como en el evitar trasnochadas innecesarias. En el mundo occidental, a diferencia de lo que sucede en el llamado tercer mundo, hay muchas personas enfermas por comer en exceso.

Sin querer hacer una doctrina de ello, a veces señalo que a Elías el Señor le mandaba los cuervos con comida dos veces al día, no tres o cuatro. Personalmente me encuentro mejor con dos comidas, y en todo caso algo muy ligero y fácil de digerir como un par de yogures por la noche, aplicando la conocida regla de desayunar como un rey, almorzar como un príncipe y cenar como un mendigo.

En Hebreos 10: 22 se nos exhorta a acercarnos “con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura.”

Después de una jornada intensa de trabajo, alguien puede sentir una necesidad grande de derramar su alma ante el Señor sin demora, con todo el mal olor de la traspiración de un día entero.

No obstante, siempre que las circunstancias lo permitan, personalmente siento la necesidad de darme una buena ducha al comenzar el día, para andar delante del Señor limpio no sólo en mi espíritu y alma, sino también en mi cuerpo, ya que se nos dice en 1ª. Corintios 3: 16 que el mismo es templo del Señor.

Con todo, no quiero tampoco hacer una doctrina en cuanto a esto, ni ser contencioso de manera alguna sobre el particular, respetando la opinión de otros que tal vez no estén totalmente de acuerdo.

Las palabras que siguen en el versículo 8 nos presentan un desafío: “A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra no seré conmovido.”

¿Qué es lo que ponemos siempre o mayoritariamente delante de nosotros? ¿El dinero, el éxito, la aprobación de los demás, la fama, una adicción indebida a la televisión, o tal vez al deporte, o a nuestro equipo favorito?

¿O es, en cambio, no hacer nada que desagrade al Señor, y vivir en la esfera de Su voluntad, para que nada empañe nuestra comunión con Él?

Son dos preguntas importantes que el lector hará bien en plantearse en un saludable auto análisis.

El resto del salmo sigue una línea mesiánica, prediciendo la resurrección de nuestro amado Señor Jesús sin ver corrupción.

“Se alegró por tanto mi corazón y se gozó mi alma; mi carne también reposará confiadamente, porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que su santo vea corrupción.”

Vale la pena relacionar esto con lo dicho por Pedro en Los Hechos 2: 24, en la ocasión de su discurso el día de Pentecostés.

“Al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.”

Jesucristo murió en condiciones distintas de todos los demás seres humanos, en el sentido de que no lo hizo debido a la ley claramente reiterada en las Escrituras:- “...el alma que pecare, ésa morirá.”

Su vida totalmente exenta de todo pecado lo puso totalmente fuera del alcance de esa ley, y Su resurrección bien podemos decir que era inevitable – “...imposible que fuese retenido por ella.” Tal y cual lo señaló Pedro bajo la inspiración divina.

El versículo 11 con que termina el salmo nos presenta una riquísima y bendita culminación, de proyecciones eternas y magníficas en el más amplio sentido de la palabra.

“Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre.”

En primer lugar, haciendo esto extensivo a nosotros Sus santos amados, debemos pensar en un continuo aprender, en la escuela maravillosa del Maestro de los maestros, que nos enseña como ningún otro lo que verdaderamente interesa y vale, tanto para esta vida como para el siglo venidero.

En segundo término las palabras “...en tu presencia hay plenitud de gozo” claramente dan a entender que el mismo será inmensamente mayor y más puro que cualquier gozo que podamos haber experimentado en la vida presente.

Y en tercer lugar “delicias a tu diestra para siempre” nos hablan de algo que ha de trascender los límites del tiempo y perdurar por toda la eternidad. No habrá ningún punto en que el Señor nos diga – “Hasta aquí hemos llegado – ya no tengo más para mostraros.”

Las delicias que Él nos irá revelando nunca se agotarán – siempre habrá más para una eternidad deleitosa y maravillosa.

Bien podemos citar aquí las palabras de San Pablo en su epístola a Tito – “La esperanza bienaventurada.” Por cierto que lo es y que no hay nada que remotamente se le pueda comparar.

Que esto sea un fuerte estímulo para que ordenemos y modelemos nuestras vidas, o mejor dicho lo que nos queda por vivir todavía, en armonía y concordancia con tanta dicha que el Señor nos tiene reservada.

Como una sana advertencia, estimamos oportuno citar lo que el venerable apóstol Juan escribe en su primera epístola:

“Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados.” (1ª. Juan 2: 28)

Cuando esos ojos de fuego nos contemplan a Su venida, ¡QUE SEA LO PRIMERO Y NO LO SEGUNDO!

- - - - - - () - - - - -

Capítulo 4 – Salmo 119 – una joya de hermosos y variados matices. (a)

El salmo 119 es muy particular por varias razones. Es el más extenso de todos, y el lector notará que contiene 22 partes de 8 versículos cada una, y que como encabezamiento de cada una de esas partes, figura el nombre de una letra del abecedario hebreo, que en total consta precisamente de igual número de letras, dándose así un total de 176 versículos.

Además, en el original hebreo cada sentencia empieza con la letra del respectivo encabezamiento. Naturalmente esto no se pueda reflejar en la traducción al castellano, ni a ningún otro idioma suponemos, por razones obvias.

Lo ejemplificamos como si fuera en nuestro idioma, tomando la primera letra de nuestro alfabeto.

Alabo al Señor por todas Sus mercedes;

Alma mía, no olvides ninguna de sus muchas misericordias,

Agrega a esa alabanza una profunda gratitud,

Añadiendo también dos cosas importantes,

Amarlo por sobre todas las cosas en la vida,

Además de adorarlo en la hermosura de la santidad,

Etc. etc.

Otra particularidad muy importante es que en cada uno de los 176 versículos – exceptuando el 122 y el 132 en la versión 1960 de nuestra Biblia en castellano – se habla de la palabra de Dios, empleando una variedad de vocablos que se refieren a ella de una manera u otra, tales como tu ley, tus preceptos, tus mandamientos, tus juicios, tus estatutos, etc.

Todo esto compagina una verdadera joya literaria, sobre todo en el original hebreo, la cual presenta de muchas formas distintas la gran excelencia y utilidad de la palabra de Dios.

A veces, en nuestra exposición oral de las Escrituras, lo hemos planteado de esta forma: Si es que hay un Dios – como sin duda lo hay – y ese Dios nos ha dado un libro – como tampoco cabe duda de que lo ha hecho – entonces ese libro, la Santa Biblia, debe desde todo punto de vista, ser el

libro primordial de nuestra vida, rigiendo nuestra conducta cotidiana con sus maravillosas enseñanzas, advertencias, principios y verdades.

Muchos conocen el caso de la famosa sentencia del “sabio” francés Voltaire. Afirmó que en cien años la Biblia iba a ser un libro desaparecido y olvidado.

El Señor esperó que se cumpliera el siglo estipulado por Voltaire para dar Su respuesta – contundente e irrefutable. La misma vivienda en París donde había pronunciado dicha sentencia se encontraba como depósito de las Sociedades Bíblicas, con pilas y pilas de ejemplares en cada recinto ¡del libro que iba a desaparecer y quedar olvidado para siempre!

Extrayendo ahora del rico caudal que se encuentra en el salmo en que estamos, nos parece oportuno comenzar con el versículo 18.

“abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley.”

Desde luego que para el incrédulo – cegado su entendimiento por el dios de este siglo - no hay ninguna maravilla en la ley divina. Por el contrario, casi siempre le resulta una locura incomprensible y carente de todo sentido, por lo menos en mucho de su contenido.

David, que se supone que fue el autor de este salmo, nos revela en el mismo la vasta comprensión que él tenía de tantas verdades y principios sabios y maravillosos de esa ley.

Entre paréntesis, no debemos entenderla en la estrecha comprensión del decálogo, ni aun con el agregado de toda la extensa ley mosaica que encontramos en el Pentateuco.

Más bien debemos comprenderla en los términos que aparecen en el versículo 96: “A toda perfección he visto fin; amplio sobremanera es tu mandamiento.”

Es decir que tenía un claro concepto de la perfección de la misma, que sobrepasaba toda otra perfección por él conocida. Pero además veía que la magnitud de la misma era totalmente inconmensurable. Y esto lo

tenemos que relacionar con el versículo 18 ya citado, en que pide al Señor que le abra los ojos para poder mirar las maravillas de ese mandamiento amplio sobremanera.

Aquí debe entrar en nuestra consideración la necesidad de la revelación divina: es imprescindible que se nos abran los ojos de nuestro espíritu, y eso es una gracia especial que se otorga a los pequeñitos y humildes, no a los sabelotodos autosuficientes que se sirven de su propia capacidad y recursos.

Nuestro amado Señor Jesús dio bien en el clavo cuando alabó al Padre en Mateo 11: 25b-26 al decir "...escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó."

El Señor nos conceda el don y la gracia de vivir como niños delante de Él, necesítándolo en todo y para todo y confiando en Él implícitamente.

Dentro de la extensa gama que nos brinda este riquísimo salmo, escogemos ahora el versículo 136: -"Ríos de aguas descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley."

Tal vez no plenamente consciente del vasto alcance de estas palabras, David puntualiza aquí por la inspiración divina lo que llamaríamos el profundo arrepentimiento. Sólo aquellos que lo han podido experimentar – notoriamente los apóstoles Pedro y Pablo, pero sin duda muchísimos otros santos a través de la historia – lo comprenden en buena parte de su gran magnitud.

Esos ríos de aguas – lágrimas a raudales – no son algo propio del emocionalismo, como algunos pudieran suponer. Son aguas que tienen la función de efectuar lavajes internos de la maleza y suciedad acumuladas por no haber andado debidamente en el camino del Señor. Una vez seguido su debido curso, dejan al alma en dichosa paz, como quien ha experimentado un alivio bendito y una saludable limpieza interior.

Se podría agregar mucho más sobre el tema, pero sería prolongar en demasía, y aún nos queda mucho terreno que abarcar en este salmo.

“Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra.” (Versículo 62)

Esta verdad tan importante se ratifica, aunque en otros términos, en el versículo 71:- “Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos.”

Ser humillado por los hombres, o por el enemigo de nuestras almas, es algo doloroso y casi siempre totalmente improductivo. Por el contrario, cuando es el Señor Quien lo hace, siempre resulta para nuestro inmenso bien.

Nos vacuna, por así decirlo, contra el envanecimiento, esa aberración horrible, de la cual la primera víctima fue el Lucifer, quien busca desde entonces propagarla a cuantos pueda.

A sus amados y escogidos, Dios se encarga de humillarlos, como un seguro contra algo tan pernicioso y a la vez engañoso. Decimos engañoso, porque el maligno tiene la astucia de propagarlo de tal manera que la víctima no se percate de ello. Y decimos pernicioso porque si no se corrige a tiempo, el mal que acarrea desemboca necesariamente en gran deshonra y, en última instancia, en pérdida irreparable.

Siempre tenemos presente, de manera que resulta innecesario explayarnos sobre el mismo, el aguijón que le tocó soportar al apóstol Pablo, pero que tenía la triple función de impedir que se envaneciese, de aprender a apoyarse en la gracia suficiente para sobrellevarlo, y de experimentar una mayor medida del poder de Cristo, al descubrir el principio dorado de que “cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

Este tema de ser humillado se proyecta a una culminación bendita y feliz por lo expresado en los versículos 75 y 76:- “Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, y que conforme a tu fidelidad me afligiste. Sea ahora tu misericordia para consolarme, conforme a lo que has dicho a tu siervo.”

El experimentar la humillación y aflicción es algo que David reconoce – como debemos también hacerlo nosotros – que responde a los justos juicios del Señor, que sabe por qué y para qué lo hace, y también a Su gran fidelidad. De no hacerlo Él sabe que en la primera de cambio, o bien en la hora del éxito, se nos subirían los humitos a la cabeza, como solemos decir.

Pero a quien somete el Señor a este tratamiento de Su gracia, siempre le hace saber que es para su bien, y que a su debido tiempo vendrá la cosecha de su gran misericordia y consuelo, que no sólo nos servirá de bálsamo bendito, sino que nos enriquecerá grandemente.

“Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán.” (Salmo 126: 5)

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.”
(Mateo 5: 4)

En un papel con anotaciones me di cuenta de que se trataba de puntos sobre este mismo salmo 119 que traté en una predicación más bien reciente. Como los puntos son todos distintos de lo que hemos visto hasta ahora en este capítulo, me resulta evidente que nos queda mucho terreno que cubrir, por lo cual, para evitar que éste sea demasiado extenso, seguramente que tendremos que suspender a cierta altura, para continuar en el capítulo siguiente.

Con todo, antes de hacerlo añadimos dos o tres párrafos.

Amplio, vasto y con una perfección que supera a todo lo que David había conocido.

“A toda perfección he visto fin; amplio sobremanera es tu mandamiento.”
(Versículo 96)

Sólo el Dios infinito puede conferir infinitud a algo, y, ¡por cierto que lo ha hecho con Su palabra bendita!

“Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos.”

“De generación a generación es tu fidelidad. Tu afirmaste la tierra y subsisten todas las cosas hasta hoy, pues todas ellas te sirven.” (Versículos 89-91)

Por el mismo principio, sólo el Dios eterno puede conferir eternidad a algo – y ¡por cierto que también lo ha hecho con Su palabra, la cual permanece firme para siempre en los cielos! Allí estará, absolutamente inmutable, por los siglos de los siglos.

Lo mismo tenemos que decir de Su fidelidad – “sin mudanza ni sombra de variación”, como se expresa con tanto acierto en Santiago 1: 17b.

Y por la ordenación de mismo Dios Altísimo y Omnipotente, la tierra ha sido afirmada y subsiste, al igual que todas las cosas hasta el presente, y todas ellas le sirven para el desarrollo y la concreción de Sus vastos propósitos universales para cada cosa creada.

Ahora sí suspendemos a esta altura para continuar en el capítulo siguiente.

- - - - - - () - - - - -

Capítulo 5 – Salmo 119 – Una joya de hermosos y variados matices. (b)

“Pues tus testimonios son mis delicias y mis consejeros.” (Versículo 24)

Para David los testimonios del Señor eran todo un deleite, y así, sin duda, debiera ser con nosotros, los hijos de Dios, renacidos por el Espíritu Santo. En ellos encontramos perlas de sabiduría, luz, justicia, verdad, de los caminos eternos, y en fin, de un cúmulo de preciosas virtudes más, propias todas de la persona maravillosa de nuestro amado Dios y Señor.

Agrega que esos testimonios, en su carácter ya sea de palabra, dichos, juicios, preceptos, estatutos o mandamientos, eran consejeros que

seguramente le valían para todas las vicisitudes y alternativas por las cuales le tocaba atravesar.

En el primer capítulo vimos, extrayendo de la maravillosa profecía de Isaías 9: 6, que uno de los nombres del bendito Mesías prometido sería Consejero, y también comentamos sobre Su función en tal carácter en cuanto a la iglesia de los laodicenses.

La trayectoria de David fue muy distinta de la de la iglesia de Laodicea, pero igualmente esos consejos a que se refería le valían para todas y cada una de las muchas circunstancias diversas y variadas que tuvo que enfrentar.

Tenemos presente, entre otras, las muchas ocasiones en que tenía que escaparse del Rey Saúl, que lo perseguía con tanta saña y maldad. Venía con muchos soldados, liderados por Abner, el general del ejército, y dónde esconderse, si debía pasar la noche en algún lugar oculto, alejarse a otra zona desértica o arbolada, etc. etc. – para todo eso necesitaba el consejo, junto desde luego con la providencia divina, para mantenerse a salvo, rodeado como estaba de tantos peligros.

Hilamos esto con el salmo 27: 3 donde dice:

“Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón; aunque contra mí se levante guerra, yo estaré confiado,” a lo que agrega en el conocidísimo versículo 4 su petición de poder contemplar cada día la hermosura del Señor e inquirir en su templo.

Desde luego que David debía valerse de los consejos de la palabra, con todos sus diversos matices, en una gran multiplicidad de otras formas y situaciones.

Pero para darle un fin práctico y subjetivo a estas reflexiones, debemos preguntarnos si en nuestra propia experiencia los testimonios y estatutos de Dios son de veras nuestros consejeros.

El sagrado libro – la Biblia – lo abarca todo, y como hijos Suyos debemos cultivar su lectura cotidiana con avidez, y así Sus palabras serán también nuestros consejeros.

Sabremos si debemos emprender un rumbo determinado o desecharlo; nos servirá para todas las decisiones que habremos de tomar, en términos materiales, espirituales, económicos, familiares, etc.

Si le damos a la bendita Biblia esa atención y el trato esmerado que se merece, el Espíritu Santo habrá de iluminarnos para que siempre tomemos la decisión o el camino acertado.

Todo esto lo enlazamos con el versículo 105: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.”

Efectivamente, en medio de las tinieblas que nos rodean por doquier, la luz diáfana y preciosa de la palabra divina como lumbrera nos ilumina, señalando el camino correcto que debemos seguir.

Con todo, cabe señalar algo importante. Se trata del principio que a menudo hemos puntualizado oralmente y también tal vez por escrito: el Antiguo Testamento con frecuencia nos habla a través de lo externo, y visible, para señalar los valores internos, eternos e invisibles del Nuevo.

Así entonces la palabra del Señor nos habla, no como una lámpara a nuestros pies, sino en el fuero interno y por el Espíritu Santo que mora en nosotros, indicando el camino o la senda de la luz de la voluntad de Dios en que debemos andar.

Continuamos reflexionando sobre la forma tan amplia y sabia en que David se explaya sobre las excelencias de la ley de Dios.

“Guardaré tu ley siempre, para siempre y eternamente.” (Versículo 44)

Aquí David hace un voto que estaba dispuesto a cumplir todo el resto de su vida; pero no se detiene ahí, sino que lo hace extensivo a la eternidad – eternidad ésta que sabe que le ha conferido el Eterno Dios.

En el versículo 19 ya había escrito “Forastero soy en la tierra,” lo que da a entender claramente que no consideraba que su vida en este mundo era su única porción, como tristemente lo hacen los incrédulos; muy por el

contrario, sabía muy bien que había un más allá que se prolongaría por siempre jamás.

Hay además otros indicios en las Escrituras que apuntan en ese sentido, entre ellos lo que afirmó tras enterarse de la muerte del primer hijo que le dio a luz Betsabé: “Yo voy a él, más él no volverá a mí.” (2ª, Samuel 12: 23)

Quienes hemos nacido de nuevo tenemos esa esperanza bienaventurada de un más allá de dicha sin par, a continuar por los siglos de los siglos.

Es una bienaventuranza que quizá no siempre valoramos ni paladeamos como debiéramos, y que se encuentra en un contraste abismal con la porción de los que no conocen al Señor, y su expectativa sólo está en su vida terrenal.

“Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus mandamientos son mi meditación.”

“Más que los viejos he entendido, porque he guardado tus mandamientos.” (Versículos 99 y 100)

El meditar en los mandamientos divinos y guardarlos le había reportado a David un caudal de sabiduría tan vasto, que iba mucho más allá de lo que le habían inculcado sus enseñadores.

Suponemos que esto habrá sido en su niñez y juventud; pero creemos que sin ser jactancioso va más allá, diciendo que el guardar esos mandamientos le había hecho entender, saber y comprender más aún que los ancianos, cargados de años y experiencia.

Esto se debe conectar con lo que el mismo David afirma en el Salmo 19: 11 – “Tu siervo es además amonestado con ellos; en guardarlos hay grande galardón.”

Tenemos presente el caso de un siervo del Señor que tenía un riquísimo ministerio de la palabra. Creemos recordar que alguien le preguntó en cierta ocasión cómo había adquirido semejante caudal.

La respuesta fue que mientras otros cursaban estudios de diversa índole para seguir una carrera determinada, él se había pasado las horas por años y años, devorando por así decirlo las Sagradas Escrituras.

En otra línea, y en aras de retener un sano equilibrio, debemos acotar que las palabras del versículo 99 “Más que todos mis enseñadores he entendido” no deben motivar a que uno desprecie lo que los verdaderos maestros de la palabra nos pueden inculcar, pensando que uno se basta a sí mismo con lo que cosecha con sus propios estudios, sin necesitar de los demás.

En Efesios 4:11-12 Pablo señala que el Señor constituyó, y desde luego que sigue haciéndolo, ministerios “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” y entre ellos figuran los de pastores y maestros.

Desconocer esto supone un grave desatino, y una clara muestra de orgullo y envanecimiento.

“En mi corazón he guardado tus dichos para no pecar contra ti.” (Versículo 11)

El estudio asiduo y esmerado de la palabra de Dios nos trae grandes beneficios de diversa índole.

Uno de ellos, pensamos a menudo, es el de agradar al Espíritu Santo, el inspirador de la misma, según se nos dice en 2ª. Pedro 1: 20-21.

Lo contrario sucedería si no le diéramos ese trato que se merece, leyéndola mucho menos de lo que debiéramos, y sin mayor apetito espiritual.

Otro beneficio es el de adquirir paulatinamente la perspectiva divina en cuanto a los valores importantes de esta vida, sobre todo en su proyección hacia lo eterno e imperecedero del más allá-

Otro más es el de recibir advertencias en cuanto a peligros que nos acechan y nos rodean en nuestra peregrinación, por ejemplo el que se

puntualiza en la oración del versículo 36: “Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia.”

Aunque nos salimos del ámbito de este salmo, debemos señalar aquí como algo muy importante que el libro de Proverbios está virtualmente saturado de advertencias y amonestaciones contra un gran número de males que nos pueden perjudicar y dañar en nuestra carrera.

Pero debemos afirmar que hay un algo muy fundamental e imprescindible que debe acompañar al estudio asiduo y esmerado a que nos hemos referido.

Esto se refleja en no pocos versículos del salmo dorado en que estamos, tales como el 2, bienaventurados los que...con todo el corazón te buscan.” Versículo 10 “Con todo mi corazón te he buscado” el 111: “Porque son el gozo de mi corazón,” el 145”Clamé con todo mi corazón.

Es decir que no se trata de un estudiar con avidez, pero solamente por la vía del intelecto o razonamiento mental.

El corazón debe anhelarlo y ser, por así decirlo, la fuerza motriz que nos impulsa a hacerlo.

Otra vez nos valemos del libro de Proverbios esta vez para citar el versículo 23 del cuarto capítulo –“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.”

El corazón es la fuente o el manadero del cual brota todo lo que hablamos y hacemos. Y redondeando sobre el versículo 11 del subtítulo, David sabía que era por sobre todo en su corazón que debía guardar y atesorar la palabra de Dios, como un seguro, si cabe, contra el mal gravísimo de pecar contra el Dios al cual le debía todo.

Y finalmente, nos atrevemos a elevarlo a un nivel más alto, expresado en la aspiración de no hacer ni decir nada que suponga desagradarlo en absoluto – una aspiración muy encumbrada por cierto, pero que creemos que es alcanzable por Su gracia, si nos lo proponemos seriamente, aun cuando, como seres finitos y falibles que somos, cada tanto no lo alcancemos.

Antes de continuar, debemos detenernos aquí para introducir una nota solemne, y en un sentido aterradora, pero necesaria, que se desprende del versículo 53: “Horror se apoderó de mí a causa de los inicuos que dejan tu ley.”

Al no valorar sino despreciar las maravillosas riquezas y excelencias de la ley divina, quien lo hace se coloca de hecho en la parcela opuesta del enemigo declarado de las almas.

Allí imperan las fuerzas contrarias del odio, la iniquidad, y toda toda suerte de mentiras y engaños.

Por una parte, tengamos siempre una temblorosa gratitud por saber que estamos situados en la parcela bendita del amor y la gracia de la ley divina; por la otra, oremos y busquemos en lo que nos sea posible ayudar a los que se encuentran atrapados en la otra, en concordancia con el deseo del Señor, Quien no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.

“Sumamente pura es tu palabra y la ama tu siervo.” (Versículo 140)

Este versículo debemos relacionarlo con el Salmo 12, también de David, que en el versículo 6 nos dice: “Las palabras de Jehová son palabras limpias, como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces.”

Por supuesto que no debemos entender por esto que a la palabra de Dios hay que someterla a ese proceso de purificación. El verdadero sentido es que el resultado final de ese proceso tan intenso – siete veces, es decir el número que denota algo perfecto y completo – será que se logre plata absolutamente refinada y exenta de todo vestigio de impureza, lo cual constituye el estado o la condición permanente de la palabra eterna en sí – siempre ha sido así, y por siempre jamás lo seguirá siendo.

Esa pureza tan impecable – tan inmaculada – motivaba a David a amarla – entrañablemente agregaríamos. Tenemos claras muestras de ello en los siguientes versículos: 14: “Me he gozado en el camino de tus testimonios más que de toda riqueza.” Versículo 24: “Pues tus testimonios son mis

delicias.” Versículo 72: “Mejor es la ley de tu boca que millares de oro y plata.” Versículo 103: “! Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca.”

Es decir que se gozaba poniéndola por encima de toda riqueza y de millares de oro y plata – se deleitaba en ella y la encontraba dulcísima a su paladar, más que la miel.

¡Qué ejemplo maravilloso, digno de que lo emulemos!

Si bien con lo escrito no le hemos hecho plena justicia a este salmo tan especial, y por cierto que mucho menos hemos alcanzado a agotar sus enormes riquezas, nos damos por satisfechos con estos dos capítulos.

Concluimos con el deseo y la oración de que sirvan para incrementar grandemente nuestro cariño y devoción a ella – la bendita palabra de Dios que vive y permanece para siempre, - y que más allá de eso, a verla personificada en el amado Señor Jesucristo, el Verbo que era en el principio, y que era con Dios y que era Dios. (Juan 1: 1)

- - - - - () - - - - -

CAPÍTULO 6 - Confirmación, unción, sellos y arras.

(2ª. Corintios 1: 21-22)

“Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones.”

En estos dos breves versículos, lo que no nos cansamos de llamar la pluma tan fecunda del apóstol Pablo, nos señala cuatro puntos cardinales, por la

gran importancia que revisten, importancia ésta que nos mueve a dedicarles todo este capítulo.

Por empezar, desde luego que lo primordial en la vida es que uno se convierta de las tinieblas a la luz admirable de Cristo, o, en los términos de Jesús dirigiéndose a Nicodemo en la primera parte del capítulo 3 de San Juan,, nacer de nuevo, de agua y del Espíritu, para así ver el reino de Dios y entrar el Él.

Los corintios, a quienes Pablo dirige esta segunda epístola, ya habían tenido esa bendita experiencia. Los cuatro puntos del título van dirigidos a ellos, con el fin de que prosigan satisfactoriamente en su vida espiritual, y lleguen a la postre a una culminación feliz.

Pasamos ahora a reflexionar sobre cada uno.

I) Confirmación.

Pablo dice "...el que nos confirma en Cristo..."

Debemos partir de esas dos palabras que hemos subrayado: en Cristo.

En toda verdadera conversión eso es precisamente lo que sucede.

"Si alguno está en Cristo nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas." (2ª. Corintios 5: 17)

El mismo Señor Jesús los ilustra y amplía sobremanera en Juan15:-

"Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que no lleva fruto lo quitará; y todo aquél que lleva fruto lo limpiaré para que lleve más fruto. Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí." (15: 1, 2 y 4)

Su exhortación a que permanezcamos en Él es clara y terminante; así como una rama cortada y separada de la vid no puede dar fruto, sino que se seca y sólo sirve para quemarse como leña, o bien para hacer tal vez algunos enseres sin vida, así tampoco nosotros aparte de Él.

El hecho de que añada “...y yo en vosotros” no ha de tomarse por cierto como una exhortación a sí mismo ni un recordatorio de que debe hacerlo.

Debe entenderse, en cambio, en el sentido de que le permitamos a Él permanecer en nosotros, sabiendo muy bien que a veces podemos ser tan propensos en a primera de cambio saltarnos por la tangente, pasando al temor, la desobediencia, o a una actitud carnal o egoísta, los que nos desubica totalmente, con el doble efecto de no permanecer en Él, ni permitir que Él lo haga en nosotros.

Hace unos buenos años, estando en la obra misionera en la provincia de Mendoza, al Oeste de la República Argentina alguien me prestó un libro que trataba sobre el tema de injertos.

Recuerdo que afirmaba que había una diferencia entre el de un peral o un manzano, por ejemplo, y el de la vid.

En aquéllos bastaba quitar toda la corteza de la vara a injertar se, y haciendo un tajo en el árbol en sí y colocando una venda, normalmente se lograba un injerto satisfactorio.

Por el contrario, con la vid había que cortar hasta el centro de la vara a injertarse, llamado significativamente el corazón y recién entonces proceder al vendaje y al injerto.

La lección que se desprende de esto es que la espada de doble filo de la palabra de verdad tiene que penetrar bien dentro del fuero interno, para que el injerto del pámpano resultante sea satisfactorio y, a la postre, fructífero también.

Por otra parte, nos conmueve pensar que el corte en la vid verdadera, que es nuestro Señor Jesús, ya fue hecho, y muy dolorosamente por cierto, en el Calvario, cuando los clavos de los que lo crucificaron horadaron Sus manos y Sus pies – Salmo 22: 16 – y la lanza del soldado le abrió el costado – Juan 19: 34.

Pero ahora pasamos a considerar la forma en que los dos quizá más grandes apóstoles del Nuevo Testamento – Pedro y Pablo - realizaron en sus trayectorias una labor confirmatoria, tanto en el nivel conjunto de iglesias como individualmente en la vida de los discípulos de aquel entonces.

- Pedro.

“...y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos.” (Lucas 22: 32)

De cómo Pedro asumió plenamente este mandato del Señor tenemos claras evidencias en las Escrituras.

En Los Hechos 9: 32 leemos “Aconteció que Pedro, visitando a todos, vino también a los santos que habitaban en Lida.”

Esas visitas por cierto que no serían de cortesía, ni con la brevedad con que algunos médicos, apremiados por sus muchas obligaciones, a veces las deben efectuar.

Creemos que sería para exhortarlos, recordándoles tantas cosas de gran importancia para continuar firmes en el camino del Señor.

Acercándose al final de su vida, escribió en 2ª. Pedro 1: 13-15 –“Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado.”

“También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas.”

Bien podemos imaginar cómo los discípulos que le habían oído se recordarían mutuamente los consejos, advertencias, exhortaciones y amonestaciones que con tanto amor, gracia y fidelidad les había hecho.

Y además de esto tenemos sus dos epístolas, que son un legado precioso para todos los discípulos de todos los tiempos.

En suma, vemos la soberana gracia del Señor en su vida, tomándolo así como era, un humilde pescador, del vulgo y sin letras, para forjar un vaso para honra, dotado de tanta sabiduría, gracia y fidelidad.

b) Pablo.-

Resulta interesante que a un hombre tan versado en la ley mosaica y que aventajaba a muchos de sus contemporáneos, el Señor le encomendó el ministerio a los gentiles, mientras que a Pedro, el humilde pescador a que ya nos hemos referido, lo destinó para la circuncisión, o sea el pueblo de Israel.

La lógica nuestra hubiera sido disponer lo contrario, pero así son los caminos imprevistos e insondables del Señor.

En la vida de Pablo lo prioritario era llevar almas al conocimiento de Cristo. No obstante, enseñado por el Señor, y al mismo tiempo por la experiencia práctica, sobre todo a partir de su primer viaje misionero, vio con toda claridad que eso no bastaba - era imprescindible confirmarlas.

Y así vemos como paralelamente a la proclamación de la palabra de verdad del evangelio, en su ministerio se destacaba una labor confirmatoria, que como veremos era tesonera y podríamos decir hasta exhaustiva, tal era la forma en que la desarrollaba.

Aun durante el primer viaje misionero que hizo, acompañado por Bernabé, en el trayecto de retorno después de llegar a Derbe, el punto más distante, tenemos claros indicios de una labor confirmatoria.

“...volvieron a Listra, Iconio y Antioquía (los lugares donde habían fundado iglesias)

confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.” (Los Hechos 14: 21b-22)

Vieron también la necesidad de constituir ancianos, orando con ayunos y encomendándolos al Señor en quien habían creído.

Sobre este particular no nos detendremos, pues sería desviarnos en algo del hilo conductor.

En cambio subrayamos el peso y la autoridad con que esos dos esforzados siervos del Señor, Pablo y Bernabé, que como dijimos lo acompañaba, ministraron en esas tres iglesias, trayendo palabras saturadas de fe y de unción santa para fortalecerlos, procurando que quedasen firmemente arraigados en el Señor.

También debe tenerse muy en cuenta que no les prometían un camino de rosas, con dicha y mucha alegría, y exento de dificultades. Muy por el contrario, les advertían que era menester entrar en el Reino de Dios a través de muchas tribulaciones, un énfasis no muy usual por cierto en estos días.

Siguiendo el orden cronológico fijado por el libro de Los Hechos, vemos que a continuación surgió el problema de los judaizantes. Algunos de ellos, llegados a Antioquía de Siria, sostenían que a los creyentes gentiles había que circuncidarlos conforme al rito de Moisés – de otra manera no podían ser salvos.

El problema fue tratado en Jerusalén, decidiéndose que de ninguna manera se impusiese semejante carga a los gentiles. Pablo y Bernabé volvieron a Antioquía acompañados por dos varones principales de entre los hermanos – Judas Barsabás y Silas - y leyeron la carta confirmando la decisión de absolverlos de esa carga, lo cual trajo un regocijo general.

Leemos también que Judas y Silas, siendo ambos profetas consolaron y confirmaron a los hermanos, trayendo abundancia de palabras a ese fin.

Aun cuando no se trata específicamente de Pablo, él evidentemente vivía intensamente esas cosas, y habrá sido muy de su agrado oír a estos dos varones hablar con tanto peso y autoridad, confirmando la postura clarísima de que a los preciosos convertidos entre los gentiles no había que turbarlos con esa carga.

Refiriéndose a la misma, Pedro al dirimirse el asunto, preguntó a los judaizantes

“...¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? (Los Hechos 15:10)

A esto agregó en el versículo siguiente “Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos.”

Resulta reconfortante comprobar la absoluta concordancia entre estos dos apóstoles, a los cuales debemos agregar desde luego a Juan, en cuanto al evangelio de la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

Aquí encaja muy bien lo que leemos en Hebreos 13: 9 – “No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia

Una vez dirimido el tema planteado por los judaizantes, Pablo sintió que sería bueno visitar a las iglesias que habían levantado en el primer viaje.

Sobrevino la separación entre él y Bernabé, debido al fuerte desacuerdo entre ambos sobre si Juan Marcos debía o no acompañarlos.

Como resultado emprendió el segundo viaje acompañado por Silas, mientras que Bernabé lo hizo con Juan Marcos navegando a Chipre.

Sin detenernos a comentar exhaustivamente, creemos que Pablo tenía razón, pero hubiera sido mejor que, ante la discrepancia, decidiesen buscar al Señor al respecto. Nos parece muy probable que la respuesta fuera en el sentido de la postura de Pablo, pues evidentemente Juan Marcos no estaba preparado para las fuertes persecuciones que sobrevendrían.

Así Pablo salió con Silas encomendado por la iglesia, lo cual, significativamente, no lo hizo Bernabé.

Lo primero que leemos sobre este segundo viaje es que “ ... pasó por Siria Cilicia, confirmando a las iglesias.” (Los Hechos 15: 41)

Seguidamente llegó a Derbe y a Listra, donde se habían levantado iglesias en el primer viaje, y reconociendo en Timoteo un joven con aptitudes promisorias, decidió que los acompañase.

Pasando por las distintas ciudades, les entregaban la carta de los apóstoles y ancianos que estaban en Jerusalén con la decisión tomad, y a

continuación leemos:- “Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día.” (16:5)

Aquí tenemos el ideal que le habrá resultado muy caro y alentador a Pablo. Por una parte, un incremento numérico cada día, y por el otro, las iglesias confirmadas en la fe.

El relato pasa seguidamente a hacernos ver que los apóstoles no tenían su agenda propia, sino que dependían de la expresa guía del Espíritu Santo.

Después de que se les prohibiera predicar la palabra en Asia – la provincia de ese entonces, no el continente, como lo conocemos hoy – intentaron ir a Bitinia, pero tampoco ése era el lugar indicado. Finalmente, a través de una visión de noche de Pablo, entendieron que debían ir a Macedonia.

Así llegaron eventualmente Filipos, la principal ciudad de Macedonia, donde les esperaba una feroz persecución. Entendemos que esto fue el alto precio que tuvieron que pagar por hacer pie con el evangelio en el continente europeo, en el cual en siglos posteriores iban a acontecer grandes derramamientos de la gracia divina, con repercusiones mundiales, ya que de ellos salieron misioneros para muchas naciones propagando la verdad del Evangelio de la Salvación en Cristo Jesús.

Después de levantar la iglesia en Filipos, siguió junto a Silas marchando a Tesalónica, donde también en medio de fuerte persecución se levantó otra iglesia, muy fiel por cierto.

Debido a la obstinada oposición de los judíos tuvieron que marchar muy pronto, pasando a Berea, de allí a Atenas, siguiendo la marcha hacia la región de Acaya, deteniéndose en Corinto por un buen tiempo, pues el Señor le hizo saber que tenía mucho pueblo en esa ciudad.

En un principio Silas estuvo con él, y se añadió a ellos el matrimonio de Aquila y Priscila, pero por el relato del capítulo 18 todo indica que en un momento dado Silas no continuó con él, y terminó el viaje solamente acompañado por el matrimonio citado.

Después de visitar a la iglesia en Jerusalén descendió a Antioquía de Siria, su iglesia base. Estuvo allí por un tiempo – no muy prolongado al parecer – tras lo cual emprendió su tercer viaje misionero, esta vez sin acompañante, por lo menos en un principio.

Leemos que “ salió, recorriendo por orden la región de Galacia y de Frigia, confirmando a todos los discípulos.” (18: 23)

Sería muy extenso detallar más sobre su trayectoria posterior, de manera que nos ceñimos a citar algunas partes muy pertinentes de su discurso de despedida a los ancianos de Éfeso, que se trasladaron a la isla de Mileto a ese fin, a pedido de él.

“...y como nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas.” (20: 20)

“Por tanto, velad, acordándoos que por tres años de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno.”

Resumiendo y para visualizar lo casi increíble de su labor confirmatoria, señalamos que la hizo en las iglesias a nivel conjunto, a todos los discípulos, públicamente y por las casas, inculcando todo cuanto les fuese útil, de noche y de día, a cada uno con lágrimas.

En esto tenemos un ejemplo supremo de una labor tesonera como tal vez pocas otras, lo cual nos hace estar muy agradecidos al Señor, por darnos con su vida y ministerio un ejemplo de semejante altura y talante.

Nos detenemos aquí, para proseguir en el capítulo siguiente con los tres restantes temas del título.

- - - - - - () - - - - -

Capítulo 7 – Confirmación, unción, sello y arras. (b)

Unción.-

Comenzamos con el principio ya señalado de que lo externo y visible del Antiguo Testamento nos habla figurativa o simbólicamente de lo interno, eterno e invisible del Nuevo.

Para ello pasamos a Éxodo 30: 22-33. En este pasaje tenemos expresas instrucciones que el Señor le hizo a Moisés.

Notamos que los ingredientes – mirra excelente, canela aromática, cálamo aromático, casia y aceite de olivas – no quedaban al arbitrio del que lo confeccionaba, sino que debían estar en la proporción exacta que se había prescrito.

Por otra parte, se haría según el arte del perfumador.

Aquí entonces tenemos el equilibrio perfecto: por un lado, la precisión de estar ceñido escrupulosamente a los parámetros de la verdad bíblica; por el otro, la originalidad y frescura que siempre proviene de lo alto.

Quienes ministran con la verdadera unción siempre ostentarán, de una forma u otra, estas dos virtudes imprescindibles y preciosas.

Pero notemos que en Éxodo 30: 25b se la llama unción santa y para mayor abundamiento, en el versículo 32 del mismo capítulo se advierte: “Sobre carne de hombre no será derramado.”

Como si fuera poco, en el versículo siguiente se añade: “Cualquiera que compusiere unguento semejante, y que pusiere de él sobre extraño, será cortado de entre su pueblo.”

Esto es una clara advertencia de que de ninguna manera debe haber una falsificación de manera que resulte algo espurio.

Acude a nuestra mente el caso de un joven que predicaba de tanto en tanto en una iglesia en un determinado lugar, y que, lamentablemente, se descubrió que estaba viviendo en adulterio.

Unos días antes de que se descubriese, el joven decía algunas cosas que parecían ricas revelaciones y algunos, al oírle, quedaban pasmados.

Uno de los líderes de la iglesia nos manifestó su extrañeza por esto, que le parecía una abierta contradicción. Tuvimos que explicarle que se trataba

de una unción falsa. Sabemos que el enemigo a menudo falsifica las cosas con su obrar típicamente engañoso.

La unción auténtica proviene de lo alto, del Espíritu del Señor, que por algo se llama el Espíritu Santo.

En las Sagradas Escrituras con muchísima frecuencia se nos exhorta a vivir en santidad, y quien no lo hace, de ninguna manera puede esperar que la unción santa repose sobre lo que dice o hace.

Este fuerte hincapié en la santidad lo tenemos también reflejado en el tema siguiente.

SELLO.-

Son varios los versículos que aportan sobre este tema. Antes de entrar a considerarlos acotamos que, como es bien sabido, en el libro de Apocalipsis se habla de los que estarán sellados con el número 666.

A los auténticos hijos de Dios, renacidos del Espíritu Santo, nos resulta muy reconfortante y alentador saber que el Señor se ha anticipado a todo eso, sellándonos de antemano para sí mismo.

Tomamos seguidamente Efesios 1: 13 – “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.”

¡Qué hermoso y precioso sello! La misma morada de Dios en nuestros corazones por Su bendito Espíritu, y esto en cumplimiento de una expresa promesa divina en ese sentido.

En 2ª. Timoteo 2: 19 se nos ensancha la comprensión del precioso tema.

“Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos, y: apártese de iniquidad todo el que invoca el nombre de Cristo.”

El anverso de este sello, o la cara como se suele decir, nos habla de la posesión o pertenencia. Se está hablando de vidas que el Señor sabe que son absolutamente tuyas – Él es el amo y dueño absoluto de las mismas – las cuida, guía y bendice, encargándose bien de que anden siempre en Sus caminos y en hacer Su voluntad cada día.

En el reverso, o sea la seca, se puntualiza que todo el que invoca el nombre del Señor necesariamente debe apartarse de iniquidad, pues sin santidad nadie verá al Señor, como se señala en Hebreos 12: 14.

Sin referirse precisamente al sello, el apóstol Pedro en su primera epístola afirma con fuerte énfasis:- “...sino, como aquél que os llamó es santo, sed vosotros también santos en toda vuestra manera de vivir.” (1: 15)

Es decir que abarca todo: el hablar de la boca, el mirar de los ojos, el trato con los hermanos o hermanas, es decir tanto con los del sexo propio como del opuesto, el andar de los pies, es decir adónde van, el manejo del dinero, y en suma, absolutamente todo lo relacionado con la vida cotidiana.

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.” (Efesios 4: 30)

Esto es algo que hace resaltar la verdad de la personalidad del Santo Espíritu. No es una mera influencia, como algunos sostienen, sino una persona bien definida, que a los hijos de Dios nos habla y comunica Su estado de ánimo en cuanto a nuestra conducta, ya sea para dar el sello aprobatorio de paz cuando le agradamos, de gozo especial en algunas ocasiones, y de tristeza cuando hacemos o decimos cosas indebidas.

Por encima de nuestra experiencia, tenemos el testimonio de las Escrituras, que nos hacen entender con toda claridad que es así.

Tomamos algunas de las muchas citas en esa línea a fin e ejemplificarlo debidamente.

“Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo...? Esto denota claramente Su personalidad –

estaba presente en todo lo acaecido, y la mentira de Ananías estaba dirigida hacia Su persona. (Los Hechos 5: 3)

Tenemos también las palabras del profeta Agabo al predecir la persecución que le esperaba a Pablo al subir a Jerusalén –“Esto dice el Espíritu Santo...” (Los Hechos 21: 11)

Asimismo vemos Su inspiración del hablar de los verdaderos siervos de Dios, como así también en la interpretación de las Escrituras, según se desprende claramente de 2ª. Pedro 1: 21 y Hebreos 9: 8, respectivamente: “...los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo,” y “... dando a entender el Espíritu Santo con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo...”

Redondeando sobre el tema, tomemos muy en cuenta la exhortación de Pablo en Efesios 4: 30 ya citada, y cuidémonos celosamente de no contristarlos, antes bien, de agradecerle en todo cuanto hagamos, pensemos y digamos.

ARRAS.-

Nuestro diccionario usual de la lengua española (Larousse) define este vocablo diciendo – Lo que se da en prenda de un contrato.

En otro encontramos lo siguiente: Pago parcial dado como anticipo, especialmente para confirmar un contrato.

En el caso nuestro en vez de contrato corresponde pacto, ya que estamos en la dispensación del Nuevo Pacto.

Encontramos la palabra en tres versículos, a saber, 2ª. Corintios 1: 22, 5: 5 y Efesios 1: 14.

“...el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones.”

“Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu.”

“...que es (el Espíritu Santo) las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.”

Esto nos da un abanico amplio de verdades sobre el tema.

En primer lugar, este anticipo para confirmar la verdad y solidez del pacto es nada menos que el Espíritu Santo del Dios viviente – revestido en Su deidad de Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia.

En segundo término, según el contexto, el futuro que nos aguarda es ser vestidos de una nueva vivienda, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Como prenda de esto se nos han dado esas benditas arras.

En tercer lugar, estas arras son el anticipo de nuestra herencia celestial y eterna, hasta tanto se consume la redención de la posesión adquirida. Y todo esto para alabanza del Dios del cual proviene este eterno y glorioso bien, del que nos ha tocado ser los dichosos beneficiarios.

Finalmente nos permitimos añadir otra faceta, brotada de una promesa del Antiguo Testamento, en Deuteronomio 11: 21 – “...para que sean vuestros días, y los días de vuestros hijos, tan numerosos sobre la tierra que Jehová juró a vuestros padres que les había de dar, como los días de los cielos sobre la tierra.”

Hay ocasiones muy especiales en que el Señor nos bendice tan maravillosamente, a veces para consolarnos tras fuertes escollos que hemos tenido que superar. Y en las mismas derrama raudales de gracia, dicha y bendición, que suponen un fiel anticipo de lo que nos espera en el más allá.

- ---- () -----

Capítulo 8.- Dios nuestro, otros señores fuera de ti se han enseñoreado de nosotros.

(Isaías 26: 13)

Estas palabras reflejan el clamor de quienes, por escoger caminos indebidos, entregarse a la idolatría – no solamente de imágenes o ídolos hechos por mano de hombre, sino también de cosas tales como una pasión o interés obsesivo de cosas ajenas al Reino de Dios – han quedado atrapados.

En otras palabras, otros señores, tal como dice el texto citado, se han hecho dueños y señores de la vida de ellos.

La misericordia del Señor, al verlos en esa situación de esclavitud, se manifiesta en su trato con ellos, a fin de llamarlos al arrepentimiento y a retomar la buena senda.

“Jehová, en la tribulación te buscaron; derramaron oración cuando los castigaste” (26: 16)

Se trata de un castigo punitivo, pero a la vez correctivo. El resultado de ese castigo – tribulación, falta de paz, angustia interior, tristeza, etc. – se convierte en un medio muy eficaz para que se lo busque a Él, el solo Dios verdadero.

Esto además derramando oración, es decir, no algo superficial y transitorio, sino lo que brota de lo hondo de las entrañas de un corazón acongojado y consciente de su profunda necesidad de volver al Dios, al cual le debe todo, y del cual neciamente se ha apartado sirviendo a otros señores.

Este capítulo 26 de Isaías, como así también el 28 y algún otro en la sección que se extiende hasta el 29, abundan en reprensiones a Su pueblo por su infidelidad, y en diversas advertencias y trato punitivo y correctivo, a fin de restaurarlos y encaminarlos otra vez por la buena senda.

Veamos algunos pasajes en esa línea

“De esta manera, pues, será perdonada la iniquidad de Jacob, y este será todo el fruto, la remoción de su pecado; cuando haga todas las piedras del altar como piedras de cal desmenuzadas, y no se levanten los símbolos de Asera, ni las imágenes del sol.” (27: 9)

Esto echa de ver que más de una vez, al venir el escarmiento por la idolatría, se producía un arrepentimiento, pero superficial. No seguían ofreciendo sacrificios a esos dioses falsos, pero las imágenes y efigies seguían en pie.

El Señor requería que fueran drásticos, de tal manera que las piedras de los altares fueran desmenuzados como piedras de cal, es decir que no quedara ningún vestigio de ellas, como prueba de que el arrepentimiento era sincero, y así entonces podría haber un perdón acorde y el fruto de la remoción de su pecado.

¡Cuántas veces sucede así, o algo por el estilo, cuando tras un escarmiento dispuesto por el Señor sobreviene un arrepentimiento, pero superficial!

Se deja de hacer el mal, pero no se hace el corte final y definitivo, y queda una puerta abierta para que en la primera de cambio se pueda reincidir.

El arrepentimiento debe ser sincero y radical – con renuncia absoluta del mal que se ha estado cometiendo, y a veces hasta quemando cosas relacionadas con el mal turbio o pecaminoso en que se ha estado andando.

En otras palabras – QUE EL SEÑOR VEA QUE SE VA BIEN EN SERIO.

“Muertos son, no vivirán; han fallecido, no resucitarán; porque los castigaste, y destruiste y deshiciste todo su recuerdo.” (Isaías 26: 14)

Otro versículo que nos habla en términos muy radicales en cuanto al trato que se debe dar a esos enemigos declarados de nuestra alma – hacerlos morir, sin posibilidad de resucitar, y sepultar en el más profundo olvido todo recuerdo de ellos.

Reforzamos esto con dos citas del Nuevo Testamento.

“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría” (Colosenses 3: 5)

Subrayamos *haced morir* señalando, como a veces lo hemos hecho en la prédica oral, que no dice *tened a raya, dominad, domad, venced*, sino el camino drástico de *hacer morir*.

Y otro versículo que encaja perfectamente con todo esto es Romanos 8:13 –

“...porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.”

Una de dos – por así decirlo, uno lo mata al pecado, o el pecado lo mata a uno. Efectivamente, si mimamos a la carne consintiendo en hacer sus obras, eso irá estrangulando nuestra vida espiritual y acabará con ella.

La otra opción es hacer morir las obras de la carne, pero notemos bien que Pablo antepone las palabras por el Espíritu. Por nuestras propias fuerzas y recursos por cierto que no podremos – tiene que ser por la gracia del Espíritu operando en nosotros.

Ahora bien, aquí tenemos que volver a lo dicho anteriormente – la gracia del Espíritu está a nuestra disposición, pero Él necesita que también lo deseemos, y en serio, como pusimos algunos párrafos más arriba. De poco o nada vale que uno lo haga de una manera superficial, o bien a medias.

Hay que tomar conciencia de que se trata de enemigos declarados de nuestra alma tal como dijimos más arriba, y que nos hacen muchísimo daño, y casi agregaríamos que es necesario odiarlos – detestarlos por seductores y placenteros que se presenten, sobre todo algunos de ellos.

Si el Espíritu Santo ve en uno esta disposición intransigente y drástica, seguramente que no tardará en extenderle Su gracia y así pasará a disfrutar de la maravillosa promesa hecha por el Señor Jesús en Juan 8: 36 – “...si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.”

“¿A quién se enseñará ciencia, o a quién se hará entender doctrina? A los destetados, a los arrancados de los pechos.

Este es el primer versículo de un pasaje que se extiende del 9 a 13 del capítulo 28 de Isaías. Nos presenta un caso distinto – el de niños espirituales – niños mimados agregaríamos - y cuya visión de la vida cristiana se define por lo que reza en el versículo 10:- “Porque mandamiento sobre mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, , un poquito allí, otro poquito allá”.

Al decírseles: “...Éste es el reposo, dad reposo al cansado; y éste es el refrigerio; (versículo 12) se agrega con pena –“mas no quisieron oír”.

Es decir que representa un no querer saber nada de prodigarse sirviendo a otros, ya sea cansados, o necesitados, de alguna otra forma. Mas bien que se les sirva a ellos – “ ¿Y a ti cómo te gusta la lechecita? Tibia ¿verdad? ¿Y a ti con almíbar, no es cierto?

El resultado de una vida de esa índole – egoísta y no queriendo tener nada que ver con la invitación del Maestro – “Llevad mi yugo sobre vosotros...” (Mateo 11: 29) – sólo puede ser lo que figura en la parte final del pasaje: - “...hasta que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, enlazados y presos.”

Somos llamados para seguir en las pisadas del Maestro, y eso presupone servir – Él vino a servir y a dar Su vida en rescate por todos.

Aunque no parezca, esto guarda estrecha relación con el título del presente capítulo ‘ “Dios nuestro, otros señores fuera de ti se han enseñoreado de nosotros.”

En este caso el señorito que se ha enseñoreado de uno es el que puede ser el peor de todos los enemigos – el ego que sólo busca una vida

cómoda y regalada, disfrutando de los beneficios y ventajas de la vida cristiana, pero sin abrazar en absoluto el esfuerzo, el brindarse a los demás, y menos todavía a lo que pueda significar sacrificio.

¿A qué otro fin puede llegar una vida como ésta, sino el que se puntualiza en el final del pasaje ya citado?

A cordel y a nivel.-

Lo que sigue en realidad está reñido con el título de la obra – Nuevas Cosechas – dado que me consta que ya apareció en uno de mis libros anteriores en un capítulo titulado Albañilería espiritual.

No obstante, lo incluimos por estar estrechamente relacionado con el tema en que estamos, y porque además, aparece en la misma sección de Isaías sobre la cual estamos comentando.

Pero antes de entrar en materia hacemos una salvedad importante. Habiendo tratado hasta ahora sobre el trato del Señor, ya sea por el escarmiento o bien por otros medios, de remediar la situación de aquéllos sobre los cuales se han enseñoreado otros señores, ahora pasamos al lado positivo de llevarlos al nivel óptimo de restauración.

Prescindiendo totalmente entonces del contexto, en que los términos de a cordel y a nivel se emplean en relación con una parte muy rebelde del pueblo, lo hacemos en ese nivel de restauración óptima ya citado.

Comenzamos entonces por A Cordel.

“Y ajustaré el juicio a cordel...” (Isaías 28: 17^a)

Recuerdo como niño de siete u ocho años de edad, allá en la lejana Argentina, estar contemplando la labor de unos albañiles que estaban construyendo una vivienda nueva.

Uno de ellos tomó dos pares de ladrillos, utilizándolos como pequeños pilares situados en un lugar donde iba a levantar una puerta.

A continuación tomó una cuerda a la que había dado un color rojizo sumergiéndola en polvo de ladrillo de ese color o tono. Hecho esto, la ató a cada uno de los dos pares de ladrillos que servían de pilares, y estirándola para que estuviese tensada al máximo, la soltó.

Para mi admiración de niño que nunca había visto una cosa semejante, quedó una línea absolutamente recta del color rojizo de la cuerda, y entonces el albañil pasó a colocar la puerta.

Pero todo quedó sepultado en el olvido, hasta que unos doce lustros más tarde, al leer este pasaje de Isaías, recordé el pequeño episodio vívidamente y pude vislumbrar una aplicación espiritual muy importante.

Visualizando dos columnas – la de la fe en la palabra de Dios que vive y permanece para siempre por un lado, y la de la entrega total de la vida al Señor por la otra – y al mismo tiempo, el Espíritu Santo motivándolo a uno a extenderse al máximo en la búsqueda del Señor.

En una hora determinada, quizá con ayuno y dándose a todo esto de lleno y con toda la fuerza del ser, un tirón del cordel hacia arriba para tensarlo aun más, y de inmediato la hermosa raya recta y rojiza, con el poder de la sangre latente en la misma, como prenda de que ahora se puede levantar la nueva puerta en condiciones totalmente satisfactorias.

En más de una ocasión nos ha tocado experimentar ese precioso ajuste del Espíritu – a cordel – con sus felices consecuencias para el desarrollo y progreso espiritual.

Nos consta que en la actualidad en vez del cordel se usa el tiralíneas, y que la raya que traza es azul, no roja.

Sin embargo, eso no quita validez a la analogía, la cual, como dijimos, resulta plenamente aplicable.

A nivel-

“Y a nivel la justicia...” (Isaías 28: 17)

En cuanto al nivel, es otro instrumento del cual tanto el albañil como el carpintero, se valen para las muchas tareas que realizan.

Como sabemos, tiene una burbuja situada entre dos rayas, y cuando la burbuja está exactamente entre las mismas es señal de que el nivel es el correcto.

Si se encuentra aunque con un mínimo de diferencia – es decir a un milímetro por ejemplo, más cerca de una que de otra raya, es un indicio certero de que no se tiene el nivel exacto que es de desear.

Tomando una de las rayas como si denotase obediencia a carta cabal, y la otra las virtudes primordiales de amor, fe y humildad, podemos aplicar el mismo principio que para el cordel.

O bien, hablando ahora en términos del mantenimiento de un automóvil, una buena puesta a punto.

Por cierto que en nuestra carrera necesitamos puestas a punto espirituales, y ellas nos dejan en condiciones óptimas para continuar airoosamente en nuestra marcha.

Con esto concluimos este capítulo, confiando en que el mismo sirva para ensanchar nuestra visión del Señor como el que nos ama de verdad y cuando uno ha llegado a una situación en que otros señores fuera de Él se han enseñoreado de su vida, sepa que ese Dios – muy recto y santo por una parte – es también muy misericordioso.

No sólo se empeña en liberarlo de los otros señores fuera de Él que se han enseñoreado de su vida.

¡Va mucho mas allá, poniéndolos a cordel y a nivel, a fin de que terminen con una trayectoria feliz y victoriosa!

Que así sea de verdad con cada lector y con quien esto escribe.

- ---- () -----

Capítulo 9

El partimiento del pan (La Santa Cena)

De un tiempo a esta parte he estado sintiendo una inquietud, por no decir insatisfacción, por la forma en que se toma la Cena del Señor.

En algunos casos he observado con desagrado la forma en que, tras tomar la porción del pan, se pasa rápidamente al vino o zumo, según el caso, con copitas de plástico descartables, las cuales, tras beberse prestamente el contenido, se colocan donde corresponda para el descarte, y a continuación a otra cosa – ni siquiera detenerse unos momentos para reflexionar sobre lo que se ha hecho.

En otros lugares se advierte más reverencia, pero igualmente me he quedado con la impresión de que debe haber una manera mucho mejor de hacer las cosas.

Al instituir la cena, e invitar a los discípulos, tanto a comer el pan como a beber la copa, el Señor agregó: “haced esto en memoria de mí.”

Lo que nos exhortó a recordar es algo de altísima envergadura, no sólo por ser solemne y sagrado, sino también por las proyecciones eternas que se derivan de ello.

Estimamos que corresponde entonces que consideremos detenidamente lo que debemos recordar.

Evidentemente, en primer lugar debemos ubicar los sufrimientos del Señor, que no nos cansamos de afirmar – solamente en el más allá, cuando conozcamos como se nos conoce, los comprenderemos en su total y suprema magnitud.

En segundo lugar, los resultados de esos sufrimientos, primeramente desde el punto de vista nuestro, los verdaderamente renacidos por el Espíritu, como beneficiarios directos, tanto en nuestra vida terrenal como en la del siglo venidero.

Y esto, desde luego, en contraste con lo que hubiera sido de no haber mediado ese bendito renacimiento.

Y en tercer término, lo enseñado por el Señor en cuanto al pan y al vino, para ver más allá del emblema o símbolo, las verdades espirituales importantísimas que yacen en ellos.

Es por demás obvio que sobre todo esto se podrían escribir varios tomos muy voluminosos, y por supuesto que no es eso lo que nos proponemos.

Lo que sí nos anima, es puntualizar una serie de verdades que nos sirvan de inspiración para participar del pan y de la copa, y nos ayuden a hacerlo en mayor profundidad digamos, y al mismo tiempo de una forma plenamente reverente, procurando además que de nuestras entrañas brote una sincera y honda gratitud y alabanza hacia Aquél a quien tanto le debemos.

También aclaramos que no estamos pensando que cada vez que se celebre la Cena del Señor habrá que recapitular sobre todas las verdades que aquí, a continuación, iremos consignando. Antes bien, anhelamos que de todas ellas se escojan algunas, según la ocasión y las circunstancias lo indiquen.

O bien, para expresarlo de otra forma, pretendemos presentar un caudal del cual los siervos encargados de administrar la Santa Cena, y aun los miembros participantes, puedan elegir algunas que en cada ocasión determinada les resulten de inspiración y provecho.

Comenzamos, pues, a reflexionar sobre cada uno de los puntos mencionados.

- Los sufrimientos del Señor Jesús.

Quizá estrictamente hablando habría que empezar por Su nacimiento en un pesebre, rodeado por el olor del guano. O por cierto tener muy presente el Getsemaní, con la agonía que supuso y la necesidad de que un ángel lo fortaleciera para seguir adelante, según se nos dice en Lucas 22: 43-44.

En nuestra prédica verbal, al abordar el tema, hemos señalado que estando Su alma muy entristecida – hasta la muerte – según Marcos 14: 34 y Mateo 26: 37-38, Su reacción fue distinta de la de otros siervos insignes, que en circunstancias parecidas, pero no iguales en intensidad, pidieron al Señor que se les quitara la vida.

Nos referimos a Moisés, Job y Elías, pero sin detallar más sobre las tres ocasiones, porque sería extendernos en demasía. Dejamos en cambio librado al criterio de cada uno el explayarse sobre las mismas.

Lo más destacado es que a diferencia de ellos, como se nos indica en Hebreos 5: 7, Jesús, “...ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverencial.”

Es evidente que este versículo sólo puede relacionarse con su agonía en el Getsemaní – por cierto que en la cruz no ofreció tal ruego, ni hay otra constancia fiable de que pueda referirse a una ocasión distinta.

Tenemos pues el contraste en cuanto a los tres ya señalados – Moisés, Job y Elías. Ellos pidieron morir, para así escapar de la situación en que se encontraban, cruciales y dolorosas las tres, a no dudar.

En cambio Jesús, en un trance aun más agonizante, rogó y clamó no morir, sino vivir. Y ¿para qué? ¿Tener un respiro, poder descansar y reponerse?

¡Nada de eso! Para seguir adelante, con todo lo peor que le aguardaba.

Como para derretirnos dentro, de emoción santa y agradecida por amor tan supremo y sublime.

Y seguimos pensando en la forma en que fue azotado con látigos crueles, no sabemos a ciencia cierta cuántas veces. Personalmente, un solo latigazo de esos me haría dar un grito horripilante de dolor y espanto, y no creo que de ninguna forma sobreviviría que se me dieran veinte o treinta.

Después claro está vino el ser escupido, recibir cachetadas y puñetazos en el rostro, y afrentas y burlas de los soldados, como cuando le golpearon en la cabeza con una caña, diciéndole que profetizase quién era el que lo había hecho.

Eventualmente, ser llevado al Calvario a la vista de todos, Él, el Santo de los santos y el puro de los puros, como si hubiera sido un delincuente. Seguidamente, levantado en alto con las manos y los pies horadados por los clavos de los que lo crucificaban, según la predicción precisa de Salmo 22: 16b.

Todo esto seguido de las siniestras burlas de los sacerdotes y escribas – “Él que salvaba a otros y no se podía salvar a sí mismo” y que bajase de la cruz para que así pudieran creer en Él, sin saber que todo eso que estaba padeciendo era para poder ofrecerles a todos, incluso a ellos mismos, salvación, perdón y vida eterna.

El dolor físico, emocional y espiritual fue tan indescriptiblemente intenso que sucedió algo también predicho con exactitud varios siglos antes, y que se encuentra en Isaías 52:14 – “Como se asombraron de ti muchos, de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres.”

Los retorcionjes del cuerpo por el dolor agonizante que estaba padeciendo llegaron a desfigurar Su rostro de tal manera que Él, el hermoso de los hermosos, pasó a afearse increíblemente.

Podríamos seguir bastante, pero sólo terminamos con su hablar en esa ocasión. Recordamos Sus palabras cuando era llevado al Calvario, dirigiéndose a las mujeres que lloraban y hacían lamentación por Él – “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas...” (Lucas 23:28) y además otras pronunciadas en el Calvario mismo:-

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” (Lucas 23:34)

“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso. (Lucas 23: 43)

“Mujer, he ahí tu hijo.” (Juan 19:26b)

“He ahí tu madre.”(Juan 19:27^a)

Sufriendo lo increíble, lo indescriptible, y en cada una de las cinco que hemos citado ¡se preocupa de los demás y no de sí mismo, como si el padecimiento de Él no tuviese ninguna importancia!

¡Qué diferencia abismal entre Él y nosotros! Si tuviéramos un fuerte dolor de muelas, por ejemplo, y nos trajeran alguien para que le consolemos, seguro que reaccionaríamos diciendo “Déjame tranquilo que este dolor de muelas me está haciendo ver las estrellas – no estoy para consolar a nadie.”

Tanta nobleza y amor y preocupación por los demás, en medio de tanta agonía y dolor propio, nos deja atónitos, en total asombro y postración.

¡Con cuánto acierto Pablo califica Su amor, diciendo de él en Efesios 3:19 que “excede a todo conocimiento!”

Volvemos con asombro a lo dicho en un principio – sólo en el más allá, cuando conoceremos como somos conocidos, tendremos una comprensión cabal de su inconmensurable magnitud.

Pero eso sí, nos alegramos sobremanera de que todo eso ha terminado y quedado atrás para siempre, y ahora está viendo del fruto de la aflicción de su alma y quedando abundante y eternamente satisfecho.

2) Los resultados o el fruto de Sus sufrimientos.-

Los beneficiarios directos de esos sufrimientos desde luego somos los agraciados que hemos sido renacidos del Espíritu Santo, y hemos pasado de las tinieblas a Su luz admirable. A la vez, hemos visto el Reino de Dios y entrado en él al nacer de nuevo, tal como el Señor Jesús se lo explicó a

Nicodemo en esa memorable noche en que se le acercó, reconociéndolo como maestro venido de Dios debido a las señales que hacía.

Enumerar esas bendiciones no es nada nuevo o novedoso, pero vale la pena que lo hagamos, pues nunca debemos olvidarlas, sino valorarlas debidamente.

Empezamos por el perdón amplio, gratuito y eterno de todos nuestros pecados, aun los más terribles y vergonzosos.

Mientras que algunas religiones piensan en penitencias, el purgatorio y otras formas de ser absueltos, sabemos que el sacrificio expiatorio y totalmente suficiente de Cristo en el Calvario, nos lo acuerda; sobre la base, claro está, de un arrepentimiento genuino y fe en Su muerte y resurrección, según se nos promete en las Sagradas Escrituras en reiterados pasajes, mayormente del Nuevo Testamento.

Esto, que implica un renacimiento, nos brinda una nueva vida en Cristo, es decir que somos una nueva criatura, sin historia pasada – de nuestros pecados e iniquidades Dios no se acuerda más, lo que supone una gracia maravillosa.

En esta nueva vida contamos con la morada en nuestros corazones del Espíritu Santo, el cual nos guía a toda verdad, a la par que se contrista y nos redarguye si desobedecemos al Señor haciendo o diciendo algo de Su desagrado.

Nos sabemos verdaderos hijos de Dios, no por mera creación sino por ser engendrados por Él al nacer de nuevo, y experimentamos la dicha de conocerlo como un Padre amantísimo que nos protege, provee para nuestras necesidades de todo orden y vela para nuestro bien en todo momento.

Se nos confiere el altísimo privilegio de servirlo a Él, el Rey de reyes y Señor de señores, siendo hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.

Al ser miembros de la familia real, como solemos llamarla, tenemos hermanos y hermanas entrañables no sólo en la congregación a que pertenecemos, sino también en casi cualquier lugar donde podamos estar.

La muerte ya no es algo a lo cual tememos, como algunos tristemente lo hacen al no tener ninguna esperanza, como la bienaventurada que Él nos ha dado.

Si bien tendremos que comparecer ante el Tribunal de Cristo para rendir cuentas de lo que hemos hecho con nuestras vidas, los talentos y las oportunidades que hemos tenido durante nuestra peregrinación, esto será sobre otra base – la de creyentes redimidos y salvos de la ira venidera, que aguarda a los que han rechazado la gracia infinita que el evangelio de salvación ofrece a todo verdadero arrepentido que fija su fe en la muerte y resurrección del Señor Jesús.

Un más allá de plenitud de gozo – un gozo cual nunca hemos conocido antes, cuando toda lágrima quedará enjugada y no habrá más tristeza, enfermedad, muerte ni dolor, y en el cual habrá delicias para siempre que nuestro bendito Dios nos ha de ir mostrando para nuestra dicha inefable.

Dada la infinitud de Su bendita trinidad – Padre, Hijo y Espíritu Santo – no habrá fin de todo esto, o, en otras palabras, nunca llegará un momento en que nuestro Dios nos diga – “Hasta aquí hemos llegado – ya no tengo más delicias que daros.”

Seguirán por siempre jamás.

Desde luego que esto no abarca el fruto de Sus sufrimientos de forma exhaustiva, pero intentar hacerlo así demandaría varios tomos muy voluminosos.

Así que nos damos por satisfechos, y como el tercer punto – la enseñanza y verdades del pan y de la copa es muy denso – suspendemos aquí para brindarles todo el capítulo siguiente.

- - - - - - () - - - - -

Capítulo 10.- El partimiento del Pan – (La Santa Cena) (b)

Pasamos ahora a considerar la enseñanza que el Señor dio sobre el pan y la copa, que se encuentra mayormente en el pasaje de San Juan 6 que se extiende del versículo 48 al 63, aunque también debemos relacionarlo con la institución de la cena que se consigna en los evangelios sinópticos y la revelación en cuanto a la misma que recibió Pablo según 1ª. Corintios 11: 23-32.

Partimos de las palabras de Jesús “...tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo, Tomad, comed, esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para remisión de los pecados. (Mateo 26: 26-28)

Sabemos que la interpretación que hace la iglesia católica romana toma estas palabras al pie de la letra, entendiendo así que al tomarse el pan para ofrecerlo a los participantes de la misa, se convierte en el mismo cuerpo, e igualmente la copa en la misma sangre del Señor, es decir lo que se conoce como la transustanciación.

No queremos ser indebidamente críticos ni entrar a profundizar en polémicas, pero en aras de la verdad bíblica nos hacemos un deber señalar dos cosas fundamentales en cuanto a esto.

La primera es que, de ser así, sería repetir el sacrificio del cuerpo de Cristo, lo cual resulta en verdad inadmisibles desde todo punto de vista. En Hebreos 9: 25ª -26 leemos “...pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado.”

En segundo término tomamos las palabras de Jesús en Juan 6: 63:- “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.”

Consideremos lo que evidentemente es la interpretación carnal. Con reverencia lo decimos – si al tomar el pan a mí me tocase, por así decirlo, el meñique y a otro fiel el pulgar del cuerpo del Señor, ¿seríamos por esos más humildes, más santos, más espirituales?

Por cierto que no, porque la carne para nada aprovecha. Como tampoco nos serviría de nada encontrar restos de las sandalias de San Pedro – hay en ello una superficialidad que se aproxima bastante a la superstición.

Y Jesús, después de afirmar lo ya dicho – la carne para nada aprovecha – con todo peso agrega: “...las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.”

Entonces esas palabras son espíritu y son vida ¿a quién se refieren? A los judíos que estaban en las inmediaciones, o a sus discípulos? Por cierto que no – se referían a sí mismo, es decir Su espíritu y Su vida.

Esto nos da una perspectiva panorámica mucho más amplia y muy enriquecedora por cierto.

¡Bendito Pan de Vida!

Comencemos por el pan. Cuando Jesús le habló a los judíos en la sinagoga en Capernaum en la ocasión que se nos cuenta en Juan 6, a ese pan que lo representa a Él mismo, además de Pan de Vida, lo llamó de varias formas más, a saber:

“El verdadero pan del cielo” (versículo 32b)

“El pan de Dios” (versículo 33)

“El pan que descende del cielo” (versículo 50)

“El pan vivo que descendió del cielo” (versículo 51)

En su exposición subrayó el incalculable bien que recibe quien come de él, y que se resume de la siguiente manera:

a) Vivirá eternamente o para siempre (versículos 51 y 58b)

b) Tendrá vida eterna, no sólo en cuanto a duración, sino también esa calidad de vida inmensamente superior a la mera existencia o vida natural. (v.54)

c) Ese pan es verdadera comida (v. 55) y el que come permanece en Cristo, y Cristo en él. (v.56)

d) Asimismo el que lo come vivirá por Él (Cristo) (v. 57)

Debemos asociar esto con el proceso entero que se sigue en la elaboración del pan, y que esbozamos sintéticamente a continuación, para apreciar un poco más el precio y el sacrificio que le costó a Jesús para lograr todo eso a favor nuestro.

- 1) El grano de trigo que cae primero en tierra y muere.
- 2) La molienda, a través de la cual debe pasar el grano para convertirse en harina y ser amasada,
- 3) El horno a muy alta temperatura porque debe pasar, y que nos habla del horno desde el Getsemaní hasta Su muerte en el Calvario, y por el cual tuvo que pasar imprescindiblemente para poder llegar a ser el verdadero pan de vida.

- 4) Por último, el pan no se puede comer entero, sino que hay que partirlo, cosa que de hecho manifestó de Su cuerpo, atravesado por los clavos de los que lo crucificaron, al decir: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí.” (1ª. Corintios 11: 24)

¡Bendita copa de la comunión de Su sangre!

Jesús dijo con todo énfasis “...mi sangre es verdadera bebida.” (Juan 6: 55b)

Tenemos citas muy significativas en cuanto a la sangre, y una de ellas, entre otras, se encuentra en Deuteronomio 12: 23 "...la sangre es la vida."

Los libros de hematología nos hablan bastante, diciéndonos que el número de glóbulos blancos, comúnmente llamados defensas debe andar por los 100,000, y el de glóbulos rojos por una cifra ligeramente superior a los 5,000.000 para el varón y algo ligeramente inferior para la mujer.

Pero también el estado, y tamaño de la próstata en los varones, cualquier incidencia importante como traumas, depresiones, etc. está reflejado en la sangre y aparece en los análisis de laboratorio.

Los hombres de ciencia también reconocen a través del microscopio un gran número de partículas que suben y bajan, entran y salen, van y vienen. De muchas de ellas comprenden con claridad la función que desempeñan, pero de otras tienen que reconocer que no entienden para qué están – todo lo cual nos habla de un Sapiéntísimo Creador Supremo.

Por nuestra parte, ciñéndonos ahora a los valores espirituales, a continuación pasamos a examinar los rasgos o facetas de la sangre de Jesucristo, valiéndonos para ello del microscopio de las Sagradas Escrituras.

En primer lugar vemos que en esa sangre no se advierte ningún vestigio de que se haya padecido de temor en momento alguno. El mismo resultado en cuanto a señales de haber padecido enfermedades – totalmente exenta de todo vestigio.

Moralmente, la menor tacha de algo turbio, torcido, engañoso, fraudulento, o todo cuanto pueda considerarse inmoral, también resulta totalmente inexistente.

Se encuentra por lo tanto una señal de algo inexistente en la sangre de todo otro ser humano – la de una limpieza absolutamente imaculada.

Y también se descubre otra, también solamente propia de esta sangre – la señal de eternidad - es decir que se trata de un Ser que ha sido, es y será para siempre jamás.

Refiriéndonos otra vez a los muchos libros que se han escrito sobre hematología, hay algo que, por lo que sabemos, no se nos dice en ninguno de ellos, y que sin embargo lo afirma la Biblia – que la sangre no es muda, sino que clama y habla.

Esto lo tenemos en Génesis 4: 10 en que, dirigiéndose a Caín el Señor le dice: “¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra.”

Por otra parte, en Hebreos 12: 24 leemos: “...y la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.”

Aquí, pues, tenemos los dos conceptos – la sangre que clama y la sangre que habla.

¿Qué es lo que clamaba la una, y qué es lo que habla la otra?

En la respuesta tenemos un acopio de verdades sencillamente maravillosas.

En cuanto a la de Abel, su clamor lo podríamos describir así: “Soy la sangre de una vida inocente, que rebosaba salud y que no ha hecho nada malo a nadie, y ha sido cruelmente asesinado; reclamo venganza por este crimen horrible.”

En cuanto al hablar de la sangre del Señor Jesús, en primer lugar está claramente definido por Sus palabras al ser crucificado. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” (Lucas 23: 34)

Es decir, una sangre que pide perdón para una ofensa increíble – la de clavar en una cruz para Su muerte al Ser bendito, al cual le debía la vida, el hálito de sus narices y el latir de su corazón.

Pero hay mucho más. Notemos que refiriéndose a la sangre de Jesucristo, el autor de Hebreos, inspirado desde luego por el Espíritu Santo, la define como rociada.

Aquí tenemos en primer término un contraste muy significativo. Nos explicamos: en Juan 7: 38 al hablar del Espíritu Santo que los Suyos

habrían de recibir, el Señor Jesús dijo “...de su interior correrán ríos de agua viva.”

Con esto se señala una gran abundancia – raudales y raudales.

Al decir rociada se está hablando de unas gotas, casi diminutas diríamos, y ello nos puntualiza el valor inestimable de cada una de ellas.

Por ser de ese personaje tan singular, sin tacha alguna, y lleno de las virtudes más nobles, preciosas y celestiales que se puedan concebir, Su valor es infinito e inefable.

En 1ª. Pedro 1: 2 leemos: “...elegidos según la presciencia de Dios Padre, en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo...”

Enlazando la dos cosas – la sangre rociada por una parte y la sangre que habla por la otra - tenemos un abanico de verdades maravillosas y sorprendente a la vez.

Ese rociado de que habla Pedro, evidentemente debe considerarse como algo hecho en el corazón de redimidos, elegidos según la presciencia de Dios Padre, en santificación del Espíritu y – redimidos obedientes – desde luego.

Debemos pues concebirlo como una bendita semilla depositada por la obra del Espíritu en el corazón de los redimidos y escogidos. Y su hablar debemos interpretarlo como declararnos o constituirnos, en embrión desde luego, como depositarios de la misma con su vasto cúmulo de virtudes.

Es como si su hablar fuera así:

Este varón – o esta mujer desde luego – rociada con esa sangre, está destinado/a, por ser la sangre de quien es la Verdad personificada, a ser un hombre – mujer – de absoluta verdad.

Igualmente por ser la sangre de un personaje lleno de amor, a ser un hombre – o mujer – verdadero hijo/hija del amor.

Por ser la sangre del Santo Varón Jesucristo, a ser también una santa persona.

Por ser la sangre del Varón que siempre hizo la voluntad de Dios, a ser una persona que a diario se desempeña en ese camino de la voluntad divina.

Por ser la sangre del Varón en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento (Colosenses 2:3) a ser una persona sabia y de mucho conocimiento – no según se interpreta en el mundo, desde luego, sino en cuanto a los más altos valores prácticos y de proyección eterna.

Por ser la sangre de Quien ha sido, es y será, a ser una persona revestida de eternidad.

Desde luego que se podría agregar mucho más a lo ya expuesto, pero dejamos librado al lector, que con oración y dependencia del Señor, valiéndose además de las Sagradas Escrituras, explore con ahínco y avidez todo este vasto campo de verdades gloriosas.

En conclusión, confiamos en que esto dos capítulos sirvan para que la Cena del Señor se celebre de un manera más digna, acorde con su solemne importancia, y no de la forma más bien superficial y de rutina con que, lamentablemente, se lo hace en algunas partes.

- ----- () -----

CAPÍTULO 11

Cómo prepararse para enfrentar el día.

Un gran siervo de antaño de nombre Jeremy Taylor, escribió libros tan inspiradores que se dice que John Wesley los llevaba en su alforja, y leía durante sus largos viajes a caballo recorriendo el Reino Unido para proclamar la palabra de Dios.

Creo que él fue quien en una famosa sentencia aconsejó la mejor manera de enfrentar el día.

La misma era sencillamente: Cada mañana piensa primero en los horrores del infierno y luego en las glorias del cielo, y estarás bien preparado para enfrentar el día que comienzas.

La primera parte no es nada agradable y por cierto que no pensamos detallar demasiado sobre ella porque sería horripilante y creemos que también desaconsejable.

Debemos señalar que, aunque humanamente hablando, a todos nos gustaría saber que no hay ni habrá un infierno. No obstante, la verdad es que Jesucristo en más de una ocasión lo mencionó como una realidad absoluta.

En Mateo 25: 41 leemos:- “Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.”

Esto nos hace saber que, en primera instancia, el infierno fue preparado para el diablo y los ángeles que se le unieron en su rebelión contra Dios.

En el pasaje de Marcos 9 que se extiende del versículo 43 al 48, en tres ocasiones Jesús habló de ser echado al infierno, donde el gusano no muere y el fuego nunca se apaga.

También en el caso del mendigo Lázaro y el rico que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez, Jesús habló claramente del infierno.

Notemos que no se nos cuenta como una parábola, sino como un hecho concreto acaecido después de la muerte de ambos. Del rico dice que clamaba "...estoy atormentado en esta llama." (Lucas 16: 24b)

Baste eso para estremecernos de horror y motivarnos a que acojamos de muy buen grado y con prontitud, si todavía no lo hemos hecho, la salvación gratuita que el evangelio de la gracia nos ofrece.

La condición está al alcance de todo el que la desee – se trata de que uno se arrepienta de verdad de todos sus pecados, y crea de todo corazón que Jesucristo murió en lugar suyo y resucitó al tercer día, pasando así a recibirlo como su Salvador personal.

Desde luego que es mucho más grato hablar del siglo venidero y las glorias inefables que nos aguardan a quienes somos verdaderos hijos de Dios por renacimiento espiritual.

Pero antes de hacerlo sentimos que es necesario señalar algunas exclusiones claramente puntualizadas, sobre todo en el libro de Apocalipsis.

En primer lugar están las de pecados groseros: - "Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda." (Apocalipsis 21: 8)

"No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación o mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero." (21: 27)

Los cobardes pueden muy bien incluir los que se niegan a confesar al Hijo del hombre por el temor de los hombres, y de los cuales Jesús afirmó que Él también los negará delante de Su Padre que está en los cielos. (Mateo 10: 33)

Se presupone que ningún hijo de Dios, verdaderamente renacido, andará en hechicerías, cosas inmundas, abominables, ni será un fornicario u homicida.

Los incrédulos desde luego que al negarse a creer el testimonio que Dios ha dado acerca de Su Hijo lo hacen a Él mentiroso, según se afirma claramente en 1ª. Juan 5: 10. No obstante, al convertirse y creer en el evangelio de todo corazón uno deja totalmente de ser un incrédulo.

En cuanto a idólatras, notemos con cuidado que en Colosenses 3: 5b se califica a la avaricia como idolatría, lo cual nos debe motivar a guardarnos del amor al dinero – “...una raíz de todos los males” según 1ª. Timoteo 6: 10, como así también de lujos totalmente innecesarios.

En cuanto a los mentirosos, cuidado con poner menos en la declaración de la renta (i), o faltar a la verdad para eludir impuestos, o evitar perjuicios económicos.

Pero pasando ahora a las dichas sin par, resulta maravilloso pensar que “...Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.” (Apocalipsis 21: 4)

Nos resulta casi difícil creer que cosas como la enfermedad, que a unos y a otros nos ha afligido en distintas formas y medidas en la peregrinación terrenal, ya no existirá más – gozaremos de excelente salud con nuestro nuevo cuerpo espiritual de resurrección, sin ni siquiera sentir el menor cansancio.

Pero también tenemos muchas más hermosas promesas. Una de ellas es:- “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.” (21: 5)

¡Qué bueno nos resulta entrar a poseer algo flamante, absolutamente nuevo! Cuando recibo mis libros de la imprenta a veces abro un ejemplar y lo huelo, y tiene ese olor tan agradable – para mí por lo menos – que es todo un deleite.

Así será todo lo nuevo que el Señor haga, pero en un grado superlativo, es decir, mucho mayor del que podamos experimentar aquí en la tierra.

¡Cuántas veces uno ha visto situaciones muy tristes, en que personas se desenvuelven en un terrible círculo vicioso en que todo sale mal, y uno advierte que de una forma u otra allí hay una verdadera maldición!

¡Qué grato y qué dulce bálsamo de consuelo saber que allí ya no habrá más maldición. (22: 3)

Intercalado en medio de todo, para que no nos quepa la menor duda, tenemos la maravillosa afirmación: “Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.” (21: 5b)

Y siguen las preciosas y fieles promesas: al sediento se le promete que puede beber gratuitamente de la fuente del agua de la vida (21: 6b)

El que venciere – y para eso nos ha dado Su Espíritu, que es el de un auténtico y maravilloso vencedor – heredará todas las cosas y vendrá a ser un hijo en total y absoluta plenitud. (21: 7)

La descripción de la nueva Jerusalén es otra bendita maravilla, pero todavía algo mucho mejor y más sublime es saber que “el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella y el Cordero” y que “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera.” (21: 23) y además que “sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche.” (21: 25)

Como conclusión absolutamente categórica y terminante, se vuelve a afirmar que “Estas palabras son fieles y verdaderas” (22: 6) y finalmente se cierra con la expresa advertencia de no quitar ni agregar nada a estas palabras, que son sin duda divinamente inspiradas por el Espíritu Santo del Dios viviente.

Somos conscientes de que en el texto todavía figuran más glorias y grandezas eternas, pero nos damos por satisfechos con lo que hemos consignado.

Cerramos con el deseo de que este capítulo nos sirva a todos para prepararnos bien para enfrentar cada día, según el sabio consejo de Jeremy Taylor.

----- () -----

CAPÍTULO 12

Preguntas Bíblicas

A veces, en medio de la predicación, resulta provechoso interponer alguna ilustración, o bien algo de carácter humorístico, con el fin de amenizar.

Conceptuamos que esto es aceptable, si bien con la salvedad de que sea humor sano y limpio, y sin abusar de ello. Como hemos dicho alguna vez en nuestra prédica oral, la Biblia no contiene ninguna página cómica, dedicada a chistes y bromas, pues trata sobre cosas muy serias, relacionadas con la vida ante el Santo Creador Supremo, y el destino eterno de las almas.

En ese plan, pues, de amenizar en algo, paso a hacer algo que no recuerdo haber hecho en ninguno de mis dieciséis libros anteriores - dedicar un capítulo para plantearle al lector una serie de preguntas bíblicas.

Las respuestas estarán dadas en el capítulo siguiente, pero animamos al lector a que no se adelante a verlas, sino que compruebe primero su grado de conocimiento del libro de los libros, procurando dar las respuestas por su propia cuenta.

1) El salmo 119 tiene la particularidad de que en cada uno de sus 176 versículos se menciona la palabra de Dios de una forma u otra, i.e. tus dichos, juicios, estatutos, mandamientos, etc. ¿En nuestra versión castellana de 1960 cuáles son los dos versículos en que esto no sucede?

2) 2) Exceptuando el salmo 119, ¿cuál es el capítulo que tiene más versículos de toda la Biblia?

3) ¿¿Cuál es el libro más extenso del Antiguo Testamento en número de páginas, si exceptuamos el libro de los Salmos?

4) ¿Cuál el más extenso del Nuevo Testamento, también en número de páginas?

5) Cite veinte nombres de personajes bíblicos – masculinos o femeninos - que comienzan con la letra jota?

6) ¿Cuál es el nombre más largo – es decir, que tiene más letras – de toda la Biblia? ¿Y el segundo?

7) ¿¿Cuál es el único personaje del Antiguo Testamento que era a la vez sacerdote y rey? – entendiéndose que los sacerdotes en Israel sólo podían ser de la tribu de Leví.

8) ¿Cuál es el único siervo del Señor del Antiguo Testamento que se desempeñó en las tres funciones, tanto de sacerdote, como de profeta y juez?

9) ¿Quiénes son los cinco siervos del Señor a los cuales, al dirigirse a ellos, dijo su nombre dos veces?

10) ¿Hay alguno o alguna más?

11) ¿Qué significa el nombre Icabod, y dónde aparece en la Biblia?

12) ¿Cómo se llamaban los dos hijos del anciano sacerdote Elí?

13) ¿¿Cuál es el versículo más breve de toda la Biblia.

14) ¿Cuál es el versículo con más palabras en el Antiguo Testamento?

¿Cuál es el versículo con más palabras en el Nuevo Testamento) (Sujeto a que se me corrija)

15) ¿De cuántos libros consiste el Antiguo Testamento, y de cuántos el Nuevo?

16) ¿En qué evangelios está la parábola del sembrador?

17) ¿Qué evangelios nos cuentan la negación de Pedro?

18) ¿En qué evangelios se narra la muerte y resurrección del Señor Jesús?

19) ¿En qué evangelios se narra la ascensión del Señor Jesús?

20) ¿Quién escribió el libro de Los Hechos?

21) ¿Cuál fue la última ocasión en que echaron suertes en la Biblia?

22) ¿Por qué le parece que después de esa ocasión nunca más se lo hizo? (en los anales bíblicos se sobreentiende)

23) ¿Cuántas veces después de su nombramiento se menciona al reemplazante de Judas Iscariote?

24) Después de Los Hechos 1: 14 ¿cuántas veces se menciona en el resto de la Biblia a María, la madre del Señor Jesucristo?

25) Aparte de Hebreos, en qué otro libro del Nuevo Testamento se menciona a Melquisedec?

26) ¿Cuál fue la primera separación de siervos de Dios consignada en el Nuevo Testamento?

27) ¿A qué separación del Antiguo Testamento le hace recordar, aunque haya sido por causas muy distintas?

28) ¿Quién acompañó a Pablo al iniciar su segundo viaje misionero?

29) ¿Cree que terminaron juntos ese viaje? Sea su respuesta afirmativa o negativa, explique la razón de la misma.

30) ¿Cree que por agregarse a la expedición en Listra en ese segundo viaje Timoteo pasó a ser apóstol?

31) Aparte de la ocasión del encuentro con Abraham narrada en Génesis 14, ¿en qué otro pasaje del Antiguo Testamento se nombra a Melquisedec?

32) Relacione la misma con el resto del pasaje para probar que se está refiriendo proféticamente al Señor Jesucristo.

33) ¿En qué versículo de la Biblia se da el significado del nombre Melquisedec?

34) Señale por lo menos tres diferencias fundamentales entre el orden levítico y el de Melquisedec.

35) Explique dónde y cómo se traza la eternidad de Cristo según se la refleja a través de Melquisedec.

36) ¿En qué pasaje de la Biblia se cuenta el arrepentimiento del rey Saúl ante Samuel?

37) ¿Considera que era genuino o falso? ¿Por qué?

38) En qué versículo de la Biblia se consigna que el rey Saúl tenía autocompasión – es decir, lástima de sí mismo?

39) Explique la diferencia entre la autocompasión y el verdadero arrepentimiento.

40) ¿Cuál es el salmo en que se consigna el arrepentimiento de David en cuanto a su pecado en el caso de Urías heteo y su mujer?

41) ¿Considera que fue auténtico?

42) ¿Lo eximió de consecuencias punitivas?

43) En caso negativo cite las dos principales.

44) ¿Quién fue el primer mártir del Nuevo Testamento? (Se entiende que al Señor Jesús en Su muerte expiatoria no lo incluimos)

45) ¿Y el segundo)

46) ¿Y el tercero?

47) A su criterio, ¿cuál Jacobo escribió entonces la epístola de Santiago? (Entendiéndose que en el Nuevo Testamento Jacobo equivale a Santiago)

48) En Gálatas 1: 19 refiriéndose a Jacobo, hermano del Señor, Pablo dice de él

que era apóstol. ¿Cuándo le parece que fue constituido apóstol, dado que no estaba entre los doce de un principio, y el reemplazante de Judas Iscariote, como hemos visto, fue Matías?

49) A veces, en la predicación, para ser más preciso se señala que Jacobo era hermanastro del Señor. Explique la razón.

50) Santiago en su epístola, al referirse al Señor, no lo llama mi hermano Jesús. ¿Qué denota esto?

51) ¿Qué capítulo de la Biblia consta de solamente dos versículos?

52) ¿Qué parábola muy conocida y sobre la cual se predica a menudo, está solamente en el evangelio de Lucas.

53) ¿Por qué a veces le damos un nombre más largo, y cuál es ese nombre más largo?

54) Cite lo que dijo Jesús al ser crucificado y estando en la cruz. ¿Cuántas veces habló y en qué orden?

55) Aceptando el hecho de que entre el griego en que lo consigna el original del Nuevo Testamento, y el castellano en que lo da nuestra Biblia, no habría mucha diferencia en la duración ¿cuánto tiempo le debe haber llevado decir las cosas que dijo?

56) ¿Qué conclusión importante podemos sacar de la respuesta?

57) ¿Qué evangelios narran el nacimiento de Jesús?

58) ¿Qué evangelios no lo narran?

59) ¿En qué evangelios se consigna la genealogía de Jesucristo?

61) Las dos que se consignan – una en un evangelio y otro en otra - ¿son iguales?

- 62) En caso de ser distintas, ¿le parece que eso es una contradicción?
- 63) Si opina que no lo es, explique la razón.
- 64) El Mesías prometido tenía que demostrar sus credenciales de linaje davídico y abrahámico. En caso de presentarse alguien proclamándose como el Mesías prometido ¿le sería posible hacerlo?
- 65) Aparte del libro de Hebreos ¿cuál es el capítulo del Nuevo Testamento en que más se señalan las diferencias entre el Antiguo y el Nuevo Pacto?
- 66) Cite las cuatro que le parezcan las más importantes.
- 67) ¿Cuál de ellas estaba predicha de antemano en el Antiguo Testamento?
- 68) Cite el pasaje en que estaba predicha.
- 69) Cite dos pasajes de la Biblia en que el Señor promete a los Suyos de verdad que no se acordará más de sus pecados e iniquidades.
- 70) ¿A qué hermosa conclusión nos lleva esto?
- 71) ¿En qué versículo de la Biblia nos podemos apoyar para confirmar esa respuesta.
- 72) ¿Qué libro del Nuevo Testamento es el único en que aparece la frase el reino de los cielos?
- 73) ¿Cuántas veces?
- 74) ¿Qué significado especial le atribuye a ese número de veces?
- 75) ¿En qué libro del Nuevo Testamento aparece más veces la frase el reino de Dios?
- 76) ¿Cuántas veces?
- 77) ¿Qué le sugiere esto?
- 78) Algunos opinan que el reino de los cielos y el reino de Dios son sinónimos, y otros no, sino que el segundo es un reino o nivel superior, ¿Cuál de las dos posturas le parece la correcta?

79) Explique las razones.

80) En los dos versículos citados – Mateo 11: 11 y Lucas 7: 28 – Jesús afirma que entre todos los grandes siervos del Antiguo Testamento, el mayor de todos fue Juan el Bautista, si bien no hizo ningún milagro. Y luego pasó a agregar que el más pequeño en el reino – tanto de los cielos como de Dios – es mayor que él, y por extensión que todos los demás, como Moisés, Josué, Caleb, etc.

Esto significa que tanto el lector como el autor de estas preguntas, por pequeños que nos creamos y seamos, somos mayores que todos ellos. ¿Cómo explica semejante cosa?

81) ¿En qué libro de la Biblia encontramos más veces la palabra fe?

82) ¿Cuántas?

83) ¿Qué libro le sigue en segundo término?

84) ¿Cuántas veces?

84) ¿Cuántas veces aparece palabra fe en el Antiguo Testamento?

86) ¿Le resulta significativo que aparezca tan pocas veces?

87) ¿Por qué?

88) ¿Se sabe a ciencia cierta quién es el autor del libro de Job?

89) En caso negativo, ¿cuál le parece la suposición o conjetura más razonable al respecto?

90) ¿Qué dos virtudes debe necesariamente haber tenido el autor?

91) ¿Por qué?

92) Aunque por supuesto que no todos debemos pasar por las mismas calamidades, sin embargo, de una forma u otra, todo verdadero siervo o sierva del Señor deberá atravesar por tiempos de prueba, luchas, penurias o sufrimientos. ¿Le parece correcta o no esta afirmación?

93) Dé los motivos de su parecer.

94) Cuando Pedro le preguntó al Señor cuántas veces debía perdonar ¿qué le contestó el Señor?

95) ¿En qué pasaje de los evangelios está?

96) ¿Está en algún otro?

97) ¿Puede pensar en algún pasaje del Antiguo Testamento que guarde relación con éste?

98) ¿Qué contraste encuentra entre los dos?

99) Una pregunta de orden eminentemente teológico:- en cuanto a la Santísima Trinidad, hay dos posturas distintas, incluso de buenos siervos del Señor.

Una sostiene que las tres personas están en un pie de igualdad, mientras que la otra afirma la supremacía del Padre, y que el Hijo, sin perjuicio de Su absoluta deidad, está sometido al Padre, e igualmente que el Espíritu Santo lo está tanto al Padre como al Hijo.

¿Cuál de las dos le parece la acertada?

100) Fundamente su opinión.

----- () -----

CAPÍTULO 13

Respuestas a las preguntas del capítulo anterior

A la número 1 – versículos 122 y 132.

Pregunta 2.- Números capítulo 7.

Pregunta 3.- Jeremías.

Pregunta 4.- Lucas.

Pregunta 5.- Jacob, José, Josué, Jeremías, Jotam, Jedidías, Jezabel, Jonadab, Jonás, Judá, Judas, Jehú, Joram, Joás, Joacaz, Joel, Josafat, Jehová, Jesús, Jesucristo. Para mayor abundamiento añadimos otra media docena: Joaquín, Jonathan, Jeconías, Josías, Josadac y Jeroboam.

Pregunta 6.- Nabucodonosor, con 13 letras seguido de Magor-misabib, con doce.

Pregunta 7.- Melquisedec.

Pregunta 8.- Samuel.

Pregunta 9.- Abraham, Jacob, Moisés, Samuel y Saulo (de Tarso)

Pregunta 10.- Marta, al dirigirse a ella Jesús.

Pregunta 11.- Sin gloria, 1ª. Samuel 4: 21.

Pregunta 12.- Ofni y Finees.

Pregunta 13.- Juan 11: 35 – Jesús lloró

Pregunta 14.- Jueces 19: 9 en el Antiguo Testamento con sesenta y siete, y Hebreos 1: 3 con cincuenta en el Nuevo. (Sujeto a que se me corrija.)

Pregunta 15.- Treinta y nueve y veintisiete respectivamente.

Pregunta 16.- Mateo, Marcos y Lucas.

Pregunta 17.- En los cuatro evangelios.

Pregunta 18.- En los cuatro evangelios.

Pregunta 19.- Marcos y Lucas.

Pregunta 20.- Lucas.

Pregunta 21.- Los Hechos 1: 26.

Pregunta 22.- Por la venida del Espíritu Santo, Quien guía a toda verdad a los verdaderos hijos de Dios.

Pregunta 23.- Ninguna.

Pregunta 24.- Ninguna.

Pregunta 25.- En ningún otro.

Pregunta 26.- La de Pablo y Bernabé consignada hacia el final de los Hechos capítulo 15.

Pregunta 27.- La de Abram, como todavía se llamaba Abraham, y su sobrino Lot.

Pregunta 28.- Silas.

Pregunta 29.- No, porque en Los Hechos 18, después de despedirse de los hermanos de Corinto, Pablo estaba solamente acompañado por Priscila y Aquila y no se vuelve a mencionar a Silas. Significativamente, su tercer viaje misionero Pablo lo inició solo.

Pregunta 30.- No hay ningún indicio concreto de que haya sido nombrado apóstol. Además en 2ª. Timoteo 2: 22 se le exhorta, siendo joven como era, a que huyese de las pasiones juveniles, cosa que resulta impensable que se hiciese a un verdadero apóstol.

Pregunta 31.- Salmo 110, específicamente el versículo 4.-

Pregunta 32.- El versículo 1 de ese capítulo, claramente referido a Cristo y citado reiteradamente en el Nuevo Testamento en ese sentido.

Pregunta 33.- Hebreos 7:2.

Pregunta 34.- a) el levítico fue instituido sin juramento, mientras que el de Melquisedec fue con juramento, según Salmo 110: 4.

b) el primero constituía a débiles hombres, rodeados de debilidad, (Hebreos 5: 2 y 7: 28a) mientras que el segundo al Hijo, hecho perfecto para siempre. (Ver Hebreos 7: 28b)

c) en el levítico eran muchos porque no podían continuar a causa de la muerte (Hebreos 7: 23) mientras que Cristo – representado aquí por la semejanza de Melquisedec – (Hebreos 7: 15) permanece para siempre,

según el poder de una vida indestructible. (Hebreos 7: 24 y 16 respectivamente.)

Pregunta 35.- En Hebreos 7: 3 y por el hecho de que no se menciona ni padre ni madre, ni descendencia carnal – cosa que no sucede en los anales bíblicos, sino rarísimamente. En otras palabras, por así decirlo, que Melquisedec aparece como llovido del cielo, sin linaje anterior ni posterior.

Pregunta 36.- 1ª. Samuel 15: 13-31.

Pregunta 37.- Falso, porque buscaba ser honrado ante los ancianos de su pueblo y de Israel, sin ningún remordimiento por haber desobedecido al Señor al no cumplir su claro mandato.

Pregunta 38.- 1ª. Samuel 22: 8.

Pregunta 39.- La autocompasión culpa a los demás, a las injusticias de la vida, o puede aun culpar a Dios, mientras que el arrepentimiento reconoce la culpabilidad propia. El Señor no aprueba lo primero, pero sí lo segundo, siempre y cuando sea sincero.

Pregunta 40.- Salmo 51.

Pregunta 41.-Sí, fue auténtico, porque reconoció su propia culpa ante Dios sobre todo, sin buscar excusas ni atenuantes.

Pregunta 42.- No.

Pregunta 43.- El Señor le hizo saber que de ahí en más la espada nunca se apartaría de su casa (2ª. Samuel 12: 10) y también su pecado le acarrió pérdida de autoridad. (Ver 2ª. Samuel 19: 13 en que hizo un voto firme de tener como general del ejército a Amasa en lugar de Joab, pero sin embargo Joab siguió estando al frente del ejército hasta el fin de su reinado.)

Pregunta 44.- Juan el Bautista.

Pregunta 45.- Esteban.

Pregunta 46.- Por lo que sabemos, Jacobo, el hermano de Juan. (Ver los Hechos 12: 2)

Pregunta 47.- Jacobo, el hermano del Señor.

Pregunta 48.- En la ocasión consignada en 1ª. Corintios 15: 7 cuando el Señor se le apareció después de su resurrección, se considera – creemos que con buen fundamento - que fue cuando el mismo Señor Jesús lo hizo.

Pregunta 49.- Porque era hijo de la misma madre – la que había sido la Virgen María – ver Mateo 13: 55, etc.) mas no del mismo padre. Su padre era José, mientras que el Padre de Jesús fue el Dios Padre celestial.

Pregunta 50.- Que si bien era hermano por parte de Su madre, no lo era por parte de Su Padre, lo que lo colocaba en un nivel mucho más elevado y que le hacía saber que debía referirse a sí mismo de la forma en que lo hizo – siervo del Señor Jesucristo.

Pregunta 51.- El salmo 117.-

Pregunta 52.- la comúnmente llamada Del Hijo Pródigo.

Pregunta 53.- El nombre más largo que le damos es La Parábola del Hijo Pródigo y del hermano mayor, y se debe a que una buena parte de la parábola – del versículo 25 al 32 de Lucas 15 – se refiere al hijo mayor y nos da una importante enseñanza que a veces pasa desapercibida.

Pregunta 54.- Ocho veces y en este orden: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” - “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” – “Mujer, he ahí tu hijo” – “He ahí tu madre – “Eloi, Eloi, ¿lma sabactani?” - “Tengo sed”- “Consumado es” – “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.”

Pregunta 55.- Como máximo un minuto.

Pregunta 56.- Que de las seis horas que estuvo en la cruz, en cinco horas cincuenta y nueve minutos, sufriendo indeciblemente y más de lo que podemos imaginar, guardó un silencio de la más alta nobleza y entereza.

Pregunta 57.- Mateo y Lucas.

Pregunta 58.- Marcos y Juan.

Pregunta 59.- Mateo y Lucas.

Pregunta 60.- Marcos y Juan.

Pregunta 61.- No son iguales.

Pregunta 62.- No es una contradicción.

Pregunta 63.- Las genealogías se bifurcan a partir de David, la de Mateo siguiendo con Salomón y la de Lucas con Natán. Se considera que la de Mateo corresponde a la parte paterna – José – mientras que la de Lucas a la materna – Maria - dado que significativamente al comenzar señala que “Jesús mismo al comenzar su ministerio era como de treinta años, hijo, según se creía, de José...” entendiéndose que en las genealogías siempre o casi siempre se daba el nombre del padre.

Pregunta 64.- Le sería totalmente imposible hacerlo, dado que todos los registros genealógicos que existían en Jerusalén fueron quemados en el año 70 de la era cristiana, cuando el general Tito saqueó y destruyó la ciudad por completo.

Pregunta 65.- 2ª. Corintios 3.

Pregunta 66.- 1.- del Espíritu y no de la letra. 2.- de justificación y no de condenación.3.- con mayor gloria que la del antiguo que había de perecer. 4.- escrito en las tablas de carne del corazón, y no en tablas de piedra.

Pregunta 67.- La ley escrita en el corazón y la mente.

Pregunta 68.- Jeremías 31: 31-34.

Pregunta 69.- Hebreos 8: 12 y 10: 17.

Pregunta 70.- A que Dios nos trata como lo que en verdad somos al estar en Cristo Jesús, es decir nuevas criaturas, sin ninguna historia pasada.

Pregunta 71.- 2ª. Corintios 5: 17.

Pregunta 72.- Mateo.

Pregunta 73.- Treinta y tres.

Pregunta 74.- Que en los treinta y tres años que se considera que duró Su vida terrenal - en cada uno de ellos - vivió en la realidad del reino de los cielos.

Pregunta 75.- Lucas.

Pregunta 76.- Treinta y tres.

Pregunta 77.- La misma conclusión de la pregunta 74.-

Pregunta 78.- La primera.

Pregunta 79.- En primer lugar, porque en pasajes paralelos referidos al reino en Mateo y Lucas en Mateo dice el reino de los cielos y en Lucas el reino de Dios, lo que claramente indica que son equivalentes. (Ver Mateo 11: 11 donde dice el reino de los cielos y Lucas 7: 28 donde dice el reino de Dios refiriéndose a exactamente a la misma verdad.)

Además en Mateo 16: 19 Jesús prometió a Pedro que le daría las llaves del reino de los cielos. Como sabemos, Pedro hizo uso de esas llaves especialmente el día de Pentecostés, pero también en la casa de Cornelio donde estaban congregados hombres y mujeres gentiles. Resulta totalmente inadmisibile que a Su primer apóstol Jesús le diera las llaves de un reino inferior.

Pregunta 80.- Debemos notar que Jesús al referirse a Juan el Bautista y los demás dijo “entre los nacidos de mujeres.” Los que estamos en el reino de los cielos o de Dios, somos engendrados de Dios, según reza en Juan 1: 13b.

Una comparación ilustrativa que a veces hemos usado, de forma oral y también escrita, es que podemos tener una alhaja de diamante, por ejemplo, cuyo valor por citar una cifra, sería de 500 euros. Por otra parte, podemos también tener una planta de un valor monetario de 5 euros.

¿Cuál es la diferencia? Son dos cosas de dos distintos reinos – la alhaja es del reino mineral, muy valiosa monetariamente hablando, pero sin vida en sí, mientras que la planta, aunque sólo valga 5 euros, tiene vida, con capacidad de crecer y también de multiplicarse y reproducirse.

81) Romanos.

82) Cuarenta y una (en nuestra versión Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera – revisión 1960, mientras que en la versión inglesa del Rey Santiago sólo figura treinta y nueve veces.)

83) Hebreos.

84) Treinta y dos veces.

85) Una sola (aunque en la versión en inglés del Rey Santiago figura dos veces.)

86) Muy significativo.

87) Porque en el Antiguo Testamento se estaba bajo la ley, la cual nos indica lo que debemos hacer, pero nos deja librados a nuestros propios recursos para hacerlo. En el Nuevo, por contraste, estamos en el régimen de la gracia, que se apropia por fe – el justo vivirá por la fe.

88) No.

89) Debe haber sido un escriba que vivió más de 140 años después de las calamidades que le acaecieron a Job.

91) Fiel por la forma minuciosa y precisa en que consignó el texto de cada uno de los muchos discursos que figuran en el libro, si bien resulta imposible saber con certeza de dónde los obtuvo.

Por otra parte debe haber sido una persona espiritual. Lo decimos porque lo acontecido en las esferas celestiales y que se narra en los dos primeros capítulos, sólo lo puede haber sabido por revelación divina. Por cierto que ni Job, ni los tres supuestos consoladores – Elifaz, Bildad y Zofar - ni el joven Eliú - lo sabían, y esos dos capítulos contienen la clave del libro. Sin ellos sería un enigma indescifrable.

92) Correcta.

93) Jesús dijo que todo el que quiera ir en pos de Él debe negarse a sí mismo y tomar su cruz. (Marcos 8: 34) Si bien en el Antiguo Testamento la palabra cruz no se utiliza en ese sentido, el principio es el mismo, a saber,

primero perder para después ganar, sufrir para a su debido tiempo ser consolado y bendecido, tristeza para más tarde entrar en gozo triunfante, y sobre todo morir para vivir. (Ver 1ª. Samuel 2: 6)

94) Setenta veces siete.

95) Mateo 18: 21-22.

96) No.

97) Génesis 4: 23-24.

98) El contraste está en que en el Antiguo Testamento, se trataba de venganza, mientras que en el Nuevo de perdón.

99) La segunda.

100) Aun como joven estudiante bíblico, hace ya muchos años, sostuve esa opinión. Me ha resultado grato comprobar que el famoso siervo del Señor R. A. Torrey, en su famoso libro “Lo que la Biblia enseña”, que es un excelente manual de teología, claramente sostiene esta segunda postura.

En cuanto a la superioridad, por así decirlo, del Padre sobre el Hijo, tenemos un pasaje el pasaje de 1ª. Corintios 15: 27-28 que lo confirma, creemos que incuestionablemente.

“...Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquél que sujetó a él todas las cosas.”

“Porque luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.”

En realidad, llama mucho la atención que un siervo muy distinguido de hace más de un siglo, sostuviera que el Hijo, como hombre estuvo sujeto al Padre, pero en Su deidad está en un pie de igualdad con Él.

Está también el principio de que cuando uno es enviado por alguien, está supeditado al que lo envió. Y esto se aplica no sólo al Hijo, sino también al Espíritu Santo, enviado por el Padre y también por el Hijo.

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad...” (Juan 14: 16-17b)

“Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre...” (Juan 15: 26)

Por último, al dar la gran comisión de Mateo 28: 18-20, Jesucristo, aun con su gran humildad y mansedumbre, no dijo “bautizándolos en el nombre del Padre, del Espíritu Santo y del Hijo” sino “del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.”

No obstante, debemos cuidarnos de no entrar en polémicas, que pueden resultar perniciosas, y por eso, si bien sostenemos la postura señalada, no dejamos de respetar a aquellos que pudieran discrepar.

CAPÍTULO 14 – Lo más importante de todo.

(El evangelio de la gracia)

Animamos al lector a que no desconsidere ni se desentienda del contenido de este capítulo, dado que contiene precisamente lo que afirma su título – lo más importante de todo.

Que hay una vida más allá de la muerte debe resultar harto evidente. De lo contrario, cualquiera podría cometer las fechorías más infames, y luego suicidarse, escapando de la justicia, y así quedar totalmente libre de todo castigo.

Creemos que cualquier persona en su sano juicio habrá de considerar semejante cosa como totalmente inadmisibile.

Y esto, claro está, nos lleva a la importantísima pregunta.- ¿Dónde pasarás tú, yo, y cada uno de nosotros, la eternidad que ha de seguir a nuestra vida terrenal?

¿Tenemos alguna guía certera para obtener una respuesta segura a este gran interrogante?

Sí, la tenemos, y está contenida en las Sagradas Escrituras – la Biblia, que en sus diversas traducciones, con alguna diferencia de matices de orden secundario, concuerda totalmente en cuanto a lo principal y fundamental.

Muchos la desprecian y le niegan veracidad o importancia. Cortésmente los remitimos a la famosa sentencia pronunciada por el “sabio” francés Voltaire, en el sentido de que después de cien años la Biblia sería un libro desaparecido y olvidado por completo.

El Dios que se ha encargado de darnosla como carta de navegación segura, esperó exactamente el plazo estipulado por Voltaire para dar su contundente e irrefutable respuesta.

La misma vivienda en que hizo su famosa afirmación, se había convertido en depósito de las Sociedades Bíblicas, ¡y en cada recinto de la misma había pilas y pilas del libro que dijo que iba a desaparecer y quedar olvidado para siempre!

Por cierto que la Biblia – las Sagradas Escrituras – constituye la palabra de Dios, para nuestra guía, consuelo, aliento, pero también para advertirnos de los peligros de desatender sus consejos y sobre todo su mensaje principal – el de la salvación eterna que nos ofrece.

La misma se basa en la muerte a favor nuestro de Su Hijo Jesucristo en la cruz del Calvario, llevando sobre Su persona el castigo que merecíamos por nuestras muchas faltas y pecados.

Esto ya se predijo muchos siglos antes en varias partes de la primera parte de la Biblia – el Antiguo Testamento.

Tomamos una de ellas del libro de Isaías capítulo 53 y versículo 6:- “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas el Señor cargó en él el pecado de todos nosotros.”

Por supuesto que esa muerte no fue el fin, pues resucitó triunfante ese primer domingo de Pascua, y ahora ofrece absoluto perdón y vida eterna a

todo el que, arrepentido de sus muchas faltas y fallos, cree de todo corazón en Su muerte y resurrección, y lo recibe en su corazón como Salvador y Señor de su vida.

Para ayudar al lector, a continuación ponemos una oración con que podrá hacerlo, repitiendo – de corazón se entiende – las palabras que siguen.

Dios Padre celestial, reconozco mis muchas faltas y fallos y me arrepiento de verdad por todos ellos. Creo de corazón que tu Hijo Jesucristo murió llevando el castigo que yo y todo otro mortal merecíamos, pero que también resucitó, y le abro la puerta de mi corazón y de mi vida recibéndolo como mi Salvador y Señor. Por favor, ilumíname y ayúdame a ser te fiel hasta el final de mi vida.”

Ésta es la forma clara y sencilla en que Dios nos ofrece gratuitamente el perdón y la vida eterna, y se puede comprobar en las Sagradas Escrituras que es exactamente lo que predicaban no sólo el Señor Jesucristo, sino también Sus primeros apóstoles, como San Pablo, San Pedro, San Juan y los demás.

Si tomas este primer paso sinceramente pronto pasarás a experimentar una paz interior como resultado de haberte entregado al Señor.

El dijo “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”

Al igual que muchos otros, el autor de estas líneas respondió hace muchos años a la invitación tan amorosa que hace a todos Jesucristo. En una etapa de su vida sufría mucho de depresiones y otros problemas, pero al igual que tantos y tantos otros de distintas nacionalidades y trasfondos, encontró en Él la bendita respuesta que le ha dado paz, estabilidad, razón de ser y mucho más a su vida.

¿No aceptarás hoy y ahora Su tan amable invitación, para acudir a Él?

A Jesucristo ven sin tardar

Que entre nosotros hoy Él está,

Y te convida con dulce afán,

Tierno diciendo VEN.

----- () -----

CAPÍTULO 15

Capítulo 15.- La iglesia en Éfeso. (a)

El estudio de las principales iglesias del Nuevo Testamento resulta muy enriquecedor, a la vez que de inspiración.

En la de Jerusalén, que fue la primera de todas, notamos que sucedieron grandes señales y milagros como testimonio de la incuestionable resurrección de Jesucristo. Además vemos que había una vida comunitaria teniendo todas las cosas en común y tras la muerte de Esteban hombres piadosos lo enterraron e hicieron gran llanto sobre él.

De la de Antioquía de Siria, que fue la primera iglesia gentil, no tenemos ninguna constancia de que hubiese grandes milagros, ni tampoco de vida comunitaria, si bien esto puede haberse dado entre algunos miembros – no sabemos a ciencia cierta.

Lo que sí notamos es que se practicaba el ayuno, lo cual no se menciona en cuanto a la de Jerusalén, aunque bien puede haberse practicado.

Las dos brotaron de un mover especial del Espíritu Santo y en los cuales hubo un grupo de siervos de Dios involucrados.

La de Éfeso nació unos buenos años más tarde, durante el tercer viaje misionero del apóstol Pablo. A diferencia de las anteriores, no hubo pluralidad, sino que fue la obra del Señor a través de este gran apóstol, cuando, nos atrevemos a acotar que estaba en el punto álgido de su carrera.

Resulta interesante notar que con anterioridad, cuando regresaba de su segundo viaje,

si bien estuvo brevemente en la sinagoga de Éfeso, discutiendo con los judíos, aunque estos le rogaron que se quedase por más tiempo, no accedió, sintiendo que era necesario que fuese a Jerusalén para guardar la fiesta que se avecinaba.

Esto demuestra a las claras que el Señor tenía un tiempo señalado para esa ciudad. Ese tiempo llegó en su tercer viaje, cuando después de recorrer las regiones superiores, pasó a Éfeso, donde había estado Apolos, antes de marchar para Acaya.

Allí primero se encontró con unos discípulos – en número algo así como de doce – en los cuales evidentemente notaba una falta de algo importante, de manera que les preguntó si habían recibido el Espíritu Santo cuando creyeron. La respuesta fue que ni siquiera sabían que había Espíritu Santo, y que habían recibido el bautismo de Juan.

Claramente, eran discípulos de Apolos, enseñados por él antes de que Priscila y Aquila le expusieran el camino del Señor le expusieran “más exactamente el camino de Dios” (Los Hechos 18: 26b)

Al decirles Pablo que Juan bautizaba para arrepentimiento, para que creyesen en el que venía después de él, Jesús el Cristo, se volvieron a bautizar, esta vez en el nombre del Señor Jesús, y al imponerles las manos Pablo el Espíritu Santo vino sobre ellos, con las manifestaciones de los dones de profecía y lenguas.

Consignamos esto según lo relata el texto, y vemos como conclusión importante que todo ese mover tan poderoso tuvo en realidad un principio no muy prometedor, pero, como iremos en breve, al perseverar Pablo vino esa obra tan poderosa y especial en esa ciudad de Éfeso, con repercusiones en todo lo que era conocido en aquel entonces como la región o provincia de Asia.

Si bien su ministerio era a los gentiles, sabía que el evangelio tenía que ser predicado primeramente a los judíos, el pueblo escogido de Dios. Por lo

tanto fue a la sinagoga de ellos y por tres meses estuvo discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios.

Como en tantos otros lugares, los judíos no creyeron, se endurecieron y maldijeron el camino, lo que hizo que separase a los pocos discípulos, y dejando la sinagoga pasase a predicar cada día en escuela de uno llamado Tirano.

Vemos la importancia de esta separación – en la sinagoga por lo que sabemos – sólo era el día sábado, mientras que en esta escuela podía hacerlo a diario, algo hecho a medida para el querido Pablo, cuya vida sólo conocía un fin – predicar a Cristo y el reino de Dios.

Lo hizo por nada menos que dos años. Bien podemos imaginarlo allí, cada día del año al pie del cañón, predicando a troche y moche por así decirlo.

En una de sus epístolas puntualizó la importante máxima de que “...el que siembra generosamente, generosamente también segará.” (2ª. Corintios 9: 6b)

La siega por cierto que fue no solamente generosa, sino también maravillosa. “...de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús.” (19: 10b)

Al mismo tiempo vemos que “...se llevaban a los enfermos los paños o delantales del cuerpo de Pablo, y las enfermedades de ellos se iban, y los espíritus malos salían.” (19:12)

Notemos, no obstante, que en el versículo anterior se señala que eran milagros extraordinarios.

Creemos que había dos razones: una es que muchas veces – no siempre – al entrar el evangelio en un lugar determinado por primera vez, el Señor lo autentifica con milagros ante gente que no ha conocido ni oído la palabra de Dios con anterioridad.

La otra razón es que se trataba de un galardón especial para el siervo amado, que había padecido tanto y trabajado con tanto tesón y ahínco, y que a esa altura, como ya dijimos, se encontraba en el punto álgido de su trayectoria.

El hecho de que se los calificase de extraordinarios nos hace entender que no siempre sucedían, ni aun en la vida y ministerio de este gran apóstol. Seguramente que él habrá querido sanar a Trófimo en Mileto en la ocasión a que se refiere 2ª. Timoteo 4: 20, y también al joven Timoteo de sus frecuentes enfermedades (1ª. Timoteo 5: 23) pero tuvo que aceptar que eso no entraba en los designios divinos. Pensar que fue por falta de fe por parte suya es totalmente inadmisibile.

Por otra parte, es verdad comprobadísima que en algunos casos el Señor permite la enfermedad en hijos e hijas, en siervos y siervas Suyos, pero a través del dolor y la aflicción no sólo maduran y se purifican, sino también a la postre llevan mucho fruto.

Retomando el hilo, indudablemente lo que estaba ocurriendo en Éfeso y la región de Asia era un obrar muy poderoso del Santo Espíritu de Dios. Cuando tal cosa sucede, es muy importante que se entienda bien que se trata de algo muy solemne, y que hay que andar y comportarse con la máxima sobriedad y reverencia.

Acude a nuestra mente el recuerdo de algo acaecido durante el avivamiento en Irlanda del Norte en el año 1859. En el mismo la gente quedaba postrada por largo rato bajo profunda convicción de pecado, arrepintiéndose, y creemos recordar, con copiosas lágrimas.

Dos jovencitos, en tono de burla fingieron estar postrados como los demás, mas ¡ay! no volvieron a levantarse – quedaron muertos al igual que Ananías y Safira, según se nos narra en Los Hechos 5: 1-11.

Algo parecido tuvo lugar en Éfeso. Se nos dice que había judíos exorcistas ambulantes que intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos diciendo: “Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo.”

Concretamente, siete hijos de un jefe de los sacerdotes judíos de nombre Esceva se pusieron a hacer esto, pensando seguramente que sería un “juego” interesante y divertido. Les costó muy caro, pues el espíritu malo les dijo “A Jesús conozco y sé quién es Pablo, pero vosotros ¿quiénes

sois?” y saltando sobre ellos, el hombre poseído pudo más que los siete, de modo que huyeron desnudos y heridos.

Esto llegó al conocimiento de todos los que habitaban en Éfeso, tanto judíos como griegos, y trajo un saludable temor a todos, siendo al mismo tiempo glorificado el nombre del Señor.

El mismo temor de Dios vino sobre la iglesia y sobre todos los que oyeron lo que había pasado con Ananías y Safira, según se consigna en Los Hechos 5: 11.

Hacemos un breve paréntesis para señalar dos cosas en que alguna vez hemos oído de querer imitar cosas acaecidas en Éfeso en aquel entonces, con la esperanza de lograr el éxito de ese tiempo en el primer caso, y contrarrestar algo también de entonces en el segundo.

Lo primero se relaciona con la salida de la sinagoga de parte de Pablo para pasar a la escuela de un tal llamado Tirano.

Recordamos un caso de un pastor que en su local – posiblemente alquilado, no recuerdo – no veía la bendición que deseaba, y pensó que mejor sería alquilar una escuela para reuniones los domingos por la mañana, que allí les iría mejor.

Lo segundo tiene que ver con las casi dos horas en que los que se oponían gritaron a viva voz:- ¡Grande es Diana de los efesios!

Un grupo de creyentes e incluso pastores, hace unos años decidieron que sería bueno trasladarse a Éfeso y allí alabar al Señor Jesucristo por dos horas, o tal vez más, no sabría decir a ciencia cierta.

De esta forma pensaban que el dominio de la falsa diosa Diana sobre la ciudad se rompería ¡y la misma se podría así conquistar para Cristo!

Del primer caso decimos:- guardémonos de la tontería de imitar superficialmente lo que el Señor hizo en el pasado, queriendo trasladarlo al presente.

De lo segundo, sencillamente que ¡Dios no funciona de esa forma!

Continuando ahora, tomamos el versículo 18 del capítulo 19 en que estamos:- “Y muchos de los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos.”

Como en todo auténtico obrar de Dios, había profunda convicción de pecado. El mismo se traducía en sincero arrepentimiento, y muchos que se sentían muy compungidos tenían que venir a confesar y dar cuenta de sus hechos.

En contraste, recordamos el caso de un supuesto convertido, que compartiendo su “testimonio” – de esto hace unos buenos años – nos decía que en su pasado había atracado bancos robando millones – todavía era el tiempo de peseta.

Le pregunté si había devuelto ese dinero, y sorprendido me dijo que no - ¡que el Señor no le había dicho nada de eso!

Seguramente que ese dinero ya lo habría despilfarrado, pero la muestra de un verdadero arrepentimiento que llegase a una genuina conversión habría sido ir a confesar lo que había hecho, aun con el riesgo de ser encarcelado, y de no ser así, trabajar e ir devolviendo el dinero en la medida que pudiese.

Recuerdo que antes de convertirme, teniendo unos once o doce años de edad y siendo boy scout, una vez tuve que subir al tren con prisa para no perderlo, y no tuve tiempo de sacar el pasaje en la taquilla. El tramo que viajaba era muy corto – solamente dos estaciones cercanas una de la otra, y como no pasó el interventor bajé sin pagar.

Otro boy scout viajaba conmigo, y uno de los lemas era hacer una buena acción cada día, y como a él le había pasado lo mismo, dijo con mucha sorna “Ya hemos hecho la buena acción para hoy.”

Años más tarde, ya convertido y mientras estaba cursando el segundo en la escuela bíblica, me sentí movido a ir a la oficina de la terminal de ese ferrocarril para confesar lo que había pasado y ofrecer el pago correspondiente.

Como la suma era muy pequeña y ya habían pasado unos diez u once años, dijeron que no me preocupase, que no debía pagar nada. Por lo tanto esa pequeña suma, aunque en esos días la verdad es que no tenía un buen pasar, la doné a la obra del Señor, con un pequeño excedente.

Resumiendo sobre el particular, cuando se ha robado o defraudado, corresponde que se reintegre y con excedente también, teniendo en cuenta que la ley mosaica estipulaba “con cuatro tantos” (ver Éxodo 22: 1) y ver también 2ª. Samuel 11: 6 y Lucas 19: 8b.

Si se ha ofendido a alguien de palabra o por algún hecho concreto, el verdadero arrepentimiento ha de moverlo a uno a ir al ofendido confesando el mal que se le ha hecho, sin excusas ni atenuantes, y humildemente pedirle perdón. Y si se ha causado algún daño material, resarcirlo debidamente.

Para que no sea hago demasiado largo este capítulo suspendemos aquí, para continuar en el siguiente.

----- () -----

CAPÍTULO 16.- La iglesia en Éfeso. (b)

Continuando con el tema del título, otro punto importante se puntualiza en el versículo 19 del mismo capítulo:- “Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos.”

En Deuteronomio 18: 10-12 el Señor prohibía, y desde luego que lo sigue haciendo, todo lo que pudiera relacionarse con el ocultismo, ya sea adivinación, agoreros, sortílegos, hechiceros, ni encantador, ni mago, ni quien consulte a los muertos y un largo etcétera. Se añade que esas prácticas son una abominación para con Jehová, y debido a las mismas Él iba a echar las naciones que habitaban en la tierra de Canaán.

La experiencia nos ha enseñado que en muchos casos creyentes que antes de su conversión han practicado el ocultismo en alguna de sus múltiples ramificaciones, necesitan hacer un corte, renunciando de forma categórica, incluso quemando cualquier libro o ropaje o elemento usado en dicha práctica, hecho lo cual con oración en el nombre de Jesucristo se debe romper todo vínculo que se ha tenido.

Muy posiblemente en el que hay que hacerlo con mayor énfasis y energía es cuando se ha tenido alguna participación en el espiritismo – consultar a los muertos – una práctica eminentemente diabólica.

En Éfeso abundaba la magia y el obrar de Dios la desenmascaró, y los convertidos vieron la necesidad imperiosa de quemar los libros y desvincularse de ella por completo.

El comentario que resume las cosas en el versículo 20:- “Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor” nos da a entender que era así - de esa forma radical y sin medias tintas.

El contraste es cuando no ocurre mucho, o nada de ello, y a la larga resulta una obra débil, con mucho de la pasada manera de vivir sutilmente enmascarado, pero todavía firmemente en pie.

El tributo más elocuente a la fecunda y maravillosa labor de Pablo en Éfeso – por la gracia del Señor, se sobreentiende – está dado en el versículo 26 del relato, y por boca de un platero llamado Demetrio.

“...pero veis y oír que este Pablo, no solamente en Éfeso, sino en casi toda Asia, ha apartado a muchas gentes con persuasión, diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos.”

¡Qué culminación tan preciosa después de un comienzo tan poco promisorio!

Como ya vimos, unos doce discípulos, casi seguramente de Apolos en la etapa en que todavía no había conocido el camino de Dios más exactamente – (ver Los Hechos 18: 26) – que ni siquiera habían oído si había Espíritu Santo; después, al predicar primero en la sinagoga, como

era su costumbre, encontrándose con que algunos judíos endureciéndose, hasta llegaron a maldecir el Camino delante de la multitud.

Teníamos la idea de que la iglesia de los efesios sumaría algo así como unas cien almas, o poco más, pero a la luz de las palabras del platero Demetrio citadas más arriba pensamos que en total sumarían varios centenares, y si se incluye a los de casi toda la región de Asia – “muchas gentes” – tendríamos que pensar en unos buenos millares.

¡Por cierto que el gran apóstol estaba en tiempo de abundante cosecha!

Pero tenemos que continuar, ya que las Escrituras nos dicen mucho más acerca de la iglesia de los efesios.

Tomamos ahora su despedida de los ancianos de la iglesia, a los cuales había mandado a llamar para que viniesen a la isla de Mileto, pues no deseaba detenerse en Éfeso por el gran deseo que tenía de llegar a Jerusalén, si fuera posible, a tiempo para la fiesta de Pentecostés.

En su discurso de despedida se destacan varios puntos importantes.

El primero es el esmero realmente ejemplar y sobresaliente con que había trabajado entre ellos.

En medio de pruebas por las asechanzas de los judíos, con toda humildad y muchas lágrimas, impartiendo cuanto fuese útil públicamente y por las casas. Esto, con dos puntos clave en que estaba centrada su enseñanza, a saber: arrepentimiento para con Dios y fe en nuestro Señor Jesucristo, (20: 19-21) pero seguramente de una manera tan exhaustiva que la resumía diciendo que les había dado todo el consejo de Dios. (20: 22)

En el versículo 31 tenemos estas increíbles palabras: “...por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno.”

Tiene necesariamente que haber sido que el Señor le daba una vitalidad tan sorprendente, de otra forma no podría prodigarse de forma tan formidable, casi inaudita.

En medio de su discurso les había dicho que él sabía que ya no volverían a ver su rostro. Al terminar, se puso de rodillas y oró con todos ellos, tras lo cual se le echaron al cuello con gran llanto, y le besaban, tan dolidos de que no le verían nunca más.

En eso vemos el gran amor que sentían por él, como no podía ser de otra forma:- había sido el padre espiritual que como maestro les había impartido tanto, y además un ejemplo en su vida y conducta como seguramente no habían visto ningún otro, y que, además de eso, con ternura y lágrimas les había enseñado, exhortado y amonestado.

El amor engendra amor, y había derramado tanto amor entre ellos, que le amaban entrañablemente. La gracia del Señor a través de él les había comunicado raudales de todo lo noble, virtuoso, sabio, amoroso y verdadero – cuanto tenían y sabían se lo debían a él, el vaso maravilloso que los colmó de bienes espirituales.

Hacemos ahora un breve paréntesis para puntualizar dos cosas de importancia.

La primera es que, diferencia de lo que se enseña en algunas partes, tanto anciano, como pastor y obispo son tres funciones propias de un mismo cargo.

Efectivamente, el versículo 17 del capítulo 20 se refiere a los ancianos que había mandado llamar, y hablándoles a ellos mismos en el versículo 28 les dice que el Señor los había puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, lo cual es sin duda la labor del pastor.

La misma verdad en cuanto a anciano y obispo surge claramente de Tito 1: 5-7, y en cuanto a anciano y pastor en 1ª. Pedro 5: 1-3.

Si designamos entonces al anciano con la letra A, al obispo con la B y pastor con la C, tenemos la siguiente sencillísima ecuación: Si A es igual a B, y A es también igual a C, necesariamente A, B y C son iguales, es decir, como ya queda dicho, tenemos tres funciones dentro de un mismo cargo.

Además resalta por las tres citas que hemos tomado que siempre era en el plural, si bien cabe que por diversas razones, a menudo puede darse el

caso de que uno sea el que sobresale y toma la iniciativa, aunque, idealmente, secundado y totalmente apoyado por los demás.

La segunda es delicada porque se trata de señalar un error de este gran apóstol, lo cual puede parecer fuera de lugar y una verdadera osadía o temeridad.

No obstante, lo hacemos con un espíritu manso y sin desmerecer en lo más mínimo las cualidades maravillosas que él ostentaba.

Nos referimos a su subida a Jerusalén al terminar su tercer viaje misionero. Llevaba una ofrenda que las iglesias de Macedonia habían levantado destinada para los pobres que había entre los santos que estaban en Jerusalén. (Ver Romanos 15: 26)

Tenía un gran deseo de que la misma fuese aceptada (Romanos 15 : 31) y pensaba que sería una forma de aplacar la ira de judíos rebeldes que veían con malos ojos su obra entre los gentiles, de la cual se decía – falsamente, desde luego – que enseñaba a los judíos que estaban entre los gentiles a apostatar de Moisés, a no circuncidar a sus hijos ni observar las costumbres judías. (Los Hechos 21: 21)

Aparte del hecho de que en todas las ciudades el Espíritu Santo le daba testimonio de que le esperaban prisiones y tribulaciones (Los Hechos 20: 23) y de la profecía de Agabo en 21: 10-11 confirmando lo anterior, tenemos las palabras de los discípulos en Tiro que “...decían a Pablo por el Espíritu que no subiese a Jerusalén.” (21: 4)

Sin embargo su deseo era tan grande - ¿Y qué hacer con la ofrenda que llevaba, acompañado de otros hermanos? – en fin, no hubo forma de disuadirlo.

Lo peor del caso fue la situación completamente contradictoria a que llegó al seguir el consejo de Jacobo y los ancianos de Jerusalén de agregarse a cuatro hombres que tenían obligación de cumplir voto. Al hacerlo - ¡purificarse con ellos! – (21: 26) leemos las casi increíbles palabras: “Entonces Pablo tomó consigo a esos hombres, y al día siguiente, habiéndose purificado con ellos, entró con ellos en el templo, para

anunciar el cumplimiento de los días de la purificación, cuando había de presentarse la ofrenda por cada uno de ellos.”

El hombre que sabía muy bien y había enseñado que “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos justicia de Dios en él.” (Ver 2ª. Corintios 5: 21) – ahora, queriendo aplacar la ira de los judíos a que nos referimos, se sitúa en una situación de prácticamente negar esa verdad tan fundamental, reiterada de muchas maneras en sus propias epístolas. Por ejemplo, expresada de una forma u otra, la tenemos en Tito 2: 13-14, y 3: 4-5, Romanos 3: 28 y 10: 4, etc. etc.

Y para colmo de males, cuando estaban por cumplirse los días de la purificación, los judíos, lejos de quedar complacidos, al verle en el templo alborotaron la multitud, le echaron mano, y hasta querían matarlo. (21: 27 y 31)

En suma, un soberano desastre, por desatender lo que se le había advertido, si bien con el gran atenuante, en su gran pasión por Cristo, de estar dispuesto “...no sólo a ser atado mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.” (21: 13)

Agregamos a esto una reflexión que creemos es de mucho peso. Si bien el Señor de ninguna manera dejó de guardarlo, usarlo y consolarlo, la tónica del libro de Los Hechos de ahí en más cambia por completo. Verdad es que en el relato de lo acaecido que se extiende hasta el final del libro, hay cosas de interés e inspiración, pero sin embargo ya no vemos esas manifestaciones de gracia, poder y fruto abundante que eran el sello distintivo de su ministerio hasta esa etapa.

¡Confío en que en el más allá no me toque recibir un fuerte tirón de orejas de este gran apóstol! Ayer mismo, estando en comunión con un joven hermano mientras tomábamos un cafelito, le manifesté que sin desmerecer a Pedro, Juan y ningún otro, lo considero como el siervo más sobresaliente y encumbrado del Nuevo Testamento.

Como esta segunda parte se ha prolongado bastante, suspendemos otra vez para continuar en el capítulo siguiente.

----- () -----

Capítulo 17.- La iglesia en Éfeso. ©

El paso siguiente en nuestra marcha es la epístola a los efesios, escrita estando preso, “...embajador en cadenas” como el mismo se llama. (Efesios 6:20) No corresponde que tratemos de considerar en detalle todo el contenido de esta epístola, riquísima desde todo un punto de vista. Nos limitamos a señalar algunos puntos importantes.

“...habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones. (1:15-16)

La distancia no lo separaba de su amor y constantes oraciones a favor de ellos, y le sirven de trampolín para lanzarse a la primera de sus dos grandes oraciones – la segunda está hacia el final del capítulo 3. La profundidad de las mismas es maravillosa y en una obra anterior las hemos comentado en bastante detalle, agregando que aparte del Padre Nuestro y la oración sumo sacerdotal de Jesús en San Juan 17, no creemos que haya ninguna en toda la Biblia que la supere, o tal vez que la iguale en riqueza y densidad de contenido.

Sobre todo la del tercer capítulo se eleva a alturas tan majestuosas, que la hemos calificado – por usar un símil imaginario – de un alpinista que ha escalado hasta la cumbre del Everest en los Montes Himalaya.

Pero de esa oración tan estupenda, pasa, como hombre muy práctico, que también era, en dar exhortaciones y consejos relacionados con la vida diaria. Empieza por decirles que anduviesen con toda humildad y mansedumbre (4: 2b) lo cual es una reiteración de lo que el Señor Jesús dijo en Mateo 11: 29 – “...aprended de mí que soy manso y humilde de corazón...” Enfatiza seguidamente la necesidad de ser solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, señalizando lo que consideramos las siete columnas de la sabiduría a que se aluden en Proverbios 9: 1. “Un cuerpo, un Espíritu, una misma esperanza, un Señor, una fe, un bautismo y un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos.”

Vemos en medio de todo al Señor Jesús, cuarto con tres citados antes y tres después, como la pieza central clave, y el Dios y Padre de todos en ese lugar de supremacía que ya hemos visto en un capítulo anterior que las Escrituras hacen notorio que Él es quien lo ocupa.

De paso, en cuanto a la unidad, debemos recalcar lo que se ha dicho con tanto acierto:- no se nos exhorta a crearla, sino a guardarla.

El resto del capítulo 4, como así también el 5 y la mayoría del 6, tratan prácticamente de todos los aspectos de la vida cotidiana que nos podamos imaginar. Enumeramos algunos: la limpieza y santidad en la vida diaria, la relación matrimonial, la paternal y filial de padres e hijos respectivamente, siervos y amos, el aprovechar bien el tiempo, con entendimiento de cual es la voluntad de Dios, y que, lejos de embriagarse con vino – todo lo contrario, que fuesen llenos del Espíritu, con alabanzas y acciones de gracias, etc.

Estimamos oportuno ahora comentar el pasaje del capítulo 6 que se extiende del versículo 10 al 20, antes de las saluciones finales. Trata de lo que se suele denominar “guerra espiritual” y nos tememos que en algunos círculos, ostentando bastante inmadurez, se lo interpreta erróneamente.

Nos explicamos: uno recuerda en alguna reunión abierta con participación de hermanos jóvenes, oír cosas como “echamos al diablo de España” y también el uso de expresiones altisonantes, tales como “Venimos a dinamitar fortalezas diabólicas y hacer temblar el mismo infierno,” o cosas así por el estilo. Son cosas que agradan al ego, pero están totalmente reñidas con la verdad de la mayoría del pasaje, que está enfocada hacia la guerra defensiva. Veamos: “para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo” (versículo 11b) – “...para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes” (13b) y “con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno.” (16b)

Para algunos la guerra espiritual resulta una verdadera obsesión. Recuerdo que hace algún tiempo, mi esposa – como gran lectora que es – me hizo saber que en uno de los escritos de estos apasionados por guerrear contra el enemigo, había leído una parte en que se decía que en

los años previos ya se había salvado un número considerable o bastante de almas, y que de ahí en más el ministerio debía enfocarse en luchar contra el enemigo y derribar sus fortalezas – una locura descabellada.

Pero entonces, ¿nuestra lucha sólo debe ser defensiva? Por supuesto que no – también ofensiva – pero haciendo las cosas que desagradan a la carne y el enemigo: “orando en todo tiempo con toda oración y súplica” (6:18) y tomando “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.” (6:17b)

Tal vez sea oportuno recordar dos cosas en cuanto a esto último. Una es que en el Antiguo Testamento la espada se empuñaba con la mano, mientras que en el Nuevo se la emplea por la boca. (Ver Apocalipsis 1: 16) La otra es que, si bien en Hebreos 4: 12 dice que la palabra de Dios es más cortante que una espada de dos filos, debemos recordar que esa espada es del Espíritu, como Pablo lo señala en Efesios 6:17b ya citado. En otras palabras, no es nuestra, y tristemente algunos, ignorándolo u olvidándolo, se han vuelto en carniceros espirituales, si cabe la expresión, y desde luego, haciendo mucho daño.

Sí, la oración y la palabra son las armas ofensivas, y haciendo buen uso de ellas se habrá de ganar terreno y arrebatarse almas de las garras del maligno, y también nutrir y fortalecer a los creyentes a fin de que maduren espiritualmente y sus vidas sean sanas y fructíferas.

Debemos señalar aquí que en la iglesia primitiva, en Jerusalén, cuando se presentó el problema de la murmuración porque las viudas de los griegos eran desatendidas, los doce apóstoles supieron muy bien qué era lo que tenían que hacer – nada de cambiar de rumbo o de enfoque. Después de proponer la elección de diáconos, agregaron con todo énfasis: “Y nosotros persistiremos en la oración y el ministerio de la palabra.” (Los Hechos 6: 4) Es decir, las dos armas ya señaladas; ni ellos, ni Pablo en Éfeso, pensaban que ya se habían convertido bastantes almas, y ahora había que pasar a la guerra espiritual.

Tampoco hay el menor indicio de que ellos en Jerusalén, o Pablo en Éfeso, procediesen a “atar al hombre fuerte de la ciudad” como algunos señalan que hay que hacer, supuestamente para que las personas queden en

libertad, y puedan así convertirse. Aparte de no haber indicio alguno en ese sentido, semejante cosa tiene entre otros, el error de quitar la responsabilidad personal – ellos están atados – no pueden – así que nosotros los desatamos y así podrán. En casos individuales y con discernimiento y conocimiento de causa, desde luego que esto procede, pero de ninguna manera como regla general, indiscriminadamente y a una ciudad entera.

Un caso muy aleccionador en cuanto al hacerlo de forma individual es uno del que nos enteramos a través de una fuente muy fidedigna. Había un hombre al cual unos hermanos querían llevar al Señor. El hombre quería, pero al llegar al punto de hacerlo se sentía totalmente imposibilitado. Indagando, después de poco encontraron que tenía una cadenita con una pequeña placa. En letras muy diminutas decía que se lo encomendaba al espíritu que lo había sanado y lo reservase para el mismo fin suyo. Al preguntarle los hermanos a qué se debía, les contestó que había asistido a una reunión espiritista, en la cual había sido sanado, no recuerdo de qué enfermedad. Entonces los hermanos con mucho tino le quitaron la cadenita y la destruyeron, e invocando el nombre del Señor Jesús rompieron todo vínculo con el espíritu que lo había sanado. Casi curiosamente, diríamos, le volvió la enfermedad. No obstante, pudo hacer la oración de recibir al Señor Jesús y entregarle su vida, y luego oraron por la enfermedad y esta vez quedó limpiamente sanado por la virtud del Nombre sobre todo nombre. Sin duda, un caso muy puntual en que había que desatar a uno que estaba cruelmente atado por el maligno.

También hemos sabido de escritos de ciertos “expertos” en la materia de conquistar ciudades para Cristo, identificando primero al mal espíritu que está sobre ellas – el hombre fuerte de la ciudad, como se le suele llamar.

¿Es que se piensa que con esta técnica tan avanzada, pero totalmente ausente en las Sagradas Escrituras, se van a conquistar ciudades enteras, como Nueva Cork, París, Londres o Berlín?

Recordamos que hace unos buenos años, estando de misionero en la Argentina, nos enteramos que había quienes habían estado aplicando esa táctica – por darle un nombre cualquiera. Irónicamente, al año o dos las

estadísticas mostraron que el crimen y la delincuencia habían aumentado considerablemente.

Además, este concepto de conquistas masivas ¿de qué manera se lo puede relacionar con el pasaje de Mateo 7: 13-14 en que Jesús dijo claramente “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.”

Redondeamos sobre el tema diciendo que Dios nos ha dado – valga la comparación – la plomada de Su palabra, la Biblia – las Sagradas Escrituras, y tal como se nos dice en Isaías 8: 20 “! A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.”

----- () -----

Capítulo 18.- El profeta Amós.-

Al leer en estos días el libro de Amós en mi lectura diaria y consecutiva de la Biblia, se me ha despertado un deseo de escribir sobre el autor, el profeta Amós. Su libro es el tercero en el orden en que aparecen los doce comúnmente llamados profetas menores, precedido por Oseas y Joel. El nombre Amós significa carga o cargado, en el sentido de alguien que en su espíritu lleva una verdadera carga de hablar la palabra del Señor. Como verdadero profeta o siervo del Señor, tenía rasgos particulares y muy personales, que le daban una originalidad distintiva. Eso sí, concordaba con los demás en algo que caracterizaba a todos y los diferenciaba de los falsos. Mientras éstos vaticinaban paz en tiempos de desobediencia e idolatría, aquéllos – los auténticos – siempre anunciaban juicio y severo castigo, para que, a la postre, logrado el efecto punitivo y correctivo de los mismos, sobreviniese un tiempo de restauración y bendición. La profecía de Amós tuvo lugar en tiempos de Uzías, rey de Judá – también llamado Azarías – y de Jeroboam, rey de Israel, hijo de Joás y bisnieto de Jehú. No debemos confundirlo con Jeroboam, hijo de Nabat, que también reinó

sobre Israel, Se agrega que fue dos años antes del terremoto. (Amós 1: 1). El mismo fue en días del rey Uzías. La única otra mención está en Zacarías 14: 5 y si bien no tenemos en las Escrituras ningún otro pormenor, la forma que se lo menciona echa de ver que fue un hito en la historia de Israel. Amós era un pastor humilde y sencillo – uno entre varios otros – pero el Señor vió en él algo que sin duda era de su agrado, y lo llamó a un destino más alto, al igual que anteriormente a David, que también era pastor de ovejas. Del lugar de su procedencia – Tecoa – sólo tenemos otra referencia – también anterior – en que se nos hace saber que Joab, hijo de Sarvia, general del ejército

de Israel, tomó de allí una mujer astuta, con el fin de persuadir al rey David que llevase a cabo el deseo que tenía de traer de vuelta a su hijo Absalón, que estaba desterrado al huir, después de matar a su hermano Amnón, como venganza por haber humillado a su hermana Tamar. Lo cierto es que ese llamado del Señor le confirió a Amós una autoridad y un talante profético que era a la vez singular y muy notorio. En los dos primeros capítulos, en su manera tan peculiar – por tres pecados de (tal país) y por el cuarto – pronuncia juicios contr varias naciones. Veamos: tras el rugido desde Sión por el mal de su propio pueblo, pasa a Damasco y Siria, después a Gaza y los filisteos, a Tiro, a Edom, a Amón, Moab y finalmente Judá e Israel. En cada caso se afirma que el juicio no se revocaría, y a continuación se da la razón. Damasco y Siria por haber trillado a Galaad; a Gaza y el resto de lo filisteos por haber llevado cautivo y entregado a Edom a todo un pueblo; a Tiro por la misma razón, pero agregando que lo había hecho olvidando el pacto de hermanos. Esto probablemente se refiera al rey Hiram de Tiro que había tenido mucho aprecio y respeto por David y su hijo Salomón, entrando en un pacto de mutuo servicio. (Ver 2a. Crónicas 2: 3-16) A Edom por perseguir a espada a Israel y guardarle perpetuo rencor . A Amón porque para ensanchar sus tierras habían procedido cruelmente contra las mujeres encintas; a Moab por quemar los huesos del rey de Edom hasta calcinarlos. Vemos que siempre había una razón, y significativamente, si bien los anteriores habían sido por atacar o enseñarse contra Israel, en el caso de Moab por haber actuado mal contra otro pueblo – Edom y no Israel. Aun cuando no está en el libro de Amós, tenemos un precedente muy importante en 2a.

Reyes 5: 1 donde se nos dice que «Naamán, general del ejército de Siria era varón grande delante de su señor y lo tenía en alta estima porque por medio de él había dado Jehová salvación a Siria.» Nos hemos extendido en algo sobre los juicios de Dios sobre cada nación, para hacer recalcar el hecho de que las juzga a todas, no solamente a Israel, y en el caso particular de Siria, a través de Naamán le había dado salvación a nada menos que este país, que en un sentido era enemigo declarado de Israel.

Actualmente no podemos discernir con claridad juicios del Señor contra naciones contemporáneas, como Alemania, Francia, Gran Bretaña y la misma España. No obstante, no por eso hemos de pensar que no interviene para nada en los problemas internacionales y mundiales como algunos piensan erróneamente. Ya sea a breve o a largo plazo, Él se encarga de juzgar con Su justicia y rectitud supremas e inapelables, así como lo hace con cada individuo, si bien en este último nivel personal para muchos será en el más allá, mientras que para las naciones como las conocemos ahora, tendrá que ser antes del siglo venidero, porque en el mismo ya no existirán como tales. Algo que aparece en todos los juicios a países e incluso a Judá, en el pasaje que abarca todo el capítulo primero y hasta el versículo 5 del segundo es «...prenderé fuego en el muro y consumiré sus palacios.» Esta palabra palacios la encontramos muchas veces en este libro de Amós, posiblemente más que en cualquier otro libro de la Biblia. Nos habla de príncipes y grandes señoritos viviendo en lujo y opulencia extremos, y cometiendo toda clase de fechorías, injusticias e inmoralidades, y hasta atropello descarado de los humildes – todo ello en aquel entonces, pero no necesariamente siempre. Para ellos sólo cabía el ser quemados por el fuego del juicio divino, y Amós así lo proclama reiteradamente con toda valentía y de la manera más tajante. Pero si en esos juicios pronunciados contra diversos países y Judá en la primera parte del libro ya citada, los mismos son sumamente condenatorios, esto se hace todavía más severo al dirigirse a Israel, el reino del Norte, con Samaria como capital. Les señala sus maldades e idolatría una tras otra, sin que ninguna quede omitida o pase desapercibida. La forma en que se explotaba a los desvalidos, al justo y al pobre, quedan denunciadas categóricamente como también la abominable iniquidad de que el padre y el hijo se llegaban a la misma joven, profanando «así el santo nombre del

Señor. Les recuerda las muchas bondades recibidas de lo alto al conducirlos por el desierto por cuarenta años para darles la tierra prometida, y la de levantar de sus hijos como profetas y sus jóvenes para que fuesen nazareos. Pero ¿cuál fue la forma en que respondieron a esas múltiples mercedes? Dieron de beber a los nazareos para que dejaran de cumplir su voto, y mandaron a sus profetas que callaran y no proclamaran el mensaje divino. A raíz de todo eso, el Señor, lleno de ira santa, afirma por medio de Amós que habrá de apretarlos de tal manera que ninguno de ellos escapase, con la terrible sentencia

de que el esforzado de los valientes, habría de huir desnudo el día que el Señor arreglase las cuentas con ellos. Sería muy extenso comentar sobre todas las denuncias de pecado y la predicción de juicios y castigos severísimos. Con todo, tomaremos algunas más, como la de proclamar en los palacios de Asdod de los filisteos, y en los de Egipto – países paganos a diferencia de Israel, pueblo escogido por Jehová – que viesan las muchas opresiones y violencias de Samaria, de un pueblo que «...no saben hacer lo recto, atesorando rapiña y despojo en sus palacios». En el capítulo 4 Amós denuncia los sacrificios y diezmos que traían, pero saturados de maldad, de tal forma que los hacía abominables ante Jehová. Y les hace saber de juicio y castigo que el Señor había dispuesto contra ellos a fin de que se arrepintiesen – hambre, falta de pan, sequías, la oruga y la langosta para devorar sus huertos y viñas, y aun castigos mayores, pero con el triste agregado de «...mas no os volvisteis a mí.» repetido nada menos que cinco veces. Como resultado de eso, la solemne advertencia de que se preparasen para venir al encuentro de su Dios, (4: 12b) advertencia ésta que en algunas ocasiones se ha empleado en mensajes evangelísticos. En el capítulo 5, después de reiterar los juicios que se avecinaban, tenemos una misericordiosa exhortación a que cambiasen su actitud y comportamiento: «Buscadme y viviréis» (5: 4) reiterada dos versículos más adelante:- «Buscad a Jehová y vivid» y una tercera en el versículo 8: – «Buscad al que hace las Pléyades y el Orión.» Esta tercera me trae al recuerdo de cuando la leí por primera vez, siendo muy joven, y no sabiendo que significaban esos dos nombres me puse a averiguar. Como resultado me hice bastante aficionado, pero como un modesto principiante, a la astronomía (estrellas y constelaciones); creo recordar

que con la ayuda de un hermano que tenía un pequeño telescopio miramos una noche las estrellas, y luego leyendo un libro sobre astronomía y estudiando los mapas del cielo que tenía, empecé a reconocer las constelaciones y estrellas principales, como el Orión y las Pléyades, y también Arturo, la Cruz del Sur, y muchas más. Fue una forma muy práctica de tomar mayor conciencia de la grandeza inescrutable del Supremo Creador. «Hijos de Israel, ¿no me sois vosotros como hijos de etíopes, dice Jehová? (9: 7) Otra fuerte denuncia del mal profundamente arraigado en Israel. No podemos menos que relacionarla con Jeremías 13: 23: «¿Mudará el etíope su piel y el

leopardo sus manchas? Así también ¿podréis vosotros hacer bien estando habituados a hacer mal? » El mentir, engañar, cometer fechorías de las más terribles se habían vuelto una costumbre tan fuerte, que Jeremías, con mucha anterioridad a Amós ya las había equiparado a esos dos imposibles – que el etíope mudase su piel de negro tan intenso, y que el leopardo se quitase sus manchas – como que ellos, como malos empedernidos que eran, pudieran hacer el bien. Los que vivimos ahora en la dispensación de la gracia del Señor Jesús y del Espíritu Santo, podemos considerarnos altamente agraciados. Lo más oscuro de nuestras vidas y las manchas más horrorosas de nuestro pasado, se han transformado en blancura inmaculada por la preciosa y bendita sangre del Cordero, y la obra del Espíritu Santo en nuestro interior soy profeta, ni hijo de, trocando los malos hábitos de nuestra vida pasada por una disposición totalmente opuesta, brotada del nuevo corazón que nos ha dado. (Ver Ezequiel 36: 26) La denuncia del pecado y las amenazas de juicios severísimos por parte de Amós trajo una reacción en Israel que nos habla a las claras del poder y la autoridad de sus palabras. Había un sacerdote en Betel, donde en tiempos de Jeroboam I, hijo de Nabat y por orden suya, fue levantado uno de los dos becerros de oro – el otro estaba en Dan, más al Norte – para que los adoraran. Se llamaba Amasías, y dirigiéndose al rey Jeroboam II, bisnieto de Jehú como ya dijimos, le dijo: «Amós se ha levantado contra ti en medio de la casa de Israel; la tierra no puede sufrir todas sus palabras.» !Qué testimonio elocuente del poder y la autoridad que el Señor le había conferido a este humilde pastor! Siguió una exhortación dirigida a él por Amasías en tono despectivo: «Vidente,

vete, huye a tierra de Judá, y come allá tu pan, y profetiza allá, y no profetices más en Betel, porque es santuario del rey y capital del reino.» (7:12-13), En estos tiempos de tanta corrupción e iniquidad, ¡qué bien vendría que el Señor levantara un profeta de semejante calibre! Aunque tal como están las cosas, pensamos que inevitablemente terminaría en el martirio. En el mismo capítulo, en la primera parte, lo vemos a Amós en otro rol – el de intercesor – y de una manera muy particular. En efecto, al anunciar el Señor dos juicios sobre Su pueblo, Amós intercede: «Señor Jehová, perdona ahora; ¿quién levantará a Jacob? porque es pequeño.» Le hace pensar a uno en el territorio de Israel, que es comparativamente pequeño, y hay países vecinos de mucha más extensión geográfica, como Irán, por

ejemplo, que mucho quisieran apoderarse de su territorio. Debe ser porque «...es la más hermosa de todas las tierras, según se señala en Ezequiel 20: 6 y 15. Además en Deuteronomio 8: 7-9 tenemos una descripción amplia de sus riquezas – «tierra de arroyos, de aguas, de fuentes y manantiales que brotan de vegas y montes; tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y granados, tierra de olivos, de aceite y miel; tierra en la cual no comerás el pan con escasez ni te faltará nada en ella.» Retomando el hilo, lo cierto es que la intercesión de Amós ante el Señor surtió efecto y se arrepintió Jehová en las dos ocasiones. No obstante hubo una tercera en que se le hizo ver una plomada de albañil, con el agregado: «Yo pongo plomada de albañil en medio de mi pueblo Israel; no lo toleraré más.» (7:8b) El mal y la idolatría habían llegado al extremo y predice que los lugares altos serían destruidos, los santuarios de Israel asolados y se levantaría con espada sobre la casa de Jerooam II. Sobrevinieron nuevas amenazas de juicios severísimos en el pasaje que se extiende del capítulo 8 y buena parte del 9, pero en el versículo 9 de este último se da una esperanza para los pocos justos que había en ese entonces. «Porque he aguí yo mandaré que la casa de Israel sea zarandeada entre las naciones, como se zarandea el grano en una criba, y no cae un granito en la tierra.» Después de todo esto, como adelantamos, la promesa de restauración futura, una vez que el escarmiento hubiese surtido el efecto saludable de que se volvieran de veras a su Dios. En medio de esa promesa de restauración está la primera parte de 9:13b:-

«He aquí, vienen días, dice Jehová, en que el que ara alcanzará al segador...» Estas palabras, años atrás supusieron un bálsamo y un consuelo para quien esto escribe. Efectivamente, se encontraba en un largo período de quebrantamiento, mientras que veía que otros mucho más jóvenes escalaban posiciones rápidamente. Y gracias al Señor, después de unos buenos años vino la época de segar, y bien ha valido la pena toda esa larga etapa anterior. Sirvió para humillarlo a uno y enseñarle muchas cosas, y en un sentido, para que al venir la hora de cosechar bendiciones uno supiese mantenerse muy pequeñito y a los pies del Señor. Como agregado final, añadimos que a este profeta auténtico y tan singular, le correspondió el honor de que dos de las sentencias importantes que le dió a pronunciar el Señor, se citan en el Nuevo Testamento. La primera corresponde al cap. 5: 25-27 que citó Esteban en su discurso antes de ser muerto, y la segunda hacia el final del libro:- 9: 11-12 y fue utilizada por Jacobo en Los Hechos 15: 15-18 cuando se dirimió en el concilio de Jerusalén el gran problema que planteaban los judaizantes, al afirmar que los gentiles también debían circuncidarse y guardar la ley de Moisés.

La diferencia entre la profecía de Amós tal cual aparece en su libro y la interpretación que trazó Jacobo fue que la primera daba más bien a entender una conquista material de Edom y las naciones. La segunda en cambio le da un sentido espiritual de que sobre el resto de los hombres y todos los gentiles, sería invocado Su nombre. Gracias al Señor, nosotros los gentiles estamos perfectamente incluidos en esta dicha. Concluimos diciendo que en Amós tenemos un ejemplo maravilloso de lo que puede hacer el Señor con la pequeñita vida de un humilde boyero.

----- () -----

Capitulo 19.- Análisis del estupendo primer capítulo de Efesios (a)

En el capítulo anterior sobre la iglesia en Éfeso, nos referimos a la epístola dirigida a la misma por el apóstol Pablo mientras estaba preso en Roma. Expusimos sobre ella de forma más bien somera o sucinta, excepto la parte del último capítulo antes de las saluciones finales – sobre la

armadura de Dios – 6: 10-20 – y sobre el cual nos explayamos con bastante amplitud.

Unos días atrás, después de recorrer y estudiar la totalidad del libro de Hebreos dos o tres veces juntamente con mi esposa, pasamos a Efesios. Al leer el primer capítulo pudimos visualizar algunos puntos como nunca lo habíamos hecho antes, y muchos de los que ya habíamos absorbido antes se nos volvieron a presentar con tal frescura que mi mujer me animó a ponerlo por escrito.

Paso a continuación entonces a hacerlo, recalcando que nos ceñiremos al primer capítulo solamente. Algunos puntos ya los he vertido en obras anteriores, pero omitirlos por esa razón dejaría un hueco grande y el cuadro total sería incompleto.

Comenzamos señalando que Pablo se dirige a los santos y fieles. Nos llegan muy profundamente estos dos vocablos – en días de tanta corrupción por un lado, e infidelidad en todos los órdenes por el otro, nos agrada sobremanera saber que ostentaban esas dos preciosas virtudes – las de ser santos y fieles. En el capítulo 4 exhortaciones como la del versículo 28 por ejemplo – “...el que hurtaba no hurte más...” me sonaban extrañas, dado que la epístola estaba dirigida a santos y fieles. Con todo, pensamos que seguramente habría entre los que se congregaban nuevos convertidos, para los cuales esa exhortación y varias más de más o menos la misma índole, no estarían demás- por el contrario se hacían necesarias.

Como en todas sus epístolas, excepto Hebreos, si, como creemos, él la escribió, en la salutación inicial comienza por desear a esos santos y fieles gracia y paz. La misma palabra gracia la encontramos no pocas veces entrelazadas con la trama de cada epístola, y también en la salutación final. En realidad, él era un depositario de una gracia tan abundante, y en el uso tan frecuente de la palabra, denotaba que todo, absolutamente todo, comienza por gracia y prosigue y se nutre y desarrolla por gracia, hasta perfeccionarse también por gracia.

En cuanto a la otra palabra – paz – debemos tener muy presente como el Señor, tanto antes de Su crucifixión, por ejemplo en Juan 14: 27 y 16: 33, como después de ella – Lucas 24: 36 y Juan 20: 19b - la pronunció ante

Sus amados discípulos. Es una bendición tan grande disfrutar de esa paz divina, que Pablo en Filipenses 4: 7 describe como “la paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento.” Uno piensa que a veces no llegamos a valorarla debidamente, sobre todo teniendo en cuenta que tantos hombres y mujeres que no tienen a Cristo a menudo viven en una triste turbación, o bien sumidos en una paz falsa – la paz que el mundo da, tan distinta de la que Él nos da. (Ver Juan 14: 27)

Tras esta salutación inicial Pablo prorrumpe en una bendición especial para con el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, por habernos bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo. (1: 3) Se sobrentiende que seguimos aquí en la tierra, pero esas bendiciones son de la esfera celestial, muy por encima de la terrenal.

Y a continuación Pablo se despacha con una verdad sorprendente y casi increíble:- “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo.” Esto nos lleva a un punto de tiempo anterior a Génesis 1: 1- “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” – y de esa forma nos brinda una ventana abierta – valga la expresión – para visualizar y sondear la actividad divina durante ese pasado – en el pretérito pluscuamperfecto, gramaticalmente hablando.

En esa actividad, intensísima desde luego, el Padre de gloria estaba escogiendo hombres y mujeres de todo rango social, de toda raza, lengua y nación, planificando de antemano sus vidas con el propósito individual y personal para cada uno de ellos, con el agregado de proveerle la ayuda idónea o el marido que le habría de corresponder, destinando a algunos al celibato, y al mismo tiempo asignándole a cada uno y cada una el lugar, y la esfera de servicio en ese propósito previamente programado.

Pero todo eso bajo el común denominador de la dicha inefable de ser personas santas y sin mancha de Él, predestinándonos en amor supremo y sublime a ser adoptados hijos Suyos – no por adopción legal y normal, sino por renacimiento por medio de Jesucristo, el Hijo Unigénito, que así había de pasar a ser el primogénito entre muchos hermanos. (Romanos 8: 29) y todo esto según el puro afecto de Su voluntad, sin que nuestro pasado, indigno y pecaminoso, significase ningún escollo imposible de superar.

Seguramente que el lector concordará con nosotros en sentir que en toda esta actividad divina, como así la hemos llamado, hay una densidad de contenido riquísima, que para hacerle justicia habría que pasar largos ratos reflexionando sobre ella, e intentando sondearla hasta donde nuestros recursos finitos y limitados nos lo permitan. Más que eso, grandes teólogos podrían escribir obras voluminosas y por cierto no agotar el tema ni mucho menos.

Pero si a todo lo dicho añadimos que todo esto no fue para un cierto número de hombres y mujeres, sino para millones, billones y trillones – tal vez elevado a la enésima potencia – entonces tenemos un cuadro que nos deja atónitos y maravillados en gran manera. Y todavía para cada uno y cada una planificación previa, con todas las derivaciones prácticas ya señaladas de lugar, tiempo y demás condiciones y circunstancias, y todo con ese fin tanpreciado y superlativo de ser hijos de un Padre tan estupendo, y hermanos hermanísimos, si cabe la expresión, de nuestro amado Hermano Mayor, y – lo repetimos, en carácter de personas santas y sin mancha, inundadas y desbordadas por ese amor infinito e insondable.

¡Qué ventana abierta, admirable y maravillosa, nos brinda en todo esto lo que ahora calificamos de la pluma tan eminentemente fecunda de este gran apóstol!

Notemos también se hace un fuerte hincapié en que todo esto es para alabanza de la gloria de Su gracia (1: 6, 1: 7b y 1: 12^a) y nos señala dos consecuencias más que se derivan de esa intensísima actividad divina previa a Génesis 1: 1. La primera es la inefable dicha de ser aceptos en el Amado Hijo (1: 6) ante el Dios tres veces santo, dicha ésta de que jamás podríamos disfrutar por otro medio alguno. La segunda es la de tener “...redención por Su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia.” (1: 7) Estábamos cautivos en territorio del enemigo y hubo que pagar un rescate que posibilitase esa redención, con el beneficio incalculable de un perdón de todos nuestros pecados absoluto, gratuito y eterno. Pero todo eso por Su sangre, la cual, sometida a un examen de

laboratorio, si cabe la ilustración, se encontraría que se trata de sangre como no se ha hallado ninguna otra en todos los anales de la historia – sin el menor vestigio negativo, es decir sangre de un varón que jamás conoció el pecado en absolutamente ninguna de sus múltiples manifestaciones; un varón que nunca padeció de enfermedad alguna ni sintió temor en lo más mínimo – en suma, la sangre de un varón perfecto en el más amplio sentido de la palabra.

Y esto nos lleva a la conclusión de que los dichosos redimidos somos por así decirlo el artículo más caro del universo – por ninguna otra cosa, ya sea animada o inanimada – ha pagado el Altísimo semejante precio.

Pero para volver a asombrarnos, en los versículos 9 y 10 Pablo pasa a despacharse con otra revelación sorprendente: “dándonos a conocer el misterio de Su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.”

Una forma práctica de ilustrar esto, que desde luego tiene una gran profundidad, la encontramos, por lo menos anteriormente – no sé si todavía existe – en lo que se llamaba el “Clearing House” de la Asociación de Empresas de Transportadores Aéreos) (I.A.T.A.) Ha habido tantos cambios en las últimas tres o cuatro décadas, que por lo menos las empresas que yo utilizo – mayormente easyJet, Ryanair, y alguna vez Blue Air y Monarch, sólo cobran por volar en sus servicios y emitir lo que se llama la tarjeta de embarque.

Anteriormente era distinto, y puede ser que actualmente, todavía haya empresas que sigan utilizando el Clearing House – no lo sé. Lo cierto es que para hacerlo fácil de comprender damos un sencillo ejemplo.

Una empresa A emite un pasaje para un pasajero de Londres a Roma, pero que de ahí a Zurich se ha de trasladar por otra empresa B de Roma a Zurich, y de ahí a Madrid por una tercera empresa C. La empresa A (aunque también podría ser la B o la C) cobra el importe total desde origen – Londres, a destino final – Madrid. Al emitir el pasaje se lo hace constar de tres cupones de vuelo- uno de Londres a Roma, el cual la empresa A se

lo retira al pasajero al embarcar, otro para el trayecto Roma a Zurich que le retira la empresa B, y otro para el tramo Zurich a Madrid, que le retira la empresa C.

Posteriormente, cada empresa envía el cupón del transporte por ella efectuado al Clearing House, y allí a la empresa que cobró el importe total se le debita por los sectores que no transportó, los cuales a su vez se acreditan a las otras empresas por los sectores que cada una transportó.

Hemos dado el ejemplo más sencillo posible, pero en realidad el proceso total casi siempre resulta mucho más complejo. Esto se debe a que generalmente la tarifa de origen a destino final es más económica que la que se obtiene con la suma de sectores, lo que da origen a un prorrateo. Pero lo cierto es que de esta forma se saldaban todas las cuentas, con débito para algunas y crédito para otras, y todo esto en una escala numérica elevadísima, por la gran cantidad de viajeros y los muchos servicios a lo largo de las numerosas rutas aéreas del mundo.

Todo esto para dar una idea, aproximada por cierto, de lo que Pablo nos está diciendo en esos dos versículos tan densos. En la dispensación del cumplimiento de los tiempos, el Dios Altísimo y Supremo se ha propuesto que Su Hijo Amado sea la pieza central clave, en la cual se han de reunir todas las cosas – las de los cielos – ángeles, arcángeles, querubines y serafines, incluso los espíritus malos – y las de la tierra, para un ajuste final de cuentas, con resultado ya sea aprobatorio o desaprobatorio, de justificación o condenación, y esto según la justicia divina, que es y será siempre suprema e inapelable.

La magnitud del propósito divino en todo esto es tan superlativa, que es para dejarnos otras vez totalmente maravillados, o bien exclamando, como David, aun cuando él lo hizo en otro orden de cosas, “Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; Alto es, no lo puedo comprender:” (Salmo 139: 6)

Como este capítulo está resultando muy extenso, suspendemos aquí para continuar en el siguiente.

----- () -----

Capítulo 20.- Análisis del estupendo capítulo primero de Efesios (b)

En el versículo 11 de este capítulo en que estamos se nos señala otra gloria, también derivada de esa intensísima actividad divina previa a Génesis 1: 1.

“En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según los designios de su voluntad.”

Es algo así como la bola de nieve que al ir rodando se va agrandando cada vez más. De la herencia que nos ha tocado, ¿qué podemos agregar a lo mucho que ya se ha dicho? Por nuestro estado pecaminoso anterior podríamos decir que estábamos como pordioseros en la indigencia más absoluta, y he aquí, pasamos a ser herederos y beneficiarios directos de bendiciones sin número y el más alto bien que se pueda concebir, tanto para esta vida presente, como para el siglo venidero. Con toda razón en el versículo 12 que sigue agrega:- “a fin de que seamos para alabanza de su gloria..”

Pero la segunda parte del versículo 11 merece que la comentemos brevemente. Hemos sido predestinados para todo esto y mucho más, pero “conforme al propósito del que hace todas las cosas según los designios de su voluntad.”

Esa predestinación se basa en su presciencia o conocimiento previo, según se puntualiza claramente en 1ª. Pedro 1: 2. La misma – Su presciencia - funciona o se desenvuelve según Su justicia y sabiduría supremas. Pero debemos tenerlo muy presente por la parte final del versículo 11 en que estamos, que Él, como el Dios Altísimo y Supremo que es, no está regido por nada ni nadie, ni tampoco consulta ni busca el visto bueno de ninguno.

Pasando ahora al versículo 13, esta herencia a la cual nos hemos referido, Pablo continúa diciendo que, habiéndola recibido primeramente él y los

que antes esperaban en Cristo, se hizo extensiva también a ellos. Efectivamente, eso fue al oír la palabra de verdad, “el evangelio de vuestra salvación” y como rúbrica o confirmación fueron “sellados con el Espíritu Santo de la promesa,” esto precedido por las palabras “habiendo creído en él”.

Estas últimas palabras hay quienes las interpretan, recordando lo de como unos doce hombres – probablemente discípulos de Apolos antes de que Priscila y Aquila le explicasen el camino del Señor más exactamente – en el sentido de que el Espíritu Santo se recibe después de haber creído – con posterioridad.

No obstante, en Juan 1: 13 se nos dice que a todos los que le reciben, los que creen en Su nombre, se les da la potestad de ser hechos hijos de Dios, engendrados no de sangre ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Por lo tanto, creemos que como regla general debemos asumir que todo el que es realmente renacido, de hecho tiene el Espíritu de Dios, si bien en su progreso y maduración deberá saber lo que es ser lleno del Espíritu.

Por otra parte, creemos que el mover de Dios no es algo que podamos encasillar y ubicar dentro de unos moldes fijos y rígidos. Personalmente, yo fui sellado con ese fuego del Espíritu que me atravesó en el interior con varias ráfagas, antes de haber creído, mientras escuchaba por primera vez el evangelio claramente presentado jstando todavía sin convertirme! Esa misma noche le dije al Señor que me arrepentía de mis pecados, y recién a la noche siguiente, que creía que Cristo había muerto por mí, pero todavía sin saber ni entender bien qué significaba eso.

A continuación Pablo agrega que ese sello del Espíritu Santo es las arras, o sea el anticipo de nuestra herencia. Nos abstenemos de comentar esto pues ya lo hemos tratado en detalle en un capítulo anterior, bajo el título “Confirmación, unción, sello y arras,” derivado de 2ª. Corintios 1: 21-22.

De ahí en más Pablo nos da todavía más contenido de revelación y glorias, derivadas todas de ese Pretérito Pluscuamperfecto, como lo hemos llamado. Se ha enterado de la fe en el Señor Jesús y del amor a todos los

santos en que todos los queridos efesios seguían perseverando. Normalmente, como cristianos tan estrechos que somos, tal vez razonaríamos diciendo “Estos van bien – oremos por otros que no andan tan bien.” Lejos de eso, esa buena noticia en cuanto a ellos – la convierte en otro trampolín, para lanzarse a una oración maravillosa y de muy largo alcance.

Empieza diciendo que no cesa de dar gracias, haciendo memoria de ellos en sus oraciones, y pasa a dirigirse al “Dios de nuestro Señor Jesucristo el Padre de gloria” como un agregado que denota que en su marcha va visualizando más de la grandeza de ese Ser Supremo, insondable e infinito.

Lo primero que pide es que les dé “espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de él” el Dios invisible, revelado en la persona de Su Hijo amado (1: 17b ¡Qué joya valiosísima es la revelación divina! La diferencia entre ella y un conocimiento mental, por más sano y correcto que sea, es verdaderamente abismal.

En el versículo siguiente donde dice “...alumbrando los ojos de vuestro entendimiento” debemos saber que la palabra que Pablo puso es *kardías*, de la cual se derivan *cardíaco*, *cardiólogo*, etc., todas ellas relacionadas con el corazón. Las cosas de Dios, si bien deben ser comprendidas por nuestra mente, para que tengan efecto en nuestra vida deben necesariamente pasar por el corazón, del cual mana la vida, como con mucho acierto se nos puntualiza en Proverbios 4: 23b.

La continuación del versículo contiene dos partes, que a menudo pasan desapercibidas en su vasto alcance. Veamos: la primera – “...para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado” nos habla de lo que nosotros hemos ganado en Cristo. La segunda – “...y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos...” de lo que Cristo ha ganado en nosotros. Esto lo hemos tratado en una obra anterior, pero confiamos en que igualmente salga con frescura y no de forma árida y repetitiva. Como ya dijimos, no volver a ponerlo dejaría un hueco en el cuadro del capítulo que estamos comentando.

“La esperanza a que Él nos ha llamado” tiene vastas proyecciones, tanto en la vida presente como en el más allá. Enumeramos algunas: perdón

gratuito, absoluto y eterno de todos nuestros pecados; una vida nueva en Él, el Amado, en el cual ahora somos aceptos antes el Dios tres veces santo,; la oportunidad y el privilegio de servirle a Él, el Rey de reyes y Señor de señores, de forma útil y fructífera, por la capacitación del Espíritu Santo que mora en nosotros desde el momento de nuestro renacimiento; el pertenecer a la familia real, como solemos llamarla, con hermanos y hermanas entrañables en casi todo lugar donde nos encontremos; el privilegio de poder siquiera en una pequeña medida participar en la comunión de Sus padecimientos, toda vez que nos toque el esfuerzo, sacrificio, o bien ser objeto de la burla de los demás. No obstante, en este último punto podemos considerarnos – por lo menos por el presente – casi como mimados en comparación con hermanos y hermanas que en países hostiles sufren prisión y a menudo son cruelmente torturados.

En cuanto a la segunda parte – “...y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos” - lo que Cristo ha ganado en nosotros, debemos ver en primer lugar que como el Cristo que vivió en la tierra esos aproximadamente tres años de ministerio público, desde luego que con el ejemplo de Su vida inmaculada, Su enseñanza y los muchos milagros que hizo, nos ha dejado un legado impecable y maravilloso, sobre todo en las horas finales desde el Getsemaní hasta Su muerte en el Calvario.

No obstante, estaba limitado geográficamente a una región más bien pequeña, y Él solo, es decir que operaba en el singular. Ahora en cambio cuenta con la herencia de santos de verdad diseminados por casi toda la faz de la tierra – grandes y pequeños, hombres y mujeres, tanto jóvenes como de mediana y tercera edad, a través de los cuales puede dar curso libre a ése, Su amor que excede a todo conocimiento, al morar en todos y cada uno de los que somos Suyos de verdad. Así puede fluir en una gran multiplicidad de facetas ministeriales en un plural que podemos calificar de innumerable. Resulta de veras un honor y un privilegio poder ser parte de esa herencia gloriosa, pero nunca debemos olvidar el sacrificio supremo que le costó el poder ganársela.

Pero la gran oración no termina aquí – sigue algo también importantísimo, y que no se nos puede pasar inadvertido, ni dejar de quedar claramente entendido. “...y cual la supereminente grandeza de su poder para con

nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales.” (1: 19-20)

Vamos por partes:- resucitar a Cristo solamente hubiera sido, por así decirlo, levantar un peso pluma. ¿Por qué? La respuesta la tenemos en las palabras divinamente inspiradas de Pedro en Los Hechos 2: 24, en la ocasión de su discurso el día de Pentecostés: “...al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.”

Él bajó a la tumba en condiciones muy distintas de todos los demás – nunca conoció pecado. “El alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18: 4) que es una de las muchas reiteraciones de las palabras de Génesis 2: 17b “...porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” nos coloca a todos, con la sola excepción de Él, bajo la misma sentencia – la muerte así tenía un poder, o derecho digamos, sobre cada uno de nosotros. No sobre Él en cambio – Su resurrección era inevitable.

¿A qué se debían entonces esas palabras de Pablo, en el sentido de que en la resurrección de Cristo el Padre desplegó, por así decirlo, toda Su colosal y gigantesca musculatura en un esfuerzo fenomenal?

La respuesta está en las palabras “para con nosotros los que creemos” que hemos subrayado, y que se hilvanan perfectamente con Efesios 2: 6. Debemos comprender que Dios no hace las cosas “a puchitos,” con disculpas por este argot argentino; en esa resurrección de Cristo Dios nos resucitó a los miles, millones y billones de santos de todos los siglos, en un despliegue sin igual de Su estupenda omnipotencia. En el terreno del desenvolvimiento práctico e individual de cada uno, desde luego que median el factor del tiempo como así también la ubicación geográfica, pero tengámoslo bien claro – nuestra resurrección en los propósitos de Dios tuvo lugar ese primer domingo de pascua.

Continúa la oración encaminándose a la majestuosa culminación final: “...resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el

venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo. (1: 20b-23)

Intentando comentar, por lo menos en parte sobre esta culminación final de la oración, empezamos por puntualizar: - 1) El deleite del Padre por la consumación feliz de la magna obra del género humano, realizada de forma tan dolorosa, noble y sacrificada. Esto se manifiesta en colocarlo en ese lugar tan encumbrado – sobre todo cuanto se pueda concebir, y sobre todo nombre que se nombra, ya sea en el siglo presente como en el que ha de venir, y en total consonancia con el pasaje de Filipenses 2: 5-11 en que Pablo también describe la exaltación de Cristo a lo sumo después de Su gloriosa obra redentora.

2) Sometió todas las cosas bajo Sus pies. No necesitamos “atar al enemigo” como algunos piensan e intentan hacer. Está totalmente bajo Sus pies – lo que debemos hacer es guardarnos celosamente en la parcela divina (la de la humildad, la obediencia plena y estricta limpieza y honradez en la vida) y el maligno no nos podrá tocar, según reza claramente en 1ª. Juan 5: 18.

3) Lo dio por cabeza sobre todas las cosas a Su iglesia, la cual es Su cuerpo, la multitud innumerable de los santos redimidos de todos los tiempos – “las riquezas de la gloria de su herencia en los santos” como ya vimos, y que Pablo remata en su oración diciendo que la misma – la iglesia, con Él como cabeza y el cuerpo según ya lo definimos – constituye la plenitud absoluta y total de Aquél que todo lo llena en todo.

Un detalle final. Al terminar la oración solemos añadir las palabras “en el nombre de Cristo.” No está mal que lo hagamos, pero las mismas de por sí sólo tienen valor si estamos en Él, en la persona de ese nombre, que siempre está en la voluntad divina y nunca la contraría. Pablo estaba firmemente ubicado en ese plano espiritual y no necesita terminar la oración con dichas palabras – su vida y su persona ya estaban en ese nombre y en esa voluntad divina.

En suma, una oración tan densa y tan profunda, como culminación del estupendo capítulo primero de Efesios, y que nos remonta a picos tan

elevados y majestuosos como nunca habríamos podido concebir. ¡Que el Señor nos dé visión espiritual para entender, y un corazón sediento para beber de un manantial tan copioso, fresco y cristalino!

----- () -----

Capítulo 21.- La profecía de Joel.-

Después de visualizar las cumbres de revelación que nos prodiga Pablo en Efesios 1, mayormente derivadas de esa actividad divina en el pluscuamperfecto previo a Génesis 1: 1, pasamos ahora a una proyección o nivel distinto.

Creemos que no está fuera de lugar que lo hagamos, alternando lo nuevo del libro eterno de Dios con lo viejo del mismo, aunque siempre teniendo bien presente la superioridad del nuevo, hacia lo cual lo viejo del mismo a menudo apunta con sombras y figuras, como así también a veces con predicciones vívidas y certeras.

El nombre Joel significa Jehová es Dios, y el de su padre Petuel, ensanchamiento de Dios. No se agrega nada en el texto que nos oriente en cuanto al lugar de su residencia, ni se dice que haya profetizado en el reinado de ningún rey de Israel o de Judá. Seguramente que un erudito en la historia del pueblo de Israel podrá ubicar el tiempo de su profecía con precisión. Por nuestra parte nos ceñimos al versículo 6 del capítulo 3, en que se menciona a “los hijos de los griegos” lo cual colocaría al libro y su autor en una época posterior al cautiverio.

Como en todos los auténticos profetas, en Joel encontramos algo característico y que ya hemos señalado, y que los diferencia fundamentalmente de los falsos. Mientras estos vaticinan paz y seguridad en tiempos de rebeldía, infidelidad e idolatría, aquéllos acertadamente profetizan lo contrario, es decir juicios muy severos, para sólo pasar a promesas de restauración, paz y prosperidad una vez que los juicios hayan llevado a un arrepentimiento sincero y profundo.

Consecuentemente con este principio, Joel comienza por preanunciar una devastación desoladora en el campo, que sería tan absoluta que sus efectos los sentirían todos sin excepción, tanto en el campo los labradores y las bestias del campo, como en la ciudad hombres y mujeres, jóvenes y niños, sacerdotes y ministros del altar.

Para colmo de males, la predicción se extiende a la venida de un fuerte ejército invasor del Norte, que sería irresistible y entraría en la ciudad, subiría por las casas, entrando por las ventanas a manera de ladrones, llenando a todos de pánico y pavor.

La descripción de todo este panorama tan sombrío y horroroso se extiende a lo largo del primer capítulo y hasta el versículo 11 del segundo. Pero a continuación nos encontramos con un fuerte llamado al arrepentimiento que viene de parte de Jehová por medio de Su siervo Joel. El mismo tenía que ser absolutamente genuino. Veamos los ingredientes que debía contener, y que de hecho son típicos de todo auténtico arrepentimiento.

“Convertíos a mí de todo vuestro corazón, con ayuno, y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón y no vuestro vestido, y convertíos a Jehová vuestro Dios.” (2:12-13a)

El hecho de que se diga primera convertíos a mí y luego se reitere diciendo “convertíos a Jehová vuestro Dios” nos señala un punto muy importante. Ese arrepentimiento debía ser para con el Señor por encima de todo lo demás. Aun cuando pueda y deba abarcar mucho más, el arrepentimiento verdadero y real siempre está enfocado prioritariamente al Dios Santo, al cual se le debe todo, y al cual se ha ofendido reiteradamente y con contumacia.

Esta exhortación al arrepentimiento y de convertirse de forma real al Señor, se apoya en la gran misericordia del Señor: “...porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia y que se duele del castigo.” (2:13b) Como tantas veces se ha dicho, siempre emplea primero la exhortación y la advertencia, pero si no surten efecto, muy a su pesar, recurre al castigo. El fin del mismo no es solamente

punitivo, sino también como el medio de llegar por la vía del dolor y el escarmiento, a una restauración real e integral.

En los versículos 15 al 17 del capítulo 2 continúa la exhortación a ese arrepentimiento tan necesario, expresada en términos muy tiernos y emotivos.

“Tocad trompeta en Sión, proclamad ayuno, convocad asamblea. Reunid al pueblo, santificad la reunión, juntad a los ancianos, congregad a los niños y a los que maman, salga de su cámara el novio, y de su tálamo la novia. Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová y digan: Perdona, oh Jehová a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad, para que las naciones se enseñoreen de ella. ¿Por qué han de decir entre los pueblos: Dónde está su Dios?

La respuesta del Dios tan misericordioso no se hace esperar: “Y Jehová, solícito por su tierra perdonará a su pueblo.” Contiene en seguida la promesa de enviar pan, mosto y aceite a ese pueblo tan hambriento por la devastación previa, y hacerlo con tal abundancia que quedarían plenamente saciados.

De esa manera quitaría el oprobio que había representado, por ser el pueblo escogido del Señor, de haber pasado hambre y desolación tanto en el campo como en la ciudad. Además, estaba la gran promesa de alejar a ese ejército del norte tan formidable, y llevarlo a tierra seca y desértica y desintegrarlo hasta el grado de pudrición, y esto por haberse envanecido y haber querido desolar y destruir al pueblo de Dios.

Todavía encontramos más promesas. Debían alegrarse y gozarse porque el Señor Jehová iba a ser grandes cosas. Aun a los animales del campo se les insta a que no teman porque los pastos del desierto iban a reverdecer y la higuera iba a dar su fruto, y como si no bastase, la maravillosa promesa que desde los cielos Él haría descender sobre ellos la lluvia temprana y la tardía, como al principio.

Las eras además se iban a llenar de trigo, y los lagares rebosarían de vino y aceite, y luego sigue la preciosísima promesa del versículo 25: “Y os

restituiré los años que comió la oruga, el saltón, el revoltón y la langosta, mi gran ejército que envié contra vosotros.”

¡Cuánta verdad hay en esto, aplicable en el reino espiritual a nosotros, que en esta dispensación somos el Israel de .Dios! (Ver Gálatas 5:15-16.)

La oruga, el saltón, el revoltón y la langosta no era ni más ni menos que un gran ejército que el Señor deliberadamente había enviado contra ellos. Todo intento de labrar la tierra provechosa y fructíferamente quedaba totalmente frustrado y desbaratado. Pero eso tenía un fin muy bendito y era el de llevarlos a ese arrepentimiento y a esa conversión al Señor tan necesaria y a la vez tan saludable. Una vez logrado eso, que era totalmente imprescindible, en Su gran misericordia el Señor se compromete a restituirles todo eso que habían perdido, resarciéndolos total y cabalmente.

Quien esto escribe se identifica plenamente con el contenido de este versículo. Según lo consigna en su autobiografía, pasó una época muy oscura que duró en total nueve años. Antes había servido al Señor con esfuerzo y cariño, pero de la manera explicada en la autobiografía, pasó a atravesar esa etapa tan sombría. Al cabo de la misma todavía necesitó un largo período de terapia divina por el enorme daño que le había causado el enemigo durante esos largos nueve años. Pero a la postre comenzó a venir una cosecha en la cual no sólo le fue resarcido todo lo que había perdido, sino que pasó a recibir mucho, muchísimo más.

Por todo esto, bien se puede hacer eco de las palabras de Romanos 12: 33-36. “¡Oh profundidad de las riquezas de las sabiduría y la ciencia de Dios!! Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.”

Pero no cabe duda alguna de que el punto álgido del libro de Joel es la predicción del derramamiento del Espíritu, contenida en el capítulo 2, versículos 28-32. El día de Pentecostés, Pedro inmediatamente reconoció

que lo que estaba aconteciendo era el cumplimiento preciso de tan importante profecía y la citó en la primera parte de su discurso.

Los puntos principales fueron los siguientes: -

1) En los postreros tiempos el Señor derramaría de su Espíritu. El hecho de que esto fuese seguido por las palabras “sobre toda carne” no debe tomarse al pie de la letra, como si sería sobre todo ser humano del planeta tierra. En cambio, ha de interpretarse que sería de toda clase de personas: hijos, hijas, jóvenes, ancianos, siervos y siervas, y habría profecías, sueños y visiones. Por el versículo 11 de Los Hechos 2 vemos que al hablar en lenguas proclamaban las maravillas de Dios de manera claramente comprensible para cada uno de los que les oían en sus diversas lenguas propias – partos, medos, elamitas, etc. Si bien en el relato no se consigna ningún sueño ni visión, eso no quiere decir que no hayan acontecido, y de hecho, vemos que en Los Hechos 9: 10 Ananías tuvo una visión muy concreta, al igual que Pablo más tarde, según se nos narra en Los Hechos 16: 9. También debemos visualizar que esa proclamación de las maravillas de Dios en tantas lenguas distintas, era como un anticipo de que eso iba a acontecer en todo el orbe con la proclamación de la más grande maravilla de Dios - el evangelio de la gracia suprema y sublime que hoy día se está cumpliendo y va de camino a un cumplimiento completo.

2) Profetizarían hijos e hijas, denotando que sería para ambos sexos.

3) La hermosa promesa de que todo el que invocare el nombre del Señor sería salvo, algo futuro en el libro de Joel, pero feliz y gloriosamente presente para los que estamos en la dispensación de Pentecostés. La misma nos brinda además un fuerte punto de apoyo para la palanca de nuestra fe, valga la expresión, al orar por familiares, amigos, vecinos o compañeros de trabajo que aún no se han convertido.

Pedro no citó la parte final de la predicción de Joel – “porque en el monte de Sión, y en Jerusalén habrá salvación como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado.”

Con todo, eso también estaba sucediendo y cumpliéndose cabalmente. De paso añadimos que las palabras “...entre el remanente al cual él habrá llamado” confirman lo dicho anteriormente de que las palabras “sobre toda carne” no significan al pie de la letra la totalidad de la población del mundo en que vivimos.

El libro de Joel termina en el capítulo 3 prediciendo el juicio a las naciones antagónicas u opuestas a Israel, acerca de lo cual nos abstenemos de comentar. En cambio, reiteramos que ese bendito principio en Jerusalén el día de Pentecostés apuntaba a algo que iba a crecer y propagarse por el mundo entero, alcanzando a multitudes de toda raza, lengua y nación, según Apocalipsis 7: 9-17, donde tenemos la gloriosa visión panorámica.

Por cierto que en esto tenemos una culminación imponente y maravillosa de la gran profecía del libro, la cual resalta como una gran perla de colores y matices multinacionales, brotada del Señor a través del que sólo sabemos que se llamaba Joel, hijo de Petuel

como una muestra deleitosa de humildad y pequeñez,

pero de grandeza a la vez.

----- () -----